ANTOLOGÍA DE MUERTES APACIBLES

JAVIER LÓPEZ FACAL

CATARATA

ANTOLOGÍA DE MUERTES APACIBLES

JAVIER LÓPEZ FACAL

CATARATA

Índice

1. PRÓLOGO
2. CAPÍTULO 1. LA DE SÓCRATES Y OTRAS MUERTES SERENAS
3. CAPÍTULO 2. EL MAESTRE RODRIGO MANRIQUE Y OTROS BUENOS CRISTIANOS
4. CAPÍTULO 3. A SOLAS CON NUESTRA MUERTE
5. CAPÍTULO 4. MUSULMANES, HINDÚES, BUDISTAS Y OTROS
6. CAPÍTULO 5. EPITAFIOS, "LAUDATIONES FUNEBRES", OBITUARIOS
7. ÍNDICE ONOMÁSTICO

JAVIER LÓPEZ FACAL

DOCTOR EN FILOLOGÍA GRIEGA POR LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE Y PROFESOR DE INVESTIGACIÓN DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS, EN CUYO INSTITUTO DE FILOLOGÍA TRABAJÓ DURANTE AÑOS EN LA REDACCIÓN DEL DICCIONARIO GRIEGO ESPAÑOL, ACTUALMENTE ESTÁ DESTINADO EN EL GABINETE DE LA PRESIDENCIA DEL CSIC, DONDE SE OCUPA DE POLÍTICA CIENTÍFICA Y GESTIÓN DE I+D.

Javier López Facal

Antología de muertes apacibles

DISEÑO DE CUBIERTA: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO

© JAVIER LÓPEZ FACAL, 2012

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2012

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 05 04

FAX 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

ANTOLOGÍA DE MUERTES APACIBLES

ISBNE: 978-84-1067-290-1

ISBN: 978-84-8319-667-0

DEPÓSITO LEGAL: M-3.362-2012

ESTE MATERIAL HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Para Erik, una dedicatoria a todas luces prematura

PRÓLOGO

Facilis descensus Averno[1]

El padre de una buena amiga mía les pidió a sus hijos que no le dedicasen funerales cuando se muriera, sino que fuesen a un restaurante agradable, pidiesen un vino realmente bueno, eligiese cada uno el plato que en ese momento más le apeteciese y disfrutaran a tope de la vida recordando, si acaso, anécdotas suyas. Cuando se murió este buen señor, por cierto, a los 101 años, así lo hicieron y, desde entonces, por lo menos alguno de los hijos conmemora el aniversario de su muerte bebiendo un buen vino, acompañado de alguna exquisitez.

Cuenta[2], por otra parte, Alejandro Rojas Marcos que, estando su madre en el hospital, ya a punto de morir, le preguntó que cómo quería que hiciesen tras su muerte, es decir, si prefería ser enterrada junto a su esposo o si prefería ser incinerada, a lo que la madre le respondió pícaramente: "Sorpréndeme, hijo, sorpréndeme".

Otro amigo mío fue a despedir al hospital a su abuelo moribundo y, aunque se lo encontró muy debilitado, pudo

asistir a la siguiente escena: entró su enfermera habitual a colocarle el gotero, se la quedó mirando el anciano y le dijo: "Julita, ¡qué buena estás!". Fue lo último que le oyó su nieto, porque aquella misma noche fallecería.

Pues bien, tanto si uno piensa, como Schopenhauer, que al morir se regresa, por así decir, al lugar en el que se encontraba antes de nacer, como si se cree que se accede entonces a una nueva vida ya inmortal, lo cierto es que a lo largo de la historia de esa especie nuestra, pretenciosa e injustificadamente autocalificada como *Homo sapiens*, ha habido muchas personas que han afrontado su propia muerte con serenidad, con sosiego y con una lucidez insólita.

Uno puede encontrar ese positivo talante ante la muerte en todas las épocas y en todas las culturas, en personas religiosas y ateas, en jóvenes, adultos y viejos; encontramos incluso en esos últimos momentos, comentarios y situaciones de gran sentido del humor, y aun de una cierta comicidad, a pesar del hecho innegable de que, según Antonio Machado, "un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio".

Recientemente, por ejemplo, se publicaba en la prensa sevillana una esquela que decía:

Manuel Díaz Muñoz. Presidente del Club Chumbalaka. Falleció el día 1 de febrero de 2010, a la edad de sesenta y cuatro años, después de vivir en la forma que eligió. RIP. A los creyentes se ruega una oración por su alma, a los no creyentes un brindis en su memoria. Desde muy joven tuvo ideas

innovadoras. Favoreció a muchos proporcionándoles trabajo y ayudando cuando pudo, los bien nacidos se lo agradecerán. Hizo feliz a mucha gente hasta que la vida lo venció, cosa que puede ocurrirle a cualquiera. Sus amigos del alma, "chumbalakas" y afines, así como demás seres que lo querían, le enviamos un último mensaje. Manolo, no nos esperes levantado, ya iremos llegando... tú, a tu aire.

Se celebrará una misa por su alma el próximo lunes 22, a las veinte horas, en la parroquia de San Benito.

No conocí a este señor, pero a juzgar por la esquela que le encargaron sus amigos, no le debía faltar sentido del humor y ganas de contagiarlo a su entorno. Su esquela, en cualquier caso, es una especie de antítesis de aquella, naturalmente apócrifa, que se atribuye al catalán tópico del chiste: "Falleció Mercedes. Se vende Ford Fiesta".

Existen personas preocupadas por su propia muerte hasta los límites de la angustia, porque la consideran absurda, cruel e injusta y, por lo tanto, prefieren ni hablar, ni pensar, ni saber nada de ella. Son los tanatófobos. Hay otras que, aun sin tener ninguna prisa en que llegue, la aceptan a priori como inevitable y esa resignada aceptación les es recompensada, por así decir, con una mayor serenidad a la hora de afrontarla.

Este libro se va a ocupar más bien del segundo grupo de personas, concretamente de algunos de sus testimonios escritos, y ello no porque el autor crea que esos testimonios van a ayudar a bien morir a sus lectores más aplicados, sino porque piensa, con Sófocles, que nada hay sobre la faz de la tierra tan apasionante como el ser humano.

Julian Barnes, en una obra fascinante y perteneciente más bien al género tanatófobo, titulada *Nada que temer*[3], nos ofrece muchas inteligentes reflexiones sobre el tema que nos ocupa. Veamos solo uno de los muchos pasajes antológicos que contiene este libro de enorme interés y recomendable lectura (p. 80):

Quizá la división importante no es tanto la que existe entre los religiosos y los irreligiosos como la que separa a los que temen a la muerte de quienes no la temen. Formamos, por tanto, cuatro categorías, y está claro cuáles se consideran superiores: la de quienes no temen a la muerte porque tienen fe, y la de quienes no temen a la muerte aunque no tengan fe. Estos grupos ocupan el podio moral. En tercer lugar vienen los que, a pesar de tener fe, no pueden librarse del temor antiguo, visceral, racional. Y luego, sin medallas, a ras de suelo, bien jodidos, están los que temen a la muerte y no tienen fe.

Estoy seguro de que mi padre temía a la muerte y casi tengo la certeza de que mi madre no: temía más la invalidez y la dependencia. Y si mi padre era un agnóstico temeroso de la muerte y mi madre una atea sin miedo, esta divergencia se ha reproducido en sus dos hijos. Mi hermano y yo tenemos ahora más de sesenta años, y yo acabo de preguntarle —hace unas páginas— qué piensa de la muerte. Cuando contestó: "Me conformo con las cosas como son", ¿se refería a que se conforma con su propia extinción personal? Y su inmersión en la filosofía, ¿le ha reconciliado con la brevedad de la vida y, para él, su fin inevitable dentro de, pongamos, treinta años?

"Treinta años es muy generoso", responde. (Bueno, los he alargado para mi consuelo y el suyo.) "Espero haber muerto dentro de los quince próximos. ¿Y estoy reconciliado con este hecho? ¿Estoy reconciliado con el hecho de que el espléndido carpe que veo por mi ventana caerá y decaerá dentro de los próximos cincuenta años? No creo que reconciliación sea el *mot juste*: sé que va a pasar y no puedo hacer nada para evitarlo. No es exactamente que me agrade, pero tampoco me preocupa, y la verdad es que no me imagino nada más acogedor (desde luego no una cuasi vida eterna en compañía de los

santos: ¿existe algo menos apetecible?"

En realidad, y a pesar de su título, este libro que el lector tiene entre manos no incluye solo relatos de muertes apacibles, ya que he incluido alguna que estaría mejor definida como "deseada", otras como "resignadas" y, finalmente, alguna otra merecería más bien ser calificada de "singular", especialmente por la resonancia que llegó a alcanzar en su momento; pero tanto adjetivo y tanta precisión alargaban demasiado el título, lo que resulta difícilmente soportable en esta época tan alérgica a lo de andarse por las ramas y tan devota de *sms* u otros trallazos léxicos como los de Twitter.

Tengo que confesarle al lector que esta obrilla es un libro de encargo; a mí no se me habría ocurrido escribirlo, pero Javier Senén y Pía Paraja, de la editorial Los Libros de la Catarata, me lo propusieron en un acogedor restaurante siciliano de Madrid, al que me habían invitado a comer para venderme la idea. En un primer momento rechacé su propuesta porque no me consideraba competente en la materia y, además, porque me parecía una cosa de mal fario, pero poco a poco fui encontrándole el puntito al asunto.

Tuve para ello la colaboración de mi hermano Xan, que se me descubrió como un insospechado tanatólogo y me prestó un montón de libros, muchos de ellos prescindibles, pero alguno interesante; de Paz Juárez, Francisco Villar, Consuelo Sánchez Naranjo y Luis Oro, que me contaron historias de ellos mismos o de personas muy cercanas, cuyos relatos he incluido aquí, generalmente de manera

anónima; de mi sobrino Alexos, que me asesoró técnicamente sobre dosis y tipo de anestesia utilizados en las clínicas donde se practica la eutanasia; de Nawal Sibai y, sobre todo, de Ángeles Ramírez, que acudieron en ayuda de mi ignorancia sobre la cultura musulmana; y, especialmente, la muy entretenida y siempre estimulante de Miguel Ángel San Martín, que me ayudó a localizar y traducir textos antiguos y me sugirió algunos ejemplos de muertes apacibles también entre los modernos.

Finalmente mi exigente corrector, Aníbal González, le pasó su implacable filtro del control de calidad y me hizo valiosas observaciones, y Volga del Castillo le añadió el útil índice de nombres propios.

A todos ellos me resulta muy agradable darles las gracias desde este prólogo y dejar constancia aquí de la deuda contraída.

Dedicar el libro a mi nieto Erik, en su primer cumpleaños, parecía casi obligado como tributo a las generaciones futuras.

NOTAS

1. "El descenso al Averno (el otro mundo) es fácil", Virgilio, *Eneida,* 6.126.
2. Oído en una conferencia en Bilbao, dentro de un ciclo sobre cocina.
3. Editorial Anagrama, Barcelona, 2010; traducción de Jaime Zulaika.

CAPÍTULO 1

LA DE SÓCRATES Y OTRAS MUERTES SERENAS

Ave, Caesar, morituri te salutant[1]

Cuando nos referimos genéricamente a "los griegos", estamos hablando de un periodo histórico de más de mil años, que es el que media entre la época homérica (siglo VIII a.C.) y el reinado del emperador Juliano (335-363, obviamente d.C.); prácticamente, tras el reinado de este emperador, a quien los cristianos bautizaron de manera escasamente caritativa como "el Apóstata", dejamos de hablar de "griegos" y empezamos ya a hablar de "bizantinos", término que no goza entre nosotros de tan buena prensa como el anterior.

Para hacernos una idea, ese lapso de tiempo conocido como "la antigüedad griega" es similar al que trascurre entre el emperador Carlomagno (768-814) y Herman van Rompuy, y cualquier lector puede señalar no pocas diferencias entre la remota época del emperador Carlomagno y la mucho menos heroica del actual presidente del Consejo Europeo, aunque podríamos hacer un esfuerzo de síntesis, de simplificación o de simpleza y decir, por ejemplo, que "los europeos" son monoteístas, suelen beber

bebidas alcohólicas, consumen carne de cerdo y celebran comilonas en torno al solsticio de invierno.

Pues bien, haciendo un ejercicio similar de síntesis, simplificación o simpleza, podemos decir que los griegos practicaban una religión tan diferente a la nuestra que ni siquiera tenían una palabra (¡ellos que tenían tantas!) para designar el fenómeno religioso y, así, para estudiar el hecho religioso tenemos que basarnos en términos más o menos relacionados, como "piedad" (*eusebeia*) y similares.

Aquella especie de religión que practicaban duró, sin embargo, más de mil años y algunos de sus dioses y diosas se han colado como de tapadillo en el santoral cristiano y sobreviven como advocaciones de la Virgen o como santos o santas. Y no pocas prácticas religiosas, como las procesiones, y no pocas de sus fiestas sobreviven aún hoy en nuestra práctica religiosa.

Lo más llamativo de la religión de los griegos era su creencia en una multitud de dioses, la mayoría de ellos de conducta escasamente edificante, y la ausencia total de una ortodoxia, de unos dogmas o de algo parecido a una Iglesia. El concepto mismo de ortodoxia resulta tan ajeno a la cultura griega que, muy probablemente, nos costaría un gran esfuerzo hacérselo comprender a un antiguo griego redivivo.

Lo único que se les exigía en materia religiosa era que creyeran en la existencia de los dioses, lo cual era muy fácil, porque los estaban viendo a su alrededor: el sol, la

luna, los rayos, el monte Olimpo, el mar, eran o bien dioses o, por lo menos, fenómenos de carácter divino y negarlos era una simple demencia.

El ateísmo, de hecho, era infrecuente y fue un fenómeno relativamente tardío que no alcanzó una cierta extensión hasta la especulación filosófica de la época helenística. Quizá entre los sofistas y los atomistas encontramos a los primeros ateos confesos, y ya posteriormente Epicuro (341-270 a.C.) es un caso claro de descreimiento religioso, a lo que se debe, probablemente, que los escritos de todos estos antiguos descreídos habrían de ser tan eficazmente perseguidos por el cristianismo que conservamos apenas poco más que restos fragmentarios de ellos.

El caso es que para los griegos de la época clásica, digamos del siglo V antes de Cristo, la creencia en los dioses era algo generalizado y poco comprometido porque, como hemos dicho, no existía nada parecido a una ortodoxia ni a una Iglesia, y cada uno podía gestionar sus necesidades espirituales como buenamente quisiera. Los poetas, de hecho, recreaban las vidas y andanzas de los dioses según las necesidades del guión y a nadie escandalizaba lo que Sófocles o Eurípides postulasen de los dioses más conocidos del Olimpo, aunque fuesen modificando su perfil a cada obra que estrenaban.

BAJORRELIEVE ÁTICO DE MEDIADOS DEL SIGLO V A.C. QUE REPRESENTA A LA DIOSA ATENEA LEYENDO ABSORTA UNA LÁPIDA FUNERARIA A LA VERA DE UN CAMINO.

La religión popular y el culto eran, con todo, esferas diferentes y suponían una mayor implicación personal: los griegos rezaban habitualmente, ofrecían sacrificios, peregrinaban a lugares especialmente sagrados y esas prácticas nos hacen pensar que existía una religiosidad profunda que no conocemos en detalle, porque no se les ocurrió describírnosla, ellos que describieron, catalogaron, comentaron y teorizaron sobre tantas cosas.

Sus creencias de ultratumba evolucionaron gradualmente desde la época homérica hasta su desembocadura en el cristianismo: a partir de una vaga creencia en una tenue vida de ultratumba, en la que los muertos serían poco más que sombras de lánguido y aburrido deambular por el reino de Hades, el orfismo, Platón y otros filósofos fueron construyendo la creencia de que los muertos serían juzgados por sus actos en vida y que los malos irían al Tártaro y los buenos, a las islas de los Bienaventurados.

En estos nuevos desarrollos de la escatología, se les otorgó a los muertos, además, la posibilidad de escoger parcialmente el modelo de una nueva encarnación, para lo que debían beber agua del río Leteo ("el olvido") y olvidarse así de todo lo vivido anteriormente. Es conocida al respecto la anécdota del general romano Decimus Iunius Brutus (180-120 a.C.), apodado *Gallaecus* porque conquistó para Roma el actual territorio del norte de Portugal y Galicia: cuando sus legionarios llegaron a la ribera del río Limia, pretextaron que aquel río era el Leteo y se negaron a cruzarlo, por temor a olvidarse de su pasado. Le arrebató entonces el general el estandarte al *signifer* y cruzó él el río con su estandarte, y así los convenció de que pasasen[2].

Esta anécdota demuestra que la creencia en un más allá al estilo platónico estaba ya muy extendida entre las clases populares romanas del siglo II a.C. En cualquier caso, las creencias órficas y las elaboraciones platónicas fueron desarrollos sobreimpuestos a las creencias en un más allá mucho más vago y poco interesante.

Antes de estos desarrollos, que, por cierto, allanarían las cosas en su momento al cristianismo, la religión popular celebraba a su manera a los muertos, por ejemplo, en el tercer día de las fiestas "Antesterias". Eran estas unas fiestas dedicadas a Dioniso, entre finales de febrero y principios de marzo, que consistían en beber el vino joven del año y celebrar la naciente primavera. Duraban tres días y al tercero se creía que las almas de los muertos subían del

mundo inferior y se paseaban con intenciones no siempre buenas por este, quizá porque el vino joven había empezado ya a hacer sus efectos entre los feriantes, quienes, por cierto, masticaban también hojas de espino con una dedicación incomprensible para nosotros.

El caso es que este y otros indicios semejantes nos llevan a pensar que incluso en una religión tan poco dogmática y estructurada como la griega existía la creencia de que los muertos seguían teniendo un cierto modo de existencia *post mortem* y que desde su oscuro lugar de retiro podían hacer daño a los vivos.

Esta creencia en una cierta vida tras la muerte parece de hecho bastante generalizada desde el mismo Paleolítico, como lo atestiguan los enterramientos que han ido excavando prehistoriadores y arqueólogos.

No es nada extraño que el llamado *Homo sapiens* haya desarrollado un rechazo instintivo a la aceptación de la muerte como el final definitivo de su existencia, y ese instinto intraespecífico se ha ido reflejando en las creencias, tanto en las populares como en las más intelectualizadas.

Pues bien, de todas las muertes de la antigüedad griega, sin duda alguna la más famosa fue la de Sócrates (470-399 a.C.), no solo por su ejemplaridad y su notoriedad, sino por el hecho de que el ilustre convicto contaba con discípulos como Jenofonte y, sobre todo, Platón que le dedicaron sendas *Apologías* y otros escritos en los que se describe su muerte con detalle.

Las circunstancias de su muerte son conocidas: en el año 399 fue juzgado por "impiedad" por un tribunal en el que figuraban algunos influyentes personajes de la época junto a un tal Meleto, que actuó de acusador. Los cargos eran dos: "corrupción de la juventud" y algo así como "desprecio de los dioses de la ciudad, unido a innovaciones religiosas"[3]. Sócrates dio muestras de desprecio por estos cargos y no se esforzó demasiado en su propia defensa, por lo que fue condenado por 280 votos frente a 220.

La acusación pidió pena de muerte, esperando que el acusado hiciese una contrapropuesta[4]. A pesar de que se habrían conformado con una pena menor, aunque suficientemente grave para resultar aceptable a los acusadores, Sócrates optó por una línea maximalista y dijo que en realidad lo que él merecía era ser tratado como benefactor y, en consecuencia, recibir una pensión pública; si acaso, aceptaría la multa de una mina, que, ante las súplicas de los suyos, llegó a subir hasta treinta. Su propuesta de una pensión pública indignó al tribunal, que confirmó la pena de muerte por una nueva mayoría aplastante. Sócrates aceptó el veredicto sin más.

Normalmente en estos casos el condenado disponía de un día para beber la cicuta, que era la versión ateniense de la inyección letal hoy utilizada en algunos países para deshacerse de ciudadanos considerados no reciclables, pero se dieron una serie de circunstancias que retrasaron un mes la ejecución de la sentencia y durante ese tiempo Sócrates

recibía en la cárcel a discípulos y amigos, con los que mantenía instructivos diálogos.

Critón, uno de sus discípulos, planeó su fuga mediante el soborno de los carceleros, pero Sócrates lo rechazó porque pensaba que, aunque injusto, el veredicto había sido formulado por un tribunal democrático y, en consecuencia, debía ser obedecido.

El *Fedón* de Platón describe así[5] sus últimos momentos:

Pero, Sócrates —le dijo Critón—, el sol, según creo, está todavía sobre las montañas y aún no se ha puesto. Y me consta, además, que ha habido otros que lo han tomado mucho después de haberles sido comunicada la orden, y tras haber comido y bebido a placer, y algunos, incluso, tras haber tenido contacto con aquellos que deseaban. Ea, pues, no te apresures, que todavía hay tiempo.

Es natural que obren así, Critón —repuso Sócrates—, esos que tú dices, pues creen sacar provecho al hacer eso. Pero también es natural que yo no lo haga, porque no creo que saque otro provecho, al beberlo un poco después, que el incurrir en ridículo conmigo mismo, mostrándome ansioso y avaro de la vida, cuando ya no me queda ni una brizna. Anda, obedéceme —terminó —, y haz como te digo.

Al oírle, Critón hizo una señal con la cabeza a un esclavo que estaba a su lado. Salió este, y después de un largo rato regresó con el que debía darle el veneno, que traía triturado en una copa. Al verle, Sócrates le preguntó: Y bien, buen hombre, tú que entiendes de estas cosas, ¿qué debo hacer?

Nada más que beberlo y pasearte —le respondió— hasta que se te pongan las piernas pesadas, y luego tumbarte. Así hará su efecto.

Y, a la vez que dijo esto, tendió la copa a Sócrates.

La tomó este con gran tranquilidad, Equécrates, sin el más leve temblor, y sin alterarse en lo más mínimo ni en su color ni en su semblante, miró al individuo de reojo como un toro, según tenía por costumbre, y le dijo: ¿Qué

dices de esta bebida con respecto a hacer una libación a alguna divinidad? ¿Se puede o no?

Tan solo trituramos, Sócrates —le respondió—, la cantidad que juzgamos precisa para beber.

Me doy cuenta —contestó—. Pero al menos es posible, y también se debe, suplicar a los dioses que resulte feliz mi emigración de aquí a allá. Esto es lo que suplico: ¡Que así sea! Y después de decir estas palabras, lo bebió conteniendo la respiración, sin repugnancia y sin dificultad.

Hasta este momento la mayor parte de nosotros fue lo suficientemente capaz de contener el llanto; pero cuando le vimos beber y cómo lo había bebido, ya no pudimos contenernos. A mí también, y en contra de mi voluntad, me caían las lágrimas a raudales, de tal manera que, cubriéndome el rostro, lloré por mí mismo, pues ciertamente no era por aquel por quien lloraba, sino por mi propia desventura, al haber sido privado de tal amigo. Critón, como aun antes que yo no había sido capaz de contener las lágrimas, se había levantado. Y Apolodoro, que ya con anterioridad no había cesado un momento de llorar, rompió a gemir entonces, entre lágrimas y demostraciones de indignación, de tal forma que no hubo nadie de los presentes, con excepción del propio Sócrates, a quien no conmoviera.

Pero entonces nos dijo: ¿Qué es lo que hacéis, hombres extraños? Si mandé afuera a las mujeres fue por esto especialmente, para que no importunasen de ese modo, pues tengo oído que se debe morir entre palabras de buen augurio. Ea, pues, estad tranquilos y mostraos fuertes.

Y al oírle nosotros, sentimos vergüenza y contuvimos el llanto. Él, por su parte, después de haberse paseado, cuando dijo que se le ponían pesadas las piernas, se acostó boca arriba, pues así se lo había aconsejado el hombre.

Al mismo tiempo, el que le había dado el veneno le cogió los pies y las piernas y se los observaba a intervalos. Luego, le apretó fuertemente el pie y le preguntó si lo sentía. Sócrates dijo que no. A continuación hizo lo mismo con las piernas, y yendo subiendo de este modo, nos mostró que se iba enfriando y quedándose rígido. Y le siguió tocando y nos dijo que cuando le llegara al corazón se moriría.

Tenía ya casi fría la región del vientre cuando, descubriendo su rostro —

pues se lo había cubierto—, dijo estas, que fueron sus últimas palabras: Oh, Critón, debemos un gallo a Asclepio. Pagad la deuda, y no la paséis por alto.

Descuida, que así se hará —le respondió Critón—. Mira si tienes que decir algo más.

A esta pregunta de Critón ya no contestó, sino que, al cabo de un rato, tuvo un estremecimiento, y el hombre le descubrió: tenía la mirada inmóvil. Al verlo, Critón le cerró la boca y los ojos.

Así fue, oh, Equécrates, el fin de nuestro amigo, de un varón que, como podemos afirmar, fue el mejor, a más de ser el más sensato y justo de los hombres de su tiempo que tratamos.

La muerte de Sócrates es, con todo merecimiento, una de las más ejemplares y más glosadas de toda la historia[6], pero hubo en la antigüedad griega otras muertes merecedoras de figurar en esta *Antología*.

Voy a presentarles muy brevemente la de Filetas de Cos (340-285 a.C.), no porque su relato sea especialmente interesante, o porque el personaje lo merezca, sino porque el autor de este libro profesa un encariñamiento particular a los lexicógrafos y concretamente de este Filetas se ha ocupado ya en otra ocasión, en su faceta de componedor de diccionarios[7].

Pues bien, de la misma forma que a don Alonso Quijano "se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el celebro, de manera que vino a perder el juicio", así también el bueno de Filetas, o Filitas, se pasaba las noches tratando de resolver la paradoja del mentiroso, es decir, aquella que dice: "Si afirmo que estoy mintiendo,

¿miento o digo la verdad?". Y, debido a esta dedicación, no sé si exclusiva u obsesiva, no es que se le fuera el juicio, sino que se le fue la propia vida.

Hay que advertir que se trataba de una persona ya más bien escasa de carnes, como nos dice Ateneo ("*ischnos gar to soma*" [magro más bien de cuerpo][8], que, en todo caso, viendo que podía perder la vida en el empeño, se habría preocupado de dejar escrito su propio epitafio, que decía así:

Forastero, soy Filitas, la paradoja del mentiroso me ha matado y las noches reflexionando en esos enigmas.

No tenemos información tan detallada sobre su muerte como la que tenemos de la de Sócrates, pero el hecho de que dejara escrito este epigrama para su epitafio y que, según parece, fuese consciente de que iba a morir por tratar de resolver una aporía lógica que lo tenía en un sinvivir, nos parecen argumentos suficientes para hacerlo merecedor de nuestro recuerdo y de su inclusión en esta *Antología de muertes apacibles*.

Vamos a presentar a continuación los breves relatos sobre las muertes de algunos de los personajes que biografió Plutarco en sus célebres *Vidas Paralelas.*

Fue Plutarco (50-136 d.C.) una especie de intelectual que escribió más de sesenta "ensayos" sobre temas muy variados, conocidos como *Moralia*, y una treintena de *Vidas*

Paralelas, en las que empareja las biografías de un personaje griego y uno romano. Sus obras habrían de tener un éxito enorme a lo largo de toda la historia europea y se convertirían no solo en lectura obligada de muchas personas cultas, sino que habrían de servir de fuente a escritores, músicos y pintores. Sus ensayos "morales", por ejemplo, son el modelo sobre el que Montaigne crearía sus *Ensayos* y de sus *Vidas Paralelas* habría de sacar Shakespeare la materia para sus dramas de tema griego y romano, como *Julio César, Antonio y Cleopatra* o *Coriolano*.

Este éxito de la obra de Plutarco debió de ser casi inmediato, porque sabemos, por ejemplo, que el emperador Marco Aurelio, con el que enseguida nos vamos a encontrar, se llevó un ejemplar de las *Vidas Paralelas* a su última campaña contra los marcomanos, de la que no regresaría con vida.

Veamos, pues, algunos de estos relatos: de Licurgo (*ca.* 700-630 a.C.), legislador que instauró la "constitución" militarista por la que habría de regirse la ciudad de Esparta, ofrece Plutarco en la "vida" que le dedica el siguiente testimonio[9]:

Reuniéndolos entonces a todos en asamblea, les dijo que las demás medidas eran apropiadas y suficientes para la felicidad y virtud de la ciudad, pero que la más importante y principal no podía traérsela sin consultar antes con el dios. Por tanto, que aquellos debían permanecer en la observancia de las leyes ya vigentes y no modificarlas ni cambiarlas, hasta que él regresara de Delfos, ya que, a su regreso, harían lo que al dios le pareciera bien. Y como

todos asintieron y le urgían que partiera, tomando juramento a los reyes y gerentes, y luego, al resto de los ciudadanos de que guardarían y se atendrían a la constitución vigente, hasta que regresara Licurgo, partió hacia Delfos.

Ya en presencia del oráculo y tras sacrificar al dios, le preguntó si, efectivamente, las leyes eran buenas y suficientes para la felicidad y virtud de la ciudad. Y ante la respuesta del dios de que las leyes eran buenas y que la ciudad perduraría en la cumbre de la gloria mientras se atuviera a la constitución de Licurgo, escribió el oráculo y lo remitió a Esparta. En cuanto a él, después de ofrecer un nuevo sacrificio al dios y de besar a sus amigos y a su hijo, decidió no librar ya a sus conciudadanos del juramento, sino allí mismo quitarse la vida voluntariamente, ya que había alcanzado esa edad en que, tanto seguir viviendo, como dejar de hacerlo nos va bien, si así lo queremos, y su existencia era ya, sin duda, suficiente en cuanto a felicidad.

Encontró su fin, pues, dejándose morir de hambre, en la convicción de que, de los estadistas, ni siquiera la muerte debe ser inútil para la patria, ni sin provecho el final de su vida, sino que debe convertirse en una parte más de la virtud y de su actividad. Y es que, para él, que había realizado las más bellas empresas, el final era, en realidad, una coronación de su dicha; y, para los ciudadanos, iba a dejar la muerte como guardián de cuantos bienes y virtudes les había procurado en vida, pues habían jurado mantener su constitución hasta que él regresara.

Y no erró en sus cálculos: ¡hasta tal extremo fue su ciudad la primera de Grecia en buen gobierno y gloria, por mantenerse fiel durante 500 años a las leyes de Licurgo, a las que no cambió ninguno de los reyes que hubo tras aquel, hasta Agis, el hijo de Arquídamo!

La muerte de Temístocles (524-459 a.C.), general y político ateniense del ala democrática más radical, que fue condenado al ostracismo y murió en el destierro en territorio del imperio persa, es descrita así en su *Vita*[10]:

[…] quiso coronar del mejor modo su vida con la muerte que le correspondía. Así pues, hizo un sacrificio a los dioses y, después de reunir a sus amigos y despedirse de ellos, bebió sangre de toro, según la versión mayoritaria, y,

según algunos, se suministró un veneno fatal. Murió en Magnesia, tras haber vivido sesenta y cinco años, la mayoría de ellos, transcurridos en tareas de gobierno y mandos militares. Cuando el rey [de Persia] se enteró de la causa y forma de la muerte, dicen que le admiró todavía más y que siguió dando un trato favorable a sus amigos y parientes.

El relato que nos ofrece Plutarco de la muerte del más conocido político ateniense, Pericles (495-429 a.C.), es la siguiente[11]:

Fue entonces, según parece, cuando la peste hizo presa en Pericles, no de forma aguda ni violenta como en otros, sino que fue matando lentamente su cuerpo y minando el temple de su espíritu con una enfermedad débil y larga en medio de frecuentes altibajos.

Teofrasto, después de abordar en su *Ética* la cuestión de si ante la fortuna cambia el carácter y alterado con los sufrimientos del cuerpo se aparta de la virtud, cuenta que, en su enfermedad, Pericles mostró a uno de los amigos que había ido a visitarle un amuleto que las mujeres le habían atado al cuello, dando a entender lo mal que estaba cuando tomaba en serio semejante tontería.

Cuando él ya estaba a punto de morir, los mejores ciudadanos y los amigos que aún le vivían, sentados a su alrededor, estaban refiriendo cuán grande fue su virtud y su poder y hacían la cuenta de sus hechos y el número de sus trofeos; pues eran nueve los que erigió por la ciudad con sus expediciones y victorias. Esto lo comentaban entre ellos, pensando que no se daba cuenta, sino que ya había perdido el sentido. Pero he aquí que él estaba atento a todo y con voz débil dijo ante todos extrañarse de que elogiaran y recordaran estos méritos suyos que se comparten también con la fortuna y han conseguido ya antes muchos generales y, en cambio, no mencionaban el más hermoso y principal: "Pues —dijo— nadie que sea ateniense se puso por culpa mía un manto negro".

La *Vita* del orador Demóstenes (384-322 a.C.), que se

opuso con su enorme elocuencia e inteligencia política al expansionismo imperialista de Filipo II de Macedonia, es descrita así[12]:

Dicho esto, se retiró al interior del templo. Cogió un papiro como si fuera a escribir y se acercó el cálamo a la boca y lo mordió, como era su costumbre cuando meditaba al escribir, lo mantuvo así cierto tiempo y luego se cubrió la cabeza y la inclinó; por eso, los guardias apostados en la puerta, creyendo que tenía miedo, se burlaban de él y lo llamaban blandengue y cobarde. Arquias se le acercó y lo exhortó a levantarse y, repitiendo las mismas palabras, le prometió reconciliarlo con Antípatro. Demóstenes, cuando sintió que el veneno ya le hacía efecto y lo estaba matando, se destapó la cabeza y, dirigiendo la mirada a Arquias, le dijo: "No actuarías con precipitación si representas ya el papel del Creonte de la tragedia y ordenas que arrojen este cuerpo sin darle sepultura. Yo, querido Posidón, salgo de tu santuario todavía vivo. Pero, por lo que respecta a Antípatro y los macedonios, ni siquiera tu templo queda puro". Dicho esto, pidió que lo sostuvieran, pues ya temblaba y se tambaleaba, y, en cuanto salió y pasó junto al altar, cayó al suelo y con un suspiro exhaló el espíritu.

Aristón afirma que Demóstenes tomó el veneno del cálamo, como se ha dicho. […] El propio Eratóstenes dice que guardaba el veneno en una argolla hueca y que llevaba puesta esta argolla como un brazalete. En cuanto a las diferentes versiones de los demás que han escrito sobre él —que son muchos —, no es preciso exponerlas; salvo la de Demócares, el pariente de Demóstenes, quien supone que fue sustraído a la crueldad de los macedonios no por el veneno, sino por la providencia divina que lo honró con una muerte súbita y sin dolor. Murió el dieciséis del mes de pianepsión[13], el día más sombrío de las Tesmoforias, en el que las mujeres ayunan en el templo de la diosa.

Finalmente la muerte de Cleopatra, la glamurosa reina de Egipto, amante de Marco Antonio, es descrita en estos

términos[14]:

Mientras tanto, Cleopatra hacía acopio de todo tipo de poderosos bebedizos mortales, y para probar cuál era el menos doloroso, los testaba en los prisioneros condenados a muerte. Primero comprobó que unos ocasionaban una muerte rápida, pero a través de un dolor severo, y que, en cambio, otros más suaves no eran tan fulminantes; y luego probó también los animales venenosos, para ver personalmente cómo afectaban a distintas personas los diversos tipos de veneno. Esto lo hacía cada día y llegó a la conclusión de que tan solo la mordedura del áspid ocasionaba un sopor que se abatía sobre el sujeto, como una ensoñación sin espasmos ni dolor, que se acompañaba de un sudor ligero y un dulce letargo de los sentidos, de la que, finalmente, era difícil despertar a las víctimas y llamarlas a la vida, como si estuvieran profundamente dormidas. […]

Tras haber lanzado estos lamentos [sobre el cadáver de M. Antonio, descritos inmediatamente antes] y haber cubierto de flores y besado la tumba de Antonio, ordenó que prepararan el baño. Y una vez que se hubo lavado, recostada celebró un banquete deslumbrante. Y entonces vino uno del campo llevando una cesta y al preguntarle los guardias qué era lo que llevaba, tras abrirlo y apartar las hojas, mostró una cesta que estaba llena de higos. Se admiraron de la belleza y de la grandeza de estos higos, así que el hombre sonriente les invitó a tomar uno, pero ellos, confiados, le ordenaron que los introdujera. Después del banquete, Cleopatra tomó una tablilla, ya escrita y sellada, y mandó que se la hicieran llegar al César. Ordenó a todos que se retiraran, a excepción de las dos mujeres, y cerró las puertas.

El César abrió la carta, en la que pedía con lamentos y súplicas que se le permitiera ser enterrada junto con Antonio y, tras leerla, comprendió rápidamente lo que había hecho. Su primer impulso fue acudir a prestar ayuda, pero después envió a unos cuantos para que acudieran a toda prisa. Debió de ser rápido el fin de Cleopatra, pues los enviados del César, al entrar a la carrera, apartaron a los guardas que no se habían enterado de nada y abrieron las puertas, pero la encontraron ya muerta y tumbada en un triclinio

dorado, adornada como una reina. De las mujeres, la llamada Ira, yacía sin vida a sus pies, y Carmión, ya desfallecida y con la cabeza vacilante, adornaba la diadema que ceñía la cabeza de su señora. Al decir uno lleno de furia: "¿Te parece esto bonito?"; ella repuso: "¡Pues claro que me parece bien y propio de quien es la última descendiente de una dinastía de prestigiosos reyes!". Pero no pudo decir nada más pues cayó allí mismo, al lado del lecho.

Se cuenta que el áspid fue llevado entre aquellos higos, oculto bajo las hojas… En efecto, dicen que así lo mandó Cleopatra, porque no quería darse cuenta de que el animal se acercaba a su cuerpo, pero, en cuanto quitó los higos y lo vio, exclamó: "¡Oh!, estaba esto aquí"; y dicen que ofreció su brazo desnudo para que lo mordiera. Unos afirman que el áspid se encontraba dormido en una hidria y que con una varilla de oro lo despertó y lo azuzó hasta que se precipitó en su ataque sobre su brazo, donde quedó enganchado.

Pero la verdad nadie la sabe, pues también se ha sostenido que ella portaba un veneno en un pasador de pelo y que ese pasador quedaba oculto bajo su cabello, pero de su cuerpo no despidió ningún tipo de mancha ni hubo ninguna otra traza de la acción del veneno; y ni tan siquiera se vio dentro de la habitación a la alimaña, aunque algunos dijeron que vieron unos movimientos rápidos en un rincón de la habitación que miraba al mar por donde daban las ventanas; y finalmente algunos incluso afirman que se vieron en el brazo de Cleopatra dos leves marcas difíciles de ver. Parece ser que se dio fe a esta versión incluso hasta la persona del César, pues en la celebración del triunfo, se portó una imagen de la propia Cleopatra y del áspid enroscado en el brazo. Esto se cuenta que ocurrió. El César, aunque dolido por el fin de esta mujer, respetó su dignidad y mandó que fuera enterrado su cuerpo con Antonio de manera ilustre y digna de una reina. También incluso las mujeres, por disposición suya, tuvieron un enterramiento digno.

Pasemos ahora a los antiguos romanos, en tantas cosas parecidos y en tantas diferentes de los griegos.

La religión romana era originariamente bastante diferente de la griega, aunque con el tiempo se vio influida por esta y

acabó incorporando muchas de sus visiones y conceptos. Se basaba en la confianza mutua entre dioses y hombres, a la que denominaban *fides*, y que muy poco tiene que ver con nuestro concepto de *fe* aunque la nuestra proceda de aquella palabra latina.

La religión de los romanos perseguía como único objetivo asegurar la colaboración o, por lo menos, la no beligerancia de los dioses, a través de la paz con ellos (*pax deorum*). Creían que con esa benevolencia divina podrían controlar las oscuras fuerzas que les inspiraban terror o inseguridad, y a esa relación la llamaban *religio*, que, de nuevo, aunque dio origen a nuestra palabra *religión*, tiene muy poco en común con ella.

Para conseguir esa especie de pacto con los dioses, crearon todo un cuerpo de reglas precisas (*ius divinum*), como un trasunto de su derecho civil, que estipulaba con detalle lo que habría de hacerse o de evitarse, es decir, lo que era *fas* ("lícito") y lo que era *nefas* ("ilícito").

Esos minuciosos preceptos carecían del componente moral al que nos tiene acostumbrados el cristianismo y se limitaban a ofrecer una especie de ordenanzas prácticas, obsesivamente meticulosas, para la correcta ejecución de los ritos. Su ejecución, por otra parte, carecía de cualquier emoción o de cualquier sentimiento "religioso" como el que aflora espontáneamente, por ejemplo, en nuestras procesiones de Semana Santa.

Los ritos, rutinaria pero minuciosamente ejecutados,

adquirían, sin embargo, un valor *per se* y estaban investidos de unas connotaciones patrióticas cuyo rechazo significaba una especie de felonía o de traición a la patria y a la cultura propia, como habrían de comprobar los cristianos antisistema en las arenas de los circos.

Frente a los griegos, que con el devenir del tiempo fueron dándoles a sus creencias religiosas un contenido cada vez más abstracto y universal, los romanos se limitaron a una práctica religiosa ordenancista y repetitiva.

Los dioses romanos, como Júpiter o Mercurio, Diana o Minerva, que conocemos por sus representaciones escultóricas o pictóricas, son, en realidad, una adaptación relativamente reciente del panteón griego, a partir de modelos parcialmente etruscos, que los romanos adoptaron con esa especie de papanatismo juvenil que les produjo el descubrimiento de la cultura helena.

La mitología romana, en ese sentido, prácticamente no existe de manera autónoma: no es más que una copia más o menos reelaborada de la griega.

Además, hay que tener en cuenta que los autores que se ocuparon del hecho religioso, así como los poetas que lo utilizan como materia de sus creaciones ya solo literarias, vivieron en una época tan contaminada por la influencia griega que no siempre es fácil separar lo que es genuinamente romano (o etrusco) y lo que ya es importado de Grecia.

Junto a los minuciosos ritos, los romanos practicaban la

oración, para tratar de granjearse la simpatía o la no beligerancia divina. Las oraciones podían ir acompañadas de sacrificios, asimismo de carácter propiciatorio, que trababan de sobornar, por así decir, a unos dioses impredecibles y frecuentemente caprichosos. Cuando los emperadores adquirieron un carácter casi divino (eran propiamente *divi* pero no *dei*), no le costó al pueblo romano un gran esfuerzo de adaptación de sus esquemas mentales, porque ya estaba acostumbrado a dioses arbitrarios y ocasionalmente sobornables.

Ritos, sacrificios y oraciones tenían unos elevados componentes mágicos, especialmente en algunas fiestas de carácter más agrario o pastoril, como las *Lupercalia* de mediados de febrero, y eran frecuentes también las maldiciones de carácter mágico, como las que figuran en las *Tabellae defixionum* ("tablillas de maldición"), que eran utilizadas para atraer todo tipo de desdichas sobre las personas odiadas.

Con todo, uno de los rasgos más característicos de la religión romana, a diferencia de la griega, fue el culto a los muertos, que si bien no alcanzó la magnificencia de que habían hecho gala los exóticos egipcios o los más cercanos etruscos con sus lujosas tumbas, sí fue objeto de ritos, tanto domésticos como públicos: los dioses manes, lares y penates no eran más que distintas advocaciones de los antepasados a los que se les rendía culto, a pesar de que la creencia más extendida en el más allá era la de una existencia *post*

mortem más bien etérea e imprecisa.

Esta vaguedad de la vida de ultratumba explica que la cremación acabara imponiéndose en lugar de la inhumación de los muertos durante largos periodos de la historia romana.

Después de lo dicho anteriormente acerca de la mitología romana, a la que puede considerarse poco más que una adaptación de la griega, puede resultar extraño que les presente como primera muerte apacible de la cultura romana la de Baucis y Filemón, personajes no de la historia, sino del mito. La razón por la que los incluyo aquí es porque el relato sobre estos dos hospitalarios ancianos es el del libro VIII de las *Metamorfosis* de Ovidio, que es el que seguiré. Y el hecho de que no sean personajes históricos no me parece relevante, puesto que la poesía y el mito, es decir, la literatura, nos permiten alcanzar frecuentemente un grado de conocimiento de la realidad más preciso que el del relato histórico.

La historia es la siguiente: Júpiter y Mercurio, disfrazados de campesinos, llegan a un pueblo y piden la hospitalidad de los vecinos que, uno tras otro, les van cerrando las puertas, excepto una anciana pareja que vive en una humilde choza que los acoge y les da todo lo que tienen. Cuando los dioses se manifiestan como tales (*theophania*), y se muestran dispuestos a conceder a sus generosos huéspedes lo que les pidan, estos solicitan morirse al mismo tiempo para no tener que sufrir la pérdida del ser amado. El

pasaje de Ovidio dice así[15]:

No lejos de aquí un pantano hay, tierra habitable en
[otro tiempo,
ahora, concurrida de mergos y fochas palustres, ondas.
Júpiter acá, en aspecto mortal, y con su padre
vino el Atlantíada, el portador del caduceo, dejadas sus alas.
A mil casas acudieron, lugar y descanso pidiendo,
mil casas cerraron sus trancas; aun así, una los recibió,
pequeña, ciertamente, de varas y caña palustre cubierta,
pero la piadosa anciana Baucis y de pareja edad Filemón
en ella se unieron en sus años juveniles, en aquella
cabaña envejecieron y su pobreza confesando
la hicieron leve, y no con inicua mente llevándola.
No hace al caso que señores allí o fámulos busques:
toda la casa dos son, los mismos obedecen y mandan.
Así pues, cuando los celestiales esos pequeños penates
[tocaron
y bajando la cabeza entraron en esos humildes postes,
sus cuerpos el anciano, poniéndoles un asiento, les mandó
[aliviar,
al cual sobrepuso un tejido rudo, diligente, Baucis
y el fogón la tibia ceniza retiró y los fuegos
suscita de la víspera y con hojas y corteza seca
lo nutre y las llamas con su aliento senil alarga
y muy astilladas antorchas y ramajos áridos del techo
bajó y los desmenuzó y acercó a un pequeño caldero
y, la que su esposo había recogido del bien regado huerto
troncha a esa hortaliza sus hojas; con una horquilla iza ella,
[de dos cuernos,
unas sucias espaldas de cerdo que colgaban de una negra
[viga,

Y reservado largo tiempo saja de su cuerpo una parte
exigua, y sajada la doma en las hirvientes ondas.
Mientras tanto las intermedias horas burlan con sus
[conversaciones
y que sea sentida la demora prohíben. Había un seno allí
de haya, por un clavo suspendido de su dura asa.
Él de tibias aguas se llena y unos miembros que entibiar
acoge. En el medio un diván de mullidas ovas
ha sido impuesto, en un lecho de armazón y pies de sauce.
Con unas ropas lo velan que no, sino en tiempos de fiesta,
a tender acostumbraban, pero también ella vil y vieja
ropa era, que a un lecho de sauce no ofendería:
se recostaron los dioses. La mesa, remangada y temblorosa
la anciana, la pone, pero de la mesa era el pie tercero dispar:
una teja par lo hizo; la cual, después de que a él sometida
[su inclinación
sostuvo, igualada, unas mentas verdeantes la limpiaron.
Se pone aquí, bicolor, la baya de la pura Minerva
y, guardados en el líquido poso, unos cornejos de otoño,
y endibia y rábano y masa de leche cuajada
y huevos levemente revueltos en no acre rescoldo,
todo en lozas; después de esto, cincelada en la misma plata,
se coloca una crátera, y, fabricadas de haya,
unas copas, por donde cóncavas son, de flavas ceras
[untadas.
Pequeña la demora es, y las viandas los fogones remitieron
[calientes,
y, no de larga vejez, de vuelta se llenan los vinos
y dan lugar, poco tiempo retirados, a las mesas segundas.
Aquí nuez, aquí mezclados cabrahígos con rugosos dátiles
y ciruelas y fragantes manzanas en anchos canastos
y de purpúreas vides recolectadas uvas,
cándido, en el medio un panal hay: sobre todas las cosas

[unos rostros
acudieron buenos y una no inerte y pobre voluntad.
Entre tanto, tantas veces apurada, la crátera rellenarse
por voluntad propia, y por sí mismos ven recrecerse
[los vinos:
atónitos por la novedad se asustan y con las manos hacia
[arriba
conciben Baucis plegarias y, temeroso, Filemón,
y venía por los festines y los ningunos aderezos ruegan.
Un único ganso había, custodia de la mismísima villa,
el cual, para los dioses sus huéspedes los dueños a sacrificar
[se aprestaban.
Él, rápido de ala, a ellos, lentos por su edad, fatiga,
y los elude largo tiempo y finalmente pareció que
[en los propios
Dioses se había refugiado: los altísimos vetaron que se
[le matara
y: "Dioses somos, y sus merecidos castigos pagará esta
[vecindad
impía", dijeron. "A vosotros inmunes de este
mal ser se os dará. Solo vuestros techos abandonad
y nuestros pasos acompañad, y a lo arduo del monte
marchad a la vez." Obedecen ambos, y con sus bastones
[aliviados
se afanan por sus plantas poner en la larga cuesta.
Tanto distaban de lo alto cuando de una vez marchar una saeta
enviada puede: volvieron sus ojos y sumergido en una laguna
todo lo demás contemplan, que sólo sus techos quedan;
Y mientras de ello se admiran, mientras lloran los hados
[de los suyos,
aquella vieja, para sus dueños dos incluso cabaña pequeña,
se convierte en un templo: las horquillas las sustituyeron
[columnas,

las pajas se doran, y cubierta de mármol la tierra
y cinceladas las puertas, y de oro cubiertos los techos parecen.
Tales cosas entonces de su plácida boca el Saturnio dejó salir:
"Decid, justo anciano y mujer de su esposo justo
digna, qué deseáis." Con Baucis tras unas pocas cosas hablar,
su juicio común a los altísimos abre Filemón:

"Ser sus sacerdotes, y los santuarios vuestros guardar
solicitamos, y puesto que concordes hemos pasado los años,
nos lleve una hora a los dos misma, y no de la esposa mía
alguna vez las hogueras yo vea, ni haya de ser sepultado yo
[por ella."[16]
A sus deseos la confirmación sigue: del templo tutela fueron
mientras vida dada les fue; de sus años y edad cansados,
ante los peldaños sagrados cuando estaban un día
[y del lugar
narraban los casos, retoñar a Filemón vio Baucis,
a Baucis contempló, más viejo, retoñar Filemón.
Y ya sobre sus gemelos rostros creciendo una copa,
mutuas palabras mientras pudieron se devolvían y: "Adiós,
mi cónyuge", dijeron a la vez, a la vez, escondidas, cubrió
sus bocas arbusto: muestra el tineio, de allí
paisano, de un gemelo cuerpo unos vecinos troncos.
Esto a mí, no vanos —y no había por qué burlarme quisieran—
me narraron unos ancianos; yo ciertamente colgando vi
unas guirnaldas sobre sus ramas, y poniendo unas recientes
[dije:
"El cuidado de los dioses, dioses sean, y los que adoraron,
[se adoren."

Este relato de Baucis y Filemón debió de ser muy popular, porque el pasaje de *Hechos de los Apóstoles*,

aproximadamente un siglo posterior a Ovidio, que narra la curación de un tullido[17] tiene innegables ecos de él. El texto neotestamentario dice así:

> Había allí sentado un hombre tullido de pies, cojo de nacimiento y que nunca había andado. Este escuchaba a Pablo que hablaba. Pablo fijó en él su mirada y viendo que tenía fe para ser curado, le dijo con fuerte voz: "Ponte derecho sobre tus pies". Y él dio un salto y se puso a caminar.
>
> La gente, al ver lo que Pablo había hecho, empezó a gritar en licaonio: "Los dioses han bajado hasta nosotros en figura de hombres". A Bernabé le llamaban Zeus [latín, Júpiter] y a Pablo, Hermes [Mercurio] porque era quien dirigía la palabra…

No creo que sea una simple casualidad que *Hechos* mencione exactamente los mismos dioses que Ovidio, y no puedo dejar de pensar que a estos dos apóstoles, con lo sobrado que concretamente solía ir Pablo por la vida, no les hubiese hecho un poco de ilusión que los confundieran con dioses tan principales, a pesar de que, obviamente, pretextaron ponerse furiosos y aprovecharon para atacar el politeísmo pagano.

En cualquier caso, la serena aceptación de la muerte que parecieron demostrar Baucis y Filemón se intuye también en la lápida funeraria[18] de un tal Marco Cecilio que es, para mi gusto, uno de los textos memorables de la latinidad. Dice así:

HOC EST FACTVM MONVMENTVM

MAARCO CAICILIO
HOSPES GRATVM EST QVOM APVD
MEAS RESTITISTEI SEEDES
BENE REM GERAS ET VALEAS
DORMIAS SINE QVRA

Es decir:

Este monumento ha sido hecho
para Marco Cecilio
Huésped se agradece que ante
mis sedes te hayas detenido
Que te vayan bien las cosas, estés bien de salud
Que duermas sin preocupación

Me gustan varias cosas de este epitafio: la propia grafía arcaica del latín, con las dobles vocales para indicar la cantidad larga, la forma *quom*, que nos resulta mucho más familiar como *cum,* la grafía —*ei* para señalar una *i* larga, el mismo orden de palabras, pero, sobre todo, me atrae la apacible sencillez de los deseos expresados por el difunto a sus futuros huéspedes: nos agradece que nos hayamos detenido a leer su epitafio[19]; nos desea que nos vayan bien las cosas, es decir, lo relacionado con el dinero; nos desea que estemos bien de salud y, finalmente, que durmamos sin preocupaciones.

Alguien capaz de elegir este epitafio, tuvo que llevar una vida más o menos equilibrada y afrontar su propia muerte con serenidad.

Sin duda, fue ese el caso también de Tito Pomponio Ático (109-32 a.C.), erudito, millonario, editor, que se exilió durante años en Atenas para evitar verse implicado en las guerras civiles que asolaron Roma. Amigo de Cicerón, con el que se carteó frecuentemente y al que le donó un cuarto de millón de sestercios para que pudiera huir y vivir lejos de Roma, practicó el epicureismo con coherencia, como demostró con su muerte: había contraído una grave enfermedad y alegando que si comía, alimentaba también la enfermedad, se dejó morir de hambre. Cornelio Nepote nos describe así el proceso:

Cuando Ático había llegado a los setenta y siete años y había avanzado no menos en dignidad que en gracia y fortuna —porque había conseguido muchas herencias, por no otra razón que su bondad— y había gozado también de una salud tan envidiable que no había necesitado de la medicina en treinta años, le surgió una enfermedad que al principio despreció tanto él mismo como los médicos. Pensaban que era una disentería, para la que propusieron remedios rápidos y fáciles, pero después de tres meses sin dolores, excepto los que exigían los cuidados, le entró de repente en lo más profundo del intestino un tal agravamiento de la enfermedad que, finalmente, una fístula pútrida se le materializó en el lomo. Antes de que esto sucediera y cuando sintió que los dolores y la fiebre no dejaban de crecer, llamó a su yerno Agripa y a Lucio Cornelio Balbo y a Sexto Peduceo. Cuando los vio llegar, reclinado en su cama, dijo: "Cuantos cuidados y diligencia he empleado durante este tiempo en atender mi enfermedad, de lo que habéis sido testigos, no es necesario que lo recuerde con mayor detalle, y ya que he cumplido, como creo, todo lo necesario sin dejar nada por intentar curarme, ahora es el momento de que sea yo quien decida. No he querido que lo ignoraseis: he decidido dejar de alimentar la enfermedad pues en estos días

en los que he ingerido comida, he prolongado la vida solo para aumentar los dolores sin esperanza de salvación. Os pido pues que aprobéis en primer lugar mi decisión y luego que no intentéis disuadirme de hacerlo".

Con estas palabras pronunciadas con tanta firmeza en la voz y en el gesto, parecía que no estaba emigrando de la vida, sino de una casa a otra; pero cuando Agripa llorándole y besándolo le suplicaba que no acelerase él lo que la naturaleza iba a imponer y que como podía vivir más, que se reservase para sí mismo y para los suyos, dio por zanjados sus ruegos con su silenciosa obstinación. Tras haberse abstenido dos días de comida, de repente bajó la fiebre y la enfermedad empezó a ser más leve, pero él persistió sin ceder en nada en su propósito. Y así, al quinto día desde que había tomado la decisión, la víspera de las calendas de abril, siendo cónsules Cneo Domicio y Cayo Sosio, falleció. Fue sacado de casa en una camilla, como él había prescrito, sin ninguna pompa fúnebre, acompañado de toda la gente bien y de una enorme multitud. Fue enterrado a la vera de la vía Apia, junto al quinto miliario desde Roma, en el mausoleo de su tío Quinto Cecilio.

Frente a lo que he dicho de la coherencia ético-filosófica de Pomponio Ático, de Lucio Anneo Séneca (4 a.C.-65 d.C.) no me atrevería a decir que practicó el estoicismo con similar talante. De hecho, y a pesar de que muchas acusaciones de hipocresía que se le hicieron ya en vida procedían de enemigos políticos suyos, de no recomendable calaña ni de buena ley, existen, en cualquier caso, páginas en su obra de una abyecta adulación hacia el poder, y caben no pocas dudas sobre el origen de su fortuna y sobre su actividad política. Su fama posterior, de todas formas, ha sido inmensa y ha sido considerado como una especie de santo cristiano *avant la lettre*.

Por otra parte, el hecho de que en sus obras figuren

muchas frases brillantes, susceptibles de convertirse en aforismos impactantes, debe haber redundado en su ulterior popularidad.

Sea cual sea el juicio moral, filosófico y literario que nos merezcan su vida, su pensamiento y su obra, lo cierto es que estamos ante una figura histórica extraordinaria que tuvo, además, una muerte ejemplar. Tácito[20] lo describe así con su implacable prosa:

Tras esto, mandó matar Nerón a Plautio Laterano, cónsul electo; tanta prisa hubo que no dieron tiempo al reo para abrazar a sus hijos ni aun para elegir la muerte. Le llevaron al lugar en que ejecutaban a los esclavos y allí fue muerto por el tribuno Estacio; conservó hasta el último momento la constancia en no hablar y no reprochó al tribuno su complicidad en la misma conspiración. Siguió después la muerte de Séneca, con gran júbilo por parte del príncipe, no porque estuviese seguro de su participación en la conjura, sino para terminar por medio de la fuerza lo que no pudo hacer el veneno. Solamente Natal había nombrado a Séneca, diciendo que estando este enfermo había ido a visitarle y a quejarse de que se le negase la entrada a Pisón; mejor era que los dos se encontrasen en la intimidad y cultivasen su amistad. Séneca respondió que "esas conversaciones no convenían a ningunos de los dos, pues, por lo demás, su propia salvación dependía de la de Pisón".

Gavio Silvano, tribuno de una cohorte pretoriana, recibió la orden de trasmitir esto a Séneca y de preguntarle si reconocía las palabras de Natal y su propia respuesta. Séneca, por casualidad, o tal vez de intento, había regresado aquel día de Campania y se detuvo a cuatro millas de Roma en una de esas casas de campo. Allí llegó el tribuno al caer la tarde y rodeó la casa con un pelotón de soldados. Séneca cenaba en compañía de su esposa, Pompeya Paulina, y de dos amigos, cuando el tribuno le comunicó el mensaje del emperador.

Séneca respondió que "Natal había venido a quejarse de parte de Pisón porque no le permitía visitarle; él se había excusado por su estado de salud y por el deseo que tenía de descansar; no tenía motivos para anteponer la salvación de un simple particular a la suya propia, tampoco tenía carácter inclinado a las adulaciones y esto mejor que nadie lo sabía Nerón, pues más veces había experimentado la libertad de Séneca que su servilismo". Cuando el tribuno refirió eso a Nerón, en presencia de Popea y de Tigelino, consejeros íntimos de las crueldades del príncipe, este preguntó si Séneca se preparaba a morir voluntariamente. Entonces el tribuno respondió que no había observado en él ningún temor, ninguna señal de tristeza aparecía en sus palabras ni en su semblante. Nerón mandó volver al tribuno y comunicar a Séneca su sentencia de muerte. Cuenta Fabio Rústico que no volvió por el camino por donde había venido, sino que dio un rodeo y pasó por casa del prefecto Fenio, a quien preguntó, después de dar a conocer la obra del emperador, si debía obedecer. Fenio, con la funesta cobardía de todos, le respondió que debía cumplir la voluntad del príncipe. El tribuno Silvano era también uno de los conjurados y acrecentaba el número de crímenes en cuya venganza había consentido. Sin embargo, tuvo el pudor de no dirigirse directamente a Séneca y de no contemplar su muerte. Mandó entrar a un centurión para que le notificase que debía morir.

Sin dejarse turbar, pide Séneca su testamento y, ante la negativa del centurión, se vuelve a sus amigos, diciendo que "puesto que se le prohibía agradecer sus servicios, les deja al menos el único bien que le restaba, pero el más hermoso de todos: la imagen de su vida. Si guardaban su recuerdo, hallarían en el renombre de la virtud la recompensa de su constante amistad". Y como llorasen, Séneca les habló primero con sencillez; después, con tono más severo, les reprendió y aconsejó firmeza. Les preguntaba "qué habían venido a ser sus lecciones de prudencia, dónde estaban los principios que habían meditado durante tantos años contra la fatalidad. Porque, en fin, ¿quién no conocía la crueldad de Nerón? Al martirio de su madre y de su hermano no le restaba más que ordenar también la muerte del hombre que le había educado e instruido".

Después de estas exhortaciones, que parecían dirigirse a todos,

instintivamente estrechó a su mujer en sus brazos, un poco enternecido, a pesar de la fortaleza de su espíritu, le rogó y suplicó que moderase su dolor y no lo hiciera perpetuo, sino que en la contemplación de una vida consagrada a la virtud encontrase el consuelo de la pérdida de su esposo. Pero Paulina aseguró que también ella estaba decidida a morir y reclamó el brazo del verdugo. Entonces, Séneca no se opuso a su gloria; además, su amor temía que se quedase expuesta al oprobio una mujer por quien sentía un sin igual afecto: "Yo te había mostrado, dijo, los encantos de la vida; tú prefieres el honor de morir; no me opondré a tal ejemplo; sea igual entre nosotros la constancia de un fin tan generoso, pero en él tú consigues la mayor gloria". Después de estas palabras, se cortaron, a un tiempo, las venas de los brazos. Séneca, cuyo cuerpo débil por su ancianidad y delgado por la abstinencia dejaba muy lentamente escapar la sangre, se abrió también las venas de las piernas y rodillas. Fatigado por el dolor, temiendo que su sufrimiento abatiese el valor de su esposa y también por no alterarse al presenciar los tormentos de ella, la persuadió a retirarse a otro aposento. Entonces, echando mano de su elocuencia aún en sus últimos momentos, llamó a sus secretarios y les dictó varias cosas. Como fueron literalmente publicadas, creo superfluo el comentarlas.

Pero Nerón no tenía resentimiento alguno contra Paulina y, temiendo hacer más odiosa su crueldad, ordenó que se impidiese la muerte de la esposa de Séneca. Por orden de los soldados, sus libertos y esclavos le vendaron las heridas y detuvieron la sangre. No se sabe si ella se dio cuenta de esto pues, como el vulgo se inclina siempre a pensar lo peor, no faltó quienes creyesen que mientras temió la ira de Nerón, deseó la gloria de acompañar a su marido, pero que después, con mejores esperanzas, se dejó convencer por la dulzura de la vida. Solamente vivió algunos años guardando el recuerdo de su marido y mostrando en su rostro y en sus descoloridos miembros que la vida languidecía en ella. Viendo Séneca que se prolongaba el dolor de la agonía, rogó a Eustacio Anneo, en quien veía un amigo fiel y un hábil médico, que le sacase el veneno que ya tenía preparado (era el que daban los atenienses a los condenados a muerte), y cuando se lo trajeron, lo tomó sin que le produjera efecto, pues sus miembros estaban fríos y en su cuerpo no obraba

el veneno. Ordenó, a continuación, que le introdujesen en la sala de baños calientes y, rociando con el agua a los presentes, dijo que ofrecía aquella libación a Júpiter libertador. Por fin, entrando en el baño, lo sofocó el vapor. Su cuerpo fue incinerado, sin ceremonia alguna. Así lo había prescrito en su testamento cuando, siendo rico y poderoso, pensaba en sus últimos momentos.

Un contemporáneo de Séneca, víctima asimismo de los crueles caprichos de Nerón, fue Cayo Petronio (14-65 d.C.), de personalidad muy diferente a la del anterior: vividor, decadente, brillante esteta y persona que hoy podría ser calificada de *fashion victim*, debemos la descripción de su muerte a la misma eficaz pluma de Tácito[21]:

En lo que concierne a Petronio, retrocederé un poco en mi historia.

Él dedicaba el día para dormir, y la noche para los deberes de la sociedad y para los placeres de la vida. Si algunos alcanzaron fama por el trabajo, él lo hizo por la molicie. Tenía reputación, no de juerguista ni de derrochador como casi todos los que devoran su fortuna, sino de técnico en los placeres. Sus palabras y acciones agradaban y eran tomadas como modelo de sencillez en función de la espontaneidad y de cierto descuido propio con que eran ejecutadas. Sin embargo manifestó energía y estuvo a la altura de sus funciones como procónsul en Bitinia y después como cónsul. Luego, regresando a sus vicios o quizá solo a su imitación, fue admitido entre los pocos familiares de Nerón como árbitro del buen gusto: para el príncipe no había nada agradable y delicado que no estuviese recomendado por Petronio.

De ahí los celos de Tigelino, que vio en él a un rival y a una persona más ducha en la ciencia de los placeres. Tigelino, pues, excitó la crueldad del príncipe, pasión que en este tenía la supremacía sobre las otras, y acusó a Petronio de ser amigo de Escevino. Se sobornó un esclavo para la delación, y a Petronio se le privó del derecho de defensa.

La mayor parte de sus esclavos fueron encarcelados. Por entonces, se encontraba en Campania el César. Petronio fue detenido en Cumas, hasta donde lo había seguido. No soportó la idea de languidecer por más tiempo entre el terror y la esperanza, pero tampoco se quitó la vida bruscamente. Se abría las venas y se las cerraba para abrírselas otra vez según su antojo, entreteniéndose con sus amigos, pero no con temas serios ni con nada calculado para conseguir reputación de firmeza. Escuchaba más bien versos anodinos y poesías ligeras en vez de reflexionar sobre la inmortalidad de alma, y de proferir máximas filosóficas.

Dio dinero a algunos esclavos y a otros, látigo. Más aún, a fin de que su muerte, si bien forzada, pareciese natural, organizó un festín y dejó que lo ganase el sueño. Ni siquiera redactó codicilos para adular a Nerón, a Tigelino o a algún otro poderoso, como lo hacían muchos de los que así acababan sus días. Lo que hizo traza, bajo el nombre de jóvenes impúdicos y de mujerzuelas, la narración completa de las degeneraciones del príncipe con sus más monstruosos vicios. Después de enviarle sellado este escrito, quebró su anillo, con la aprensión de que no sirviera más tarde para poner en graves aprietos a otras personas.

Nerón investigaba cómo habían podido ser divulgados sus vicios nocturnos, y le vino Sila a la memoria. Esta mujer, esposa de un senador, no le era desconocida. Además, él mismo la había asociado a todos sus placeres, como amiga muy íntima que era de Petronio. El odio de Nerón provocó su destierro con el pretexto de haber propalado lo visto.

Dejemos el principado de Nerón, que sembró Roma de cadáveres exquisitos, y avancemos hasta el de Marco Aurelio (121-180 d.C.), para ocuparnos de la muerte del propio emperador.

Fue este uno de los emperadores más justos, más cultos y más dedicados a defender el imperio y su arquitectura institucional y jurídica de cuantos hubo en Roma. Notable

escritor y filósofo de adscripción estoica, no creía en otra vida de ultratumba, sino en que la muerte es el fin que termina con todos los deseos.

Fue muy popular en vida y en la iconografía posterior, hasta el extremo de que una imagen suya a caballo figura hoy en la moneda italiana de cincuenta céntimos de euro.

El cine lo ha tratado bien, y los autores que lo han encarnado en la pantalla, como sir Alec Guinness o Richard Harris, lo han representado revestido de gran dignidad.

Existen varios relatos sobre su muerte, producida por haber contraído la viruela durante una epidemia especialmente mortífera. La más fiable es la de Dion Casio[22], a la que sigue bastante libremente Ridley Scott en *Gladiator*, según la cual habría muerto en Viena cerca de su hijo Cómodo. Cuenta este historiador que fue incinerado, deificado *post mortem* y que sus cenizas fueron trasportadas a Roma hasta el Castel Sant´Angelo.

Aquí vamos a reproducir, sin embargo, el relato[23] de la *Historia Augusta*, que suele ser poco fiable, pero que es un relato más extenso y que se adapta mejor al planteamiento de este libro:

Así fue su muerte: cuando comenzó a sentirse enfermo, llamó a su hijo y le pidió ante todo que no despreciara los últimos coletazos de la guerra, para que nadie lo tomara como un traidor de la patria. Y al responderle su hijo que su primer deseo era velar por su salud, le permitió que hiciera lo que deseara, pidiéndole, no obstante, que esperase unos pocos días para no partir al mismo tiempo que él. Después, deseando morir, se abstuvo de comer y beber, y así aumentó su mal. A los seis días llamó a sus amigos y, al tiempo que se reía de

las cosas humanas y despreciaba la muerte, les dijo: "¿Por qué me lloráis y no pensáis más bien en la epidemia y en la muerte de todos?". Y al ver que deseaban retirarse, dijo gimiendo: "Si ya me despedís, os digo adiós, y me adelanto a vosotros". Y cuando le preguntaron que a quién recomendaba a su hijo, les contestó: "A vosotros, si es digno de ello, y a los dioses inmortales". Cuando el ejército se enteró de la maligna enfermedad que lo aquejaba, sintió un vivo dolor porque lo había amado de un modo singular. Al séptimo día se puso más grave y aceptó solo la visita de su hijo, al que despidió enseguida, para que no se contagiara con la enfermedad. Después de despedirlo, se cubrió la cabeza como si quisiera dormir, y durante la noche exhaló su espíritu. Dicen que, dado que veía que su hijo iba a ser tal cual después que él murió, deseó su muerte para que no se asemejase, como él mismo decía, a Nerón, Calígula o Domiciano.

NOTAS

1. "Salve, César, los que vamos a morir, te saludan", frase dicha al emperador Claudio por quienes iban a participar en una batalla naval (Suetonio, *Claudio* 21.6).
2. Tito Livio, *Per.* 55: "*Decimus Iunius Lusitaniam expugnationibus urbium usque ad Oceanum perdomuit, et cum flumen Obliuionem transire nollent, raptum signifero signum ipse transtulit et sic ut transgrederentur persuasit*" [Décimo Junio se adueñó de la Lusitania con la conquista por asalto de las ciudades hasta el Océano, y como no querían cruzar el río del Olvido, arrebató el estandarte al abanderado y lo pasó él mismo a la otra orilla y así los convenció de que pasasen].
3. Aludiendo a la muerte de Sócrates, *Juan de Mairena*, heterónimo de Antonio Machado (sigo la ed. de la editorial Cátedra de Antonio Fernández Ferrer, Madrid, 1998, vol. I, p. 230), dice que "los hombres han comprendido siempre que sin un cambio de dioses todo continúa aproximadamente como estaba", de donde debe proceder el título de la obra de S. Ferlosio, *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado,* Alianza Editorial, Madrid, 1986; reimpresión, Destino, Barcelona, 2002.
4. Existían en Atenas dos tipos de juicios: los *agones timetoi*, en los que se podía negociar la pena, y los *agones atimetoi*, en los que esta venía prefijada en la ley. El de Sócrates fue de los primeros y, por lo tanto, podía haber negociado una sentencia mejor.
5. Traducción (con correcciones propias) de Luis Gil Fernández; *Fedón*, Aguilar, Buenos Aires, 1957.
6. En la viñeta de Forges de *El País* del 12 de junio de 2011, por ejemplo, bajo el título *Momentos*

estelares de la Humanidad, si hubieran sido hoy: El fin de Sócrates muestra a Sócrates sentado en un taburete, con una copa en la mano, junto a una botella en el suelo que pone "Cicuta dry" y diciendo: "Critón, le debemos un gallo a Asclepio;130.000 de la hipoteca al BBVA; 400 mensuales del Audi 4; 1.800 del bótox de Carinta...".

7. Javier López Facal, *La presunta autoridad de los diccionarios,* CSIC y Los Libros de la Catarata, Madrid, 2010, p. 21.
8. Ateneo 9.401e. Para este falso epitafio sigo el texto griego de la colección de clásicos Loeb, que incorpora una conjetura del editor que justifica la traducción que aquí presento. Sin esa conjetura el texto diría: "y vespertinas preocupaciones por las noches".
9. Sigo la traducción de Aurelio Pérez Jiménez; Plutarco, *Vidas Paralelas*, vol. I, Gredos, Madrid, 1985.
10. Traducción de Aurelio Pérez Jiménez; Plutarco, *Vidas Paralelas*, vol. II, Gredos, Madrid, 1.ª reimpr. 2008.
11. Traducción de Aurelio Pérez Jiménez; Plutarco, *Vidas Paralelas*, vol. II, Gredos, Madrid, 1.ª reimpr. 2008.
12. Traducción de Aurelio Pérez Jiménez.
13. 10 de noviembre de 322.
14. Traducción de Juan Pablo Sánchez Hernández; Plutarco, *Vidas Paralelas*, vol. VII, Gredos, Madrid, 2009.
15. Sigo la cuidadosa pero difícil traducción de Ana Pérez Vega, *Las Metamorfosis*, Sevilla, Orbis Dictus, 3ª ed. 2008.
16. La cursiva es mía.
17. *Hechos 14*, 9-13.
18. Esta inscripción (CIL I^2 1202) aparece reproducida en muchas antologías de textos latinos arcaicos, como la de la colección Loeb de E. H. Warmington, *Remains of Old Latin,* vol. IV, *Archaic Inscriptions* n.º 15. Más adelante la volveremos a encontrar, cuando tratemos de los epigramas sepulcrales latinos.
19. Era frecuente que las tumbas se pusiesen a la vera de los caminos, por lo que sus epitafios se dirigían frecuentemente a viandantes, forasteros y similares. Marco Cecilio, concretamente, hizo que instalasen su tumba junto a la *Via Appia.* El caso de la llamada Torre de los Escipiones de Tarragona es otro ejemplo típico de tumba levantada a la vera de un camino, en este caso, de la *Via Aurelia*.
20. *Anales* 15.60. ss.
21. *Anales* 16.18-20.
22. 71. 33: "Si hubiera vivido más tiempo, habría reducido todo el país a su obediencia, pero murió el 17 de marzo, no de la enfermedad que sufría entonces, sino, como me consta con toda seguridad, del veneno que le habrían suministrado los médicos para ganarse el favor de Cómodo".
23. Traducción de Vicente Picón; Akal Clásica, Madrid, 1989.

CAPÍTULO 2

EL MAESTRE RODRIGO MANRIQUE Y OTROS BUENOS CRISTIANOS

Nunc et in hora mortis nostrae[1]

Las religiones más antiguas de los pueblos hablantes de lenguas indoeuropeas de Europa, como las de los griegos, latinos, germanos, celtas, eslavos, etc., eran politeístas, según acabamos de ver con cierto detalle en el caso de griegos y romanos, y tenían unas creencias difusas y poco elaboradas en una existencia *post mortem*.

Curiosamente, no fue el pensamiento religioso de estos pueblos europeos el que habría de influir en las religiones monoteístas de Oriente Medio, sino su pensamiento filosófico: la idea de un alma *espiritual*, es decir, inmaterial, procede de Platón y de las escuelas neoplatónicas, y de ellas habría de pasar al judaísmo precristiano, de forma que cuando el cristianismo se fue elaborando a partir de sus orígenes judíos, incorporó ya esta creencia que procede, en última instancia, del *Fedón*.

En ese diálogo, del que hemos traído aquí el pasaje de la muerte de Sócrates, Platón sostiene que el alma es inherentemente indestructible, porque para destruir algo, como el cuerpo, hay que trocearlo o desintegrarlo en sus

elementos constitutivos, pero ese proceso no puede aplicársele al alma, que es una realidad espiritual y que, por lo tanto, no está compuesta de partes.

Santo Tomás de Aquino, que adoptó fiel y aplicadamente el pensamiento de Aristóteles a la teología cristiana, sigue en este punto, sin embargo, a Platón, y esa idea platónica del alma sería, por lo tanto, la que se acabaría imponiendo en el cristianismo como la canónica, es decir, la "única verdadera".

Todavía no hace mucho, Jacques Maritain, un neoescolástico francés del siglo XX, decía que "un alma espiritual no puede corromperse, porque no tiene materia; no puede desintegrarse, porque no tiene partes substantivas; no puede perder su unidad individual, porque es autosubsistente, ni su energía interna, porque contiene en sí misma todas las fuentes de la energía"[2].

En cualquier caso, la ingeniosa solución de un alma espiritual que sobrevive a la corrupción física del cuerpo no era muy necesaria en los primeros tiempos del cristianismo, porque entonces los fieles estaban convencidos de que no iban a morir, al ser inminente el regreso de Cristo a la Tierra, que los llevaría directamente en presencia del Padre, sin tener que pasar por el trance de la muerte. La primera Epístola a los Tesalonicenses (4.14-17) es muy clara al respecto:

Porque si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios

llevará consigo a quienes murieron en Jesús. Os decimos esto como palabra del Señor: nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la venida del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron. El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires.

La cosa parecía estar al caer y, por lo tanto, no era necesario todavía desarrollar una complicada escatología, como la que habría de desarrollar el cristianismo, al constatar que el santo advenimiento se estaba retrasando y que no debía de ser tan inminente.

El mismo Cristo, cuando estaba en la cruz a punto de morir, le dijo al buen ladrón: "Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso"[3], lo que nos demuestra que, en los primeros momentos de la nueva religión, la creencia común era que las almas de los justos iban a llegar enseguida al cielo.

El retraso en producirse la *parusía*, es decir, la nueva presencia de Cristo en la Tierra, también conocida como "santo advenimiento", obligó al desarrollo de una escatología que ordenase las "postrimerías" o últimos momentos de la vida terrenal del fiel cristiano en este "valle de lágrimas". Se establecieron así dos pasos obligados para las almas de todos los fieles, la muerte y el juicio, que habrían de conducir a unas hasta la gloria eterna y a otras al infierno igualmente eterno.

Pero algunas Iglesias cristianas, como la católica, habrían de crear además un estadio intermedio, el purgatorio, en donde permanecerían temporalmente las almas que arrastraban pecados veniales, lo que exigía una especie de cuarentena de duración imprecisa para poder ser perdonados definitivamente. Estas "almas del purgatorio" habrían de recibir culto y de merecer limosnas de sus familiares, de una forma que recuerda el culto de la antigua religión romana a los antepasados lares, manes y penates.

En cualquier caso, la creencia más común entre los fieles cristianos, a partir de los comienzos de la Edad Media, era que esta vida es un "valle de lágrimas", lleno de injusticia, imperfección y dolor, de carácter afortunadamente transitorio, y que si el fiel creyente observaba rigurosamente los mandamientos de la ley de Dios y los de la Santa Madre Iglesia[4] alcanzaría tras su muerte el acceso al paraíso, en el que gozaría de la presencia de Dios durante toda la eternidad.

Ello explica que a lo largo de la historia cristiana no sea infrecuente encontrar personas que han ansiado ese encuentro con el Creador, o que no han dado muestras de dolor por la muerte de sus familiares más queridos, porque han pensado que ahora están mejor donde están y que allí esperan a sus familiares aún vivos.

En alguna ocasión en que he ido personalmente a dar el pésame a familias piadosas tras el fallecimiento de un ser querido, me he encontrado con este comportamiento. Y una

vez he llegado a ver una feliz celebración, con música incluida, porque la persona querida habría dejado de sufrir y estaría por fin en el cielo.

Con este protocolo existencial, que ordenaba la vida del ser humano incluso más allá de la muerte, no es extraño que no pocos piadosos fieles cristianos ofrezcan ejemplos de muertes apacibles.

El cristianismo, que acabaría poblando el cielo de santos[5], dispuso de patrocinios celestiales para toda actividad humana imaginable y, en consecuencia, existe también un patrono de la muerte apacible, san José, porque habría muerto en compañía de su hijo Jesús y de su esposa María, compañía obviamente irrepetible en cualquier otra ocasión de la historia. Dios padre, que le había encomendado a las dos personas humanas a las que más amaba, le habría ahorrado el trance de ver morir a su hijo torturado y lo habría recibido en su seno sin ulteriores trámites.

SEPULCRO DE LA CATEDRAL DE SIGÜENZA DEDICADO A DON MARTÍN VÁZQUEZ DE ARCE, MUERTO EN 1486

Sin llegar a este privilegio de san José, otros muchos santos afrontaron el tránsito de la vida terrenal a la celestial con enorme serenidad y, en consecuencia, los relatos sobre las vidas y muertes de los santos se convertirían en *legenda*, es decir, "en lo que hay que leer"[6] para conseguir una mayor edificación espiritual.

Un arzobispo de Génova llamado Jacopus de Voragine, en el siglo Giacomo da Varazze (1230-1298), reunió en su *Legenda aurea* miles de vidas de santos. Esta obra habría de alcanzar un enorme éxito editorial, habría de ser traducida a muchas lenguas europeas y habría de convertirse en lectura obligada de los fieles más devotos.

Es muy probable que fuera conocida, por ejemplo, por el maestre don Rodrigo Manrique, a cuya muerte dedicó su hijo Jorge unas de las páginas más hermosas de la literatura española. Aunque este maravilloso poema no tiene apenas desperdicio, me gustaría destacar las siguientes estrofas, porque nos dan la clave de cómo debería afrontar la muerte un cristiano ejemplar.

No tengamos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo;
y consiento en mi morir

con voluntad placentera,
clara y pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera
es locura[7].

ORACIÓN*:*

Tú, que por nuestra maldad,
tomaste forma servil
y bajo nombre;
tú, que a tu divinidad
juntaste cosa tan vil
como es el hombre;
tú, que tan grandes tormentos
sufriste sin resistencia
en tu persona,
no por mis merecimientos,
mas por tu sola clemencia
me perdona.

FIN:

Así, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer
y de sus hijos y hermanos
y criados,
dio el alma a quien se la dio
(el cual la ponga en el cielo
en su gloria),
que aunque la vida perdió

dejonos harto consuelo
su memoria.

Permítanme ahora que introduzca, con carácter excepcional, el testimonio de una muerte también muy cristiana y ejemplar, pero de un personaje de ficción. Me refiero al ingenioso hidalgo don Alonso Quijano, al que profeso grande consideración, porque liberó a las generaciones venideras de la tarea de soñar despiertos, porque él soñó ya por todos.

En el capítulo LXXIIII de la segunda parte del *Quijote* encontramos, en efecto, el siguiente pasaje:

Llamaron sus amigos al médico, tomole el pulso, y no le contentó mucho y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyolo don Quijote *con ánimo sosegado*[8], pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante.

Unos párrafos después, leemos:

Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa: déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que en tanto que el señor cura me confiesa vayan por el escribano.

Finalmente se relatan los últimos momentos del hidalgo:

Hallose el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de

caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que aquí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió.

Las expresiones "con ánimo sosegado" o "tan sosegadamente" me hicieron dudar de si elegir el adjetivo "sosegado" para el título de este libro, como tributo a don Alonso Quijano el Bueno; me decidí por fin por el de "apacible", tras someter la cuestión a votación entre parientes, amigos y bienhechores.

Algunos poetas han utilizado la creencia en la inmediata corrupción del cuerpo *post mortem* y en la supervivencia del alma, para postular un amor mundano más allá de la muerte. El soneto 43 de Elizabeth Barrett Browning, por ejemplo, empieza diciendo: "*How do I love thee? Let me count the ways*" [¿Cómo te amo a ti? Déjame contar las maneras…] y termina: "*I shall but love thee better after death*" [pero te amaré mejor tras la muerte], tópico literario no infrecuente en la literatura amorosa europea. Concretamente el soneto de Fernando Pessoa "Antigone" es un *remake* de él o un homenaje a la poetisa victoriana británica y comienza: "*Como te amo? Não sei de quantos modos vários* para terminar *amor de tal feição que se na vida escura / é tão grande e nas mais vis ânsias de viver, / muito maior será na paz da sepultura!*" [amor de tal hechura que si en la vida oscura / es tan grande y en las más viles ansias de vivir / mucho más será en la paz de la sepultura].

Aunque los ejemplos al respecto son muy numerosos, vamos a recordar solo dos muy sobresalientes, salidos de las plumas extraordinarias de sendos escritores coetáneos[9]: el soneto 71 de Shakespeare y el "Amor constante más allá de la muerte" de Quevedo. El de Shakespeare dice así:

No longer mourn for me when I am dead
Than you shall hear the surly sullen bell
Give warning to the world that I am fled
From this vile world, with vilest worms to dwell:
Nay, if you read this line, remember not
The hand that writ it; for I love you so
That I in your sweet thoughts would be forgot
If thinking on me then should make you woe.
O, if, I say, you look upon this verse
When I perhaps compounded am with clay,
Do not so much as my poor name rehearse.
But let your love even with my life decay,
Lest the wise world should look into your moan
And mock you with me after I am gone.

Es decir:

No llores por mí cuando haya muerto
más tiempo del que escuches la triste campana fúnebre
anunciar al mundo que me he ido
de este mundo vil para vivir con los gusanos:
No, si lees esta línea, no recuerdes
la mano que la escribió; porque te quiero tanto
que preferiría ser olvidado en tus dulces pensamientos
si es que pensar en mí te da dolor.

Oh, si tú miras este verso
cuando yo quizá esté mezclado con barro,
no menciones siquiera mi pobre nombre
y deja desvanecerse tu amor junto con mi vida,
para que el malicioso mundo no perciba tu dolor
y se burle de ti cuando yo me haya ido.

El de Quevedo, que tiene dos versos finales antológicos y justamente admirados, dice así:

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra, que me llevare el blanco día;
i podrá desatar esta alma mía
hora, a su afán ansioso lisongera:
mas no de essotra parte en la rivera
dejará la memoria, en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría,
i perder el respeto a lei severa.
Alma, a quien todo un dios prissión ha sido,
venas, que humor a tanto fuego han dado,
medulas, que han gloriosamente ardido;
su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Como vemos, algunos poetas, cuando están inflamados de amor *profano*, llegan a mostrar un notable desapego hacia la vida *terrenal* y, por lo tanto, parecen aceptar la muerte sin mayores temores ni rechazos; sin embargo, su desapego por la vida no puede competir con el de los poetas a lo divino, como san Juan de la Cruz (1542-1591), cuya añoranza y

deseo de la muerte, para encontrarse con su amado, son mucho más intensos:

Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero
que muero porque no muero.
1. En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin él y sin mí quedo,
este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo porque no muero.
2. Esta vida que yo vivo
es privación de vivir;
y así, es continuo morir
hasta que viva contigo.
Oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero;
que muero porque no muero.
3. Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero,
que muero porque no muero.
4. El pez que del agua sale
aun de alivio no carece,
que en la muerte que padece,
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,

pues, si más vivo, más muero?
5. Cuando me pienso aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar;
todo es para más penar,
por no verte como quiero,
y muero porque no muero.
6. Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor
y esperando como espero,
muérome porque no muero.
7. Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.
8. Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh, mi Dios!, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero:
vivo ya porque no muero?

Es difícil encontrar un pasaje que refleje mejor la creencia cristiana de que la vida es un penoso transitar por un valle de lágrimas que estos versos de san Juan de la

Cruz, concretamente los que dicen "sácame de aquesta muerte / mi Dios, y dame la vida".

Muy otro es el planteamiento de un riguroso coetáneo de san Juan de la Cruz, Michel de Montaigne (1533-1592), cuyas reflexiones nos resultan hoy mucho más cercanas y familiares.

Montaigne era un cristiano nuevo, de origen sefardí, de familia ennoblecida por su riqueza, con una activa y exitosa vida política, a la que renunció para recluirse en su castillo y dedicarse a escribir y reescribir sus *Ensayos*.

El tener a un bisabuelo muerto en una hoguera de la Inquisición aragonesa pudo haber influido en su visión escéptica y pesimista de la vida, lo que, unido a experiencias de las muertes de personas cercanas, como su amigo Étienne de la Boétie o su propio padre, y a su sólida formación humanística, explican sus reflexiones sobre la vida y la muerte. Esta, por cierto, le habría de llegar, aparentemente de forma muy apacible, mientras escuchaba devotamente la misa en la biblioteca de su castillo, lugar en el que había disfrutado de tanta paz y tanta armonía intelectual, alejado de los fanatismos religiosos que a la sazón estaban ensangrentando los campos de Francia.

Encontramos en sus *Ensayos*[10] múltiples pasajes sobre el tema que nos ocupa, pero vamos a seleccionar solo uno de ellos[11]:

Si temiera morir lejos del lugar en que nací, si pensara acabar menos a mi

gusto apartado de los míos, apenas pondría los pies fuera de Francia. No saldría sin horror de mi parroquia: siento a la muerte continuamente pellizcarme la garganta o los riñones. Mas yo estoy de otro modo conformado, aguárdola en igual textura en todas partes. Y si de todas suertes me fuese dable tomar posiciones, la recibiría más bien a caballo que en el lecho, fuera de mi casa y lejos de mi gente. Hay más desolación que consuelo en despedirse de sus amigos: yo olvido muchas veces este deber de nuestro trato, pues entre todos los de la amistad este es el único desagradable, y de la propia suerte olvidara gustoso ese grande y eterno adiós. Si alguna ventaja se alcanza con la asistencia, surgen al par cien inconvenientes. Muchos moribundos vi lastimosamente cercados de todo ese cortejo, y esta muchedumbre los ahogaba. Se opone al deber que la afección impone y la testimonian escasa, lo mismo que el cuidado, el no dejaros morir tranquilamente: uno atormenta vuestros ojos, otro, vuestros oídos, otro, vuestra boca y no hay sentido ni órgano que no os destrocen. La piedad oprime vuestro pecho al oír los lamentos de los amigos, y acaso a veces del despecho, al escuchar otros duelos simulados y ficticios. Quien siempre fue de complexión delicada y flaca lo es más aún en estos momentos supremos; en ellos le precisa una mano dulce y acomodada a su naturaleza, para que le rasque donde le pica, o, si no, que se le deje en paz. Si hemos menester de partera para que nos ponga en el mundo, mayormente necesitamos de un hombre aún más competente para sacarnos de él. Aun amigo todo, precisaría pagarlo bien caro para el servicio en semejante trance [...]. Yo me conformo con una muerte recogida en sí misma, sosegada y solitaria, cabalmente mía, que concuerde con mi vida retirada y apartada; lo contrario de lo que pretendía la superstición romana, que consideraba desdichado al que moría sin hablar y sin tener a su lado a sus parientes y amigos para cerrarle los ojos. De sobra tengo que hacer con consolarme, sin necesidad de procurar consuelo a los demás; hartas ideas asaltan mi cabeza sin que en mi derredor los encuentre, y demasiadas cosas tengo en qué pensar sin pedirlas prestadas. Este tránsito no incumbe a la sociedad; es la acción de un solo personaje. Vivamos y riamos entre los nuestros; vayamos a morir y a rechinar junto a los desconocidos. Pagándolo, encontraréis quien os vuelva de lado la cabeza y

quien os frote los pies; quien os apriete como queráis, mostrándoos un semblante indiferente y dejando que a vuestro modo os gobernéis y os quejéis.

Merece ser recordada también la muerte del dramaturgo Jean Baptiste Poquelin, más conocido como Molière (1622-1673). Estando ya bastante enfermo, aparentemente de tuberculosis, pudo escribir, sin embargo, su última obra, *El enfermo imaginario*, y representarla hasta el mismo día de su muerte, que ocurrió casi en escena. A pesar de la gravedad que había alcanzado su enfermedad crónica, y de los ruegos de su mujer y de su mejor amigo, se empeñó en representar él mismo la comedia por cuarta vez, para no defraudar a su público y para no privar al personal de la compañía de los correspondientes ingresos.

Llegó como pudo hasta el final, cuando le dio un acceso de tos, seguida de la consiguiente hemoptisis. Lo llevaron entonces en silla de manos hasta su casa, en donde pidió que llamaran a un cura para disponerse a bien morir. Mientras su mujer iba a buscarlo, su amigo Baron le ofreció un caldo, que rechazó porque lo encontró muy fuerte. Pidió en cambio un poco de queso, pero apenas pudo probarlo porque empezó a toser violentamente. Su mujer volvió tras haber visto rechazadas sus solicitudes de asistencia por parte de dos sacerdotes, que se negaron a asistirlo cristianamente porque era un cómico y, además, había escrito obras muy irreverentes, como el *Tartufo*.

Dos monjas a las que él había acogido en el pasado y que

casualmente habían ido de visita, le acompañaron hasta que murió en sus brazos.

Su amigo Baron fue a informar al rey, que se mostró muy afectado.

Los curas de la parroquia se negaron a darle cristiana sepultura por su condición de cómico, ya que estos tenían entonces vetado el entierro en sagrado y se limitaron a elevar el asunto al arzobispo, quien tenía la facultad de levantar la susodicha prohibición.

La situación era muy embarazosa para la Iglesia, porque no podía rechazar el entierro de una persona tan admirada y tan popular, pero tampoco podía hacer como que ignoraba su condición de cómico que no había renunciado a su profesión para obtener el correspondiente perdón. El arzobispo ordenó una investigación de los hechos y a la vista de los testimonios y las evidencias recibidas, permitió el entierro de Molière pero, eso sí, "*sans aucune pompe et hors des heures du jour*" [sin pompa alguna y fuera de las horas del día]. A pesar de ello, el día de su entierro se congregó una inmensa multitud para darle el último adiós a su cómico y la luz de tantos hachones portados por sus admiradores iluminó la noche parisina.

Había muerto como quería: representando su obra hasta el último día, en paz con Dios y consigo mismo, confortado por dos monjas amigas, en presencia de sus seres más cercanos y después de comer un poco de queso.

La Iglesia tampoco se mostró especialmente comprensiva

o "cristiana" en el caso de Voltaire[12]: había regresado este a París tras un larguísimo destierro para presentar su última tragedia, *Irène*, que pudo llegar a dirigir él mismo, en medio de un gran fervor popular, pero en condiciones de salud ya muy precarias, debido a su avanzada edad. Pocas semanas después, tras declarar "*je meurs en adorant Dieu, en aimant mes amis, en ne haïssant pas mes ennemis, en détestant la superstition*" [muero adorando a Dios, amando a mis amigos, no odiando a mis enemigos, detestando la superstición], falleció. Al parecer sus últimas palabras fueron: "Por Dios, dejadme morir en paz".

Antes de que la Iglesia prohibiese su entierro en sagrado, como se esperaba debido a su inveterado enfrentamiento con esta institución, del que nunca se había arrepentido, su círculo más cercano trasladó con rapidez sus restos a una abadía de Champagne, donde recibió sepultura. Pocos años después, sus restos serían desenterrados y trasladados al Panteón, como uno de los precursores de la Revolución.

En círculos integristas católicos circularon entonces, contra todas las evidencias y testimonios aparentemente fidedignos, versiones truculentas sobre su muerte supuestamente desesperada e inconfesa, debido a su lucha con Dios, versiones que se han seguido repitiendo hasta nuestros días, como puede comprobar el curioso lector en cualquier blog o web cristiana que se ocupe del asunto. Incluso Mozart, que se encontraba por aquel entonces en París y a quien uno nunca imaginaría como un cristiano

integrista, le decía en una carta a su padre: "Probablemente ya sabrás que el ateo y granuja redomado Voltaire ha estirado la pata como un perro, como un animal… ¡ya tiene su merecido!".

La preocupación por la muerte parece ser el *leitmotiv* de *El Gatopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, una obra que, aunque publicada en 1959, nos permitimos situarla arbitrariamente en la época del "Risorgimento" italiano de mediados del siglo XIX, porque está ambientada en aquellos años tan turbulentos y fecundos.

Nadie más indicado que el propio Giuseppe Tomasi (1896-1957) para escribir este libro, puesto que él mismo era príncipe de Lampedusa y duque de Montechiaro y, en cierta manera, pudo escribir esta obra de ficción casi por introspección.

El caso es que su novela, terminada en 1956, sería rechazada por Einaudi y Mondadori y solo sería publicada por Feltrinelli en 1958, cuando su autor había muerto ya. Se convertiría inmediatamente en un *best seller* y quizá por ello Luchino Visconti hizo una memorable versión cinematográfica de ella en 1963.

Veamos a continuación algunos extractos de su capítulo VII[13]:

Desde la habitación contigua, abierta sobre el mismo balcón, le llegó la voz de Concetta:

—No se podía hacer otra cosa. Era necesario que viniera. Nunca me hubiese consolado si no lo hubiera llamado.

Comprendió al punto: se trataba de un sacerdote. Por un instante tuvo la idea de rechazarlo, de mentir, de ponerse a gritar que estaba muy bien, que no necesitaba nada. Pero enseguida se dio cuenta del ridículo de sus intenciones: era el príncipe de Salina y como príncipe de Salina debía morir, con un sacerdote al lado. Concetta tenía razón. ¿Por qué había de sustraerse a lo que era deseado por millares de otros moribundos? Y calló, esperando oír la campanilla del viático. No tardó en oírla: la parroquia de la Piedad estaba casi enfrente. El son argentino y festivo se enramaba por las escaleras, irrumpía en el pasillo y se agudizó cuando se abrió la puerta. Precedido del director del hotel, un suizote irritadísimo por tener a un moribundo en el establecimiento, el padre Balsàno, el sacerdote, entró llevando en la píxide el Santísimo custodiado en estuche de piel.

Tancredi y Fabrizietto levantaron la butaca y la metieron en la habitación. Los demás se habían arrodillado. Más con el ademán que con la voz, dijo:

—Fuera, fuera.

Quería confesarse. Las cosas se hacen o no se hacen. Todos salieron, pero cuando tuvo que hablar, se dio cuenta de que no tenía mucho que decir: recordaba algunos pecados concretos, pero le parecían tan mezquinos que no valían la pena de haber importunado a un digno sacerdote en aquella jornada de bochorno. No era que se sintiese inocente; pero era toda su vida pecadora, no este o aquel hecho determinado, y ya no tenía tiempo para decir esto. Sus ojos debieron expresar una turbación que el sacerdote tomó como expresión de arrepentimiento, como, en cierto sentido, lo era. Fue absuelto. Su barbilla se apoyaba sobre el pecho porque el sacerdote tuvo que arrodillarse para introducirle la partícula. Luego fueron murmuradas las inmemoriales sílabas que allanan el camino, y el sacerdote se retiró.

La butaca ya no fue llevada al balcón. Fabrizietto y Tancredi se sentaron a su lado y cada uno le cogió una mano. El muchacho lo miraba fijamente con la curiosidad natural de quien asiste a una primera agonía, y nada más: el que se moría no era un hombre, era un abuelo, y esto es muy distinto. Tancredi le estrechaba fuertemente la mano y le hablaba, hablaba mucho, hablaba jovial: exponía proyectos en los que le asociaba, comentaba los hechos políticos; era diputado y le habían prometido la legación de Lisboa,

conocía muchas anécdotas secretas y sabrosas [...].

En la calle, entre el hotel y el mar, se detuvo un organillo y tocó con la ávida esperanza de conmover a los forasteros que no existían en aquella estación. Tocaba de manera machacona Tú que a Dios extendiste las alas. Lo que quedaba de don Fabrizio pensó cuánta hiel se mezclaba en aquel momento, en Italia, con tantas agonías, a través de estas músicas mecánicas. Tancredi, con su intuición corrió al balcón, arrojó una moneda e hizo señas de que callara. De nuevo se hizo afuera el silencio y se agigantó, dentro, el fragor [...].

En la sombra que avanzaba ya comenzó a contar cuánto tiempo había vivido en realidad. Su cerebro no resolvía ya el cálculo más sencillo: tres meses, veinte días, un total de seis meses, seis meses por ocho cuarenta y cuatro... cuarenta y ocho mil... Se recobró.

"Tengo setenta y tres años; en total habré vivido, realmente vivido, un total de dos... todo lo más tres."

Los dolores, los fastidios, ¿cuántos habían sido? Era inútil esforzarse en contar: todo lo demás: setenta años.

Advirtió que su mano no estrechaba ya la de su sobrino. Tancredi se levantó rápidamente y salió... No era ya un río lo que brotaba de él, sino un océano, tempestuoso, erizado de espuma y de olas desenfrenadas…

Debió de haber tenido otro síncope porque de pronto se dio cuenta de que estaba tendido en la cama. Alguien le tomaba el pulso: por la ventana lo cegaba el reflejo despiadado del mar. En la habitación se oía un silbido: era su estertor, pero no lo sabía. A su alrededor había un grupo de personas extrañas que lo miraban fijamente con una expresión de terror. Poco a poco los reconoció: Concetta, Francesco Paolo, Carolina, Tancredi, Fabrizietto. El que le tomaba el pulso era el doctor Cataliotti. Creyó sonreírle para darle la bienvenida, pero nadie pudo darse cuenta. Todos, excepto Concetta, lloraban. Incluso Tancredi, que decía:

—Tío, tiazo querido…

De pronto, en el grupo se abrió paso una joven. Esbelta, con un traje pardo de viaje y amplia tournure, con un sombrero de paja adornado con un velo moteado que no lograba esconder la maliciosa gracia de su rostro. Insinuaba

una manecita con un guante de gamuza, entre un codo y otro de los que lloraban, se excusaba y se acercaba a él. Era ella, la criatura deseada siempre, que acudía a llevárselo. Era extraño que siendo tan joven se fijara en él. Debía de estar próxima la hora de la partida del tren. Casi junta su cara a la de él, levantó el velo, y así, púdica, pero dispuesta a ser poseída, le pareció más hermosa de como jamás la había entrevisto en los espacios estelares.

El fragor del mar se acalló del todo.

Anteriormente hemos aludido a las vidas de los santos, tan frecuentes desde la Edad Media, que no solían reflejar rigurosamente, ni lo pretendían, la realidad histórica de los hechos descritos. Su finalidad era la edificación espiritual del lector y este santo objetivo justificaba y validaba cualquier ejercicio de fantasía del antólogo de turno. Los que se servían de las vidas de santos en todas sus múltiples variantes, como unas "Vidas de niños santos" que leí en mi infancia, lo hacían con la misma libertad creadora que los poetas antiguos para describir las andanzas de los dioses: de la misma forma que a nadie se le hubiera ocurrido entonces exigirle a Ovidio la precisión y el respeto a los hechos que se daban por descontado en Tácito o Dion Casio, tampoco nadie exigía rigor a los autores de este género de libros.

Algunas vidas de santos contemporáneos, recientemente canonizados, sí pueden reconstruirse, sin embargo, con gran respeto a la realidad histórica, como es el caso de la de san Maximiliano María Kolbe, canonizado por Juan Pablo II en 1982. Era este un franciscano, hijo de alemán y de polaca, que había sido misionero en Japón y que fue recluido en

Auschwitz durante la ocupación alemana. Trascribo a continuación una parte de la biografía suya que aparece en la Wikipedia[14]:

A fines de julio de 1941 se fugó un preso del campo de concentración de Auschwitz. El sargento polaco Franciszek Gajowniczek, de 40 años de edad, uno de los prisioneros, narró así su experiencia de aquel verano de 1941:

Yo era un veterano en el campo de Auschwitz; tenía en mi brazo tatuado el número de inscripción: 5659. Una noche, al pasar los guardianes lista, uno de nuestros compañeros no respondió cuando leyeron su nombre. Se dio al punto la alarma: los oficiales del campo desplegaron todos los dispositivos de seguridad; salieron patrullas por los alrededores. Aquella noche nos fuimos angustiados a nuestros barracones. Los dos mil internados en nuestro pabellón sabíamos que nuestra alternativa era bien trágica; si no lograban dar con el escapado, acabarían con diez de nosotros. A la mañana siguiente nos hicieron formar a todos los dos mil y nos tuvieron en posición de firmes desde las primeras horas hasta el mediodía. Nuestros cuerpos estaban debilitados al máximo por el trabajo y la escasísima alimentación. Muchos del grupo caían exánimes bajo aquel sol implacable. Hacia las tres nos dieron algo de comer y volvimos a la posición de firmes hasta la noche. El coronel Fritsch volvió a pasar lista y anunció que diez de nosotros seríamos ajusticiados.

A la mañana siguiente, Gajowniczek fue uno de los diez elegidos por el coronel de las SS Karl Fritsch para ser ajusticiados en represalia por el escapado. Cuando Franciszek salió de su fila, después de haber sido señalado por el coronel, musitó estas palabras: "Pobre esposa mía; pobres hijos míos". El P. Maximiliano estaba cerca y las oyó. Enseguida, dio un paso adelante y le dijo al coronel: "Soy un sacerdote católico polaco, estoy ya viejo. Querría ocupar el puesto de ese hombre que tiene esposa e hijos". El oficial nazi, aunque irritado, finalmente aceptó su ofrecimiento y Maximiliano Kolbe, que tenía entonces 47 años, fue puesto, junto con otros nueve prisioneros, en ayuno obligado para que muriera. Los diez condenados fueron recluidos en una celda subterránea el 31 de julio de 1941.

Pero como —tras padecer tres semanas de hambre extrema— el 14 de agosto de 1941 aún sobrevivía junto a otros tres condenados y los oficiales a cargo del campo querían dar otro destino a la celda, Kolbe y sus tres compañeros de celda fueron asesinados administrándoles una inyección de fenol. Los cuerpos fueron incinerados en el crematorio del campo. Incluso en prisión y también en la celda de hambre, celebró, mientras pudo, todos los días la santa misa, distribuyendo la comunión a otros prisioneros: el pan dado a los prisioneros era ácimo y podía ser utilizado para la eucaristía; guardianes que simpatizaban con él le hacían llegar el vino.

En agosto de 1945, en el final de la Segunda Guerra Mundial, la ciudad de Nagasaki, donde Kolbe tenía una de sus imprentas, fue destruida por la bomba atómica. Todos los trabajadores fallecieron más tarde, pero la imprenta quedó incólume.

El papa Pablo VI lo declaró beato en 1971; a la fiesta asistió Franciszek Gajowniczek (de 70 años), el hombre por el cual Kolbe había ofrendado su propia vida treinta años atrás. Once años después, Juan Pablo II canonizó a este ante una multitud de polacos, el 10 de octubre de 1982. Posteriormente fue nombrado patrón de los radioaficionados a petición de los radioaficionados polacos.

A pesar de la obvia fidelidad a los hechos descritos, nos interesa subrayar el apunte taumatúrgico, ingrediente imprescindible de toda vida de santo que se precie: la bomba atómica que destruyó Nagasaki no fue capaz de destruir la imprenta que había levantado el padre Kolbe, porque era una obra santa y, por lo tanto, milagrosa.

En cualquier caso, lo que me interesa subrayar aquí es que a pesar de la crueldad extrema a que fue sometido el padre Kolbe por las SS, no me cabe la menor duda de que debió de tener una muerte absolutamente apacible: pudo impartir la confesión, dar la comunión, consolar y salvar a

las almas de sus compañeros de tormento; pudo realizar su ideal de amor cristiano hasta el heroísmo y debió de recibir, por tanto, la inyección letal con una absoluta serenidad y aun alegría.

El papa Pablo VI, que sería quien beatificase al padre Kolbe, había nombrado cardenal de la Iglesia católica al jesuita Jean Daniélou en 1969. Era este un brillante profesor y miembro de la Académie Française, perteneciente a una conocida familia (su padre, por ejemplo, había sido ministro). El cardenalato le fue otorgado por su labor en el Concilio Vaticano II, en el que había sido nombrado perito por el anterior papa Juan XXIII, y a lo largo del cual había ido evolucionando desde posturas teológicas renovadoras hacia un mayor conservadurismo.

Sus dos tesis doctorales, una en teología y otra en filosofía, se habían ocupado de san Gregorio de Nisa, autor que había desarrollado el sentido teológico cristiano del término *epéktasis*. A esta palabra, que significaba en griego literalmente "prolongación", "extensión", "alargamiento", "estiramiento" y similares, los Padres de la Iglesia le habían ido dando el sentido de "tensión progresiva hacia Dios" y hasta tal punto fue un concepto familiar al cardenal Daniélou que el homenaje que le dedicaron sus colegas y discípulos con motivo de su sesenta y cinco aniversario se titulaba precisamente "Epéctasis: miscelánea patrística ofrecida al cardenal Jean Daniélou"[15].

El caso es que el 20 de mayo de 1974 la policía parisina

tuvo que acudir al *meublé* de una joven voluptuosa, de nombre Mimi Santoni, porque en él se había producido la muerte repentina de un señor ya entrado en años que llevaba consigo una considerable suma de dinero. Se trataba del ilustre profesor, académico y cardenal Jean Daniélou.

La Compañía de Jesús, a la sazón dirigida por el padre Arrupe, mantuvo una postura muy distante al respecto, al parecer porque conocía y desaprobaba aquellas aficiones mundanas de uno de sus hijos más reputados, pero la Conferencia episcopal francesa y el propio Vaticano se vieron envueltos en un desafortunado pero hilarante cruce de notas y desmentidos con el periódico satírico *Le Canard Enchainé*, que, a diferencia de *Le Figaro* o *Le Monde*, hizo una cobertura tan eficaz como sarcástica de todo el *affaire*.

La primera versión oficial era que el cardenal acudía frecuentemente a visitar a enfermos y prostitutas y que había ido a visitar el *meublé* para realizar labores de apostolado, para lo cual el diario satírico no se explicaba por qué razón necesitaba llevar consigo tanto dinero; la segunda reacción de la jerarquía eclesiástica lanzó la idea de que había acudido a aquel lugar con tanto dinero para mediar en un caso de intento de chantaje contra una figura pública, a lo que *Le Canard* se preguntaba si era preciso estar desnudo para el oficio de mediación. Finalmente la Iglesia llegó a decir que lo había llevado a aquel lugar su "epéctasis" hacia Dios[16], lo que permitió al diario parisino ampliar el contenido semántico del término *épectase*

dándole un nuevo significado que algunos diccionarios franceses definen hoy como "*summum de l´orgasme, du plaisir sexuel*".

En cualquier caso, para los efectos de este libro, la muerte del cardenal Daniélou, si no puede calificarse de apacible, sí parece que puede considerarse al menos de placentera y lo cierto es que no son infrecuentes este tipo de muertes en o por epéctasis.

Veamos algunos otros casos. El séptimo presidente de la República francesa, Félix Faure (1841-1899), es quizá más famoso por su muerte que por su vida: un 16 de febrero de 1899 sonó el timbre de llamada al servicio en el salón azul del palacio del Elíseo, en donde se encontraba también, como solía, su amante Marguerite Steinheil (Meg). Al entrar los sirvientes, se encontraron a Meg colocándose la ropa apresuradamente y al presidente desvanecido en el diván. Moriría unas horas más tarde de un ictus cerebral. El *Journal du Peuple* dijo que había muerto porque estaba "demasiado sacrificado a Venus" y entre la ciudadanía se extendió el rumor de que había sufrido el ictus durante una felación que le estaba practicando su amante, a la que por ello bautizaron como *Pompe funèbre*[17].

Cuando llegó apresuradamente el sacerdote de palacio y preguntó al personal del gabinete si el presidente seguía con el conocimiento, le dijeron que no, que este se había ido por la escalera de servicio. Georges Clemenceau, que no simpatizaba con él, comentó entonces: "Al entrar en la

nada, debe haberse sentido como en casa".

Un relato similar, nunca confirmado, pero muy extendido en los tabloides de Nueva York, es el de la muerte del exgobernador y exvicepresidente de Estados Unidos (1974-1977) Nelson Rockefeller, al que recogió ya inconsciente una ambulancia de un apartamento de lujo, en el que se encontraba con su joven colaboradora Megan Marshak. Aparentemente no fue esta la que llamó a la ambulancia, sino una amiga suya que había acudido en su ayuda. Según algunos medios, la tardanza en llamar al teléfono de urgencias debido a lo embarazoso de la situación pudo haber contribuido al fatal desenlace.

El caso de la muerte del actor David Carradine, conocido por su papel en la serie televisiva *Kun Fu* y posteriormente por su interpretación en *Kill Bill* de Q. Tarantino, es similar, aunque parece deberse a un suicidio involuntario por "asfixiofilia", es decir, por inducir una asfixia incompleta para provocar una erección.

La introducción en el mercado de píldoras que facilitan esa función, como la "viagra", parece haber contribuido a más de un caso de "epéctasis" en la acepción acuñada por *Le Canard Enchainé*.

Vemos pues que la expresión que se utiliza en francés para designar al orgasmo como *petite mort* se queda ocasionalmente corta en la adjetivación.

El título del libro que Simone de Beauvoir dedica a la muerte de su madre, *Une mort très douce*[18] [Una muerte

muy dulce] es parcialmente engañoso porque se trató, en realidad, de una típica muerte hospitalaria, tras la intervención quirúrgica de un cáncer en estado avanzado, rodeada de las habituales terapias intervencionistas, en las que no faltan incomodidades ni dolores, y en las que se pasa por fases alternativas de optimismo y desesperanza. La madre de la autora era católica practicante, pero se resistió hasta el final a recibir los últimos sacramentos[19]:

El doctor N. le dijo un día: "¡Usted debe llevarse muy bien con el buen Dios, para haberse repuesto tan rápido!". Ella respondió: "¡Oh! Estoy muy bien con Él. Pero no tengo ganas de ir a verlo tan pronto". En la tierra, la vida eterna significaba la muerte, y ella se negaba a morir. Naturalmente, los devotos de su alrededor suponían que nosotros contrariábamos su voluntad e intentaron llevar a cabo algunos abusos. Pese al letrero de Prohibidas las visitas, una mañana mi hermana vio que se abría la puerta para dejar pasar una sotana; la rechazó con energía: "Soy el padre Avril. Vengo como amigo". "No importa. El hábito que usted lleva atemorizaría a mamá." El lunes, se produjo una nueva intromisión: "Mamá no recibe a nadie", dijo mi hermana mientras empujaba a la señora Saint-Ange hasta el vestíbulo. "Bueno. Pero es necesario que yo converse con usted sobre un problema muy grave: conozco las convicciones de su madre..." "Yo también las conozco", respondió mi hermana con sequedad. "Mamá está en su sano juicio. El día que ella desee ver un sacerdote, ya lo pedirá." El miércoles por la mañana, cuando volé hacia Praga, aún no lo había deseado.

Este comportamiento parece frecuente en creyentes de diversos credos, cuya fe, o por lo menos cuya práctica religiosa, se neutraliza en esos momentos últimos de la vida, lo que produce una especie de respuesta común,

simplemente humana, en personas de credos, culturas y épocas diferentes. Las relaciones de Simone con su madre nunca habían sido fáciles y, por lo tanto, tampoco lo eran en aquellas circunstancias:

Ella dependía materialmente de mí; no tomaba ninguna decisión práctica sin consultarme: yo era el sostén de la familia; en cierto modo era su hijo. Además, era una escritora conocida. Estas circunstancias excusaban en parte la irregularidad de mi vida, que, por otro lado, ella reducía al mínimo: una unión libre, en suma, menos impía que un matrimonio civil. Si bien el contenido de mis libros a menudo le chocaba, su éxito en cambio la halagaba [...]. Un día me dijo: "Los padres no comprenden a los hijos, pero es recíproco..."; hablamos de esos malentendidos pero de un modo general.

Esta mayor frialdad emocional entre la madre y la hija famosa, y los mayores compromisos laborales de esta, explican que fuera la hermana pequeña, Poupette, quien acompañara durante más tiempo a la madre y la que estuviera presente en el momento de su muerte:

Mi hermana se vistió: mamá había perdido casi totalmente el conocimiento. De pronto gritó: "Me ahogo". Abrió la boca y los ojos se le dilataron en su rostro despojado de carne: en un espasmo entró en coma. "Vaya a telefonear", dijo la señorita Cournot. Poupette me llamó y yo no contestaba. La operadora insistió durante media hora hasta que me desperté. En ese intervalo, Poupette volvió junto a mamá, ya ausente; el corazón latía, y aún respiraba, sentada, con los ojos vidriosos y sin ver nada. Y se acabó: "Los doctores decían que se iba a apagar como un cirio. No ha sido así en absoluto", dijo mi hermana sollozando. "Pero, señora, le contestó la enfermera ,¡le aseguro que fue una muerte muy dulce!"

[...] Efectivamente, en comparación con otras, su muerte ha sido dulce.

"No me dejéis librada a las fieras." Yo pensaba en todos aquellos que no pueden dirigir ese ruego a nadie: la angustia de sentirse un objeto indefenso, enteramente a merced de médicos indiferentes y enfermeras agotadas. Sin una mano en la frente cuando los posee el terror; sin un calmante cuando el dolor los tortura; sin una charla engañosa para colmar el silencio de la nada. "Ha envejecido cuarenta años en veinticuatro horas." También esa frase me había obsesionado. En la actualidad todavía existen agonías horribles —¿por qué?—. Y además, en las salas comunes, cuando se aproximan los últimos momentos, se rodea con un biombo la cama del moribundo; este ha visto el mismo biombo rodeando las camas que al día siguiente estaban vacías: sabe la verdad. Me imaginaba a mamá cegada por ese sol tenebroso que nadie puede mirar de frente: el horror de sus ojos desmesuradamente abiertos, con las pupilas dilatadas. Tuvo una muerte muy dulce, una muerte privilegiada.

El sol que Simone de Beauvoir califica de "tenebroso" y que al parecer ven los moribundos en el último instante no tiene por qué ser percibido necesariamente de esta manera: un amigo mío, gran aficionado al montañismo y al esquí, sufrió en cierta ocasión un tremendo alud que lo sepultó. Mientras era engullido por aquella masa de nieve, la descarga de adrenalina hizo pasar por su mente innumerables imágenes que reproducían su vida a gran velocidad y, entre ellas, recuerdos absolutamente nimios y totalmente olvidados. Luego la anoxia le hizo ver una luz intensa que lo atraía y sintió una dulce placidez, hasta que perdió el sentido, es decir, hasta que "se murió". Afortunadamente en su caso, un bastón de esquí sobresalía de su tumba provisional, lo que permitió su localización. De esta manera pudo ser rescatado y reanimado, y puede así seguir escalando montañas, esquiando y publicando

artículos científicos.

A la vista de su propia experiencia me ha dicho: "Una muerte apacible está al alcance de cualquier persona; yo mismo la he tenido".

NOTAS

1. "Ahora y en la hora de nuestra muerte", frase del Avemaría.
2. J. Maritain, *Raison et raisons. Essais détaches*, París, Egloff, 1947.
3. Lucas 23, 43.
4. Además de los diez mandamientos de la ley de Dios, que proceden del código mosaico, la Iglesia añadió cinco nuevos mandamientos: 1. Oír misa; 2. Confesar al menos una vez al año; 3. Comulgar por Pascua florida; 4. Ayunar y abstenerse de carne cuando lo ordene la Iglesia; 5. Pagar diezmos y primicias a la Iglesia de Dios. (Este último, que estuvo vigente durante unos mil años, fue fundamental para el patrimonio cultural europeo: catedrales, monasterios, imágenes, cuadros, música sacra, etc., se financiaron con esta especie de IVA religioso.)
5. Aunque es difícil saber con exactitud su número, se calcula que existen unos diez mil santos censados. El último papado de Juan Pablo II fue muy fecundo al respecto y durante él se canonizaron, por ejemplo, varias decenas de españoles que habían encontrado la muerte debido a su fe durante la guerra civil de 1936-1939.
6. La actual acepción de "leyenda" en el sentido de "relato popular de carácter fabuloso" es reciente: no surge antes del siglo XIX.
7. La cursiva es mía.
8. La cursiva es mía.
9. W. Shakespeare (1564-1616); F. de Quevedo (1580-1645).
10. Por ejemplo libro I.19, libro III.12 y 13.
11. Del libro III. Sigo la versión de www.TodoEbook.net.
12. François Marie Arouet (1694-1778), filósofo y escritor racionalista francés, de enorme y merecida influencia en la Europa ilustrada y aun en los siglos venideros.
13. Traducción de Fernando Gutiérrez para la editorial Cátedra, Madrid, 1991, con correcciones propias.
14. Wikipedia, artículo "Maximiliano Kolbe" modificado el 1 de junio de 2011.
15. *Epektasis: mélanges patristiques offerts au Cardinal Jean Daniélou,* Beauchesne, París, 1972.
16. "*C´est dans l´épectase de l´Apôtre qu´il est allé à la rencontre du Dieu Vivant*" [Es en la epéctasis del

apóstol como él se ha ido al encuentro con Dios vivo]. No sé si el lector compartirá conmigo la opinión de que esta frase es una obra maestra de la hipocresía eclesiástica; a mí me parece sencillamente insuperable para describir las circunstancias que rodearon el fallecimiento del rijoso cardenal.

17. En francés *pompe* significa tanto "pompa" como "bomba".
18. Gallimard, París, 1954. Sigo la traducción española de María Elena Martín, Edhasa, Barcelona, 2003.
19. Los "últimos sacramentos" consisten en la confesión del moribundo, el *viático* o comunión (llamado así porque le habrá de acompañar en el camino —latín, *viaticum*— al más allá) y la extremaunción con los santos óleos, especialmente de los órganos de los cinco sentidos. Este último rito suele tener un gran coste emocional para el propio moribundo y para la familia presente, porque suele ser interpretado como una especie de embalsamamiento en vida. Finalmente se le imparte al moribundo la bendición "apostólica", que lleva aparejada una "indulgencia plenaria" por la que se perdonan absolutamente todos los pecados.

CAPÍTULO 3

A SOLAS CON NUESTRA MUERTE

Ubi est mors victoria tua?[1]

Durante milenios, en realidad podríamos decir que desde siempre, el ser humano se enfrentaba a la muerte con la esperanza de que había otra vida de ultratumba, en la que o bien conservaríamos la conciencia de nosotros mismos o, por lo menos, disfrutaríamos de nuevas oportunidades de vivir, aunque fuese reencarnados bajo otras formas de existencia, generalmente inferiores.

A medida que se ha ido despoblando nuestro universo mental de seres sobrehumanos y todopoderosos, es decir, de espíritus, dioses y otras criaturas básicamente tranquilizadoras y legitimadoras, muchas personas de las conocidas como "librepensadoras" se han ido encontrando en el momento de su muerte frente a la nada, esa cosa "tan uniforme, tan impasible, tan lisa, tan blanca, tan vacía, tan silenciosa", como la define R. Sánchez Ferlosio[2].

Este proceso había comenzado ya con los filósofos griegos, como hemos visto en el capítulo primero, pero de los que

voy a recordar aquí un texto más, porque me parece especialmente significativo para la historia del ateísmo y del racionalismo. Se trata de un fragmento del *Sísifo*, un drama literariamente chapucero del sofista Critias, pero con mucha carga ideológica, que dice así:

Hubo un tiempo en el que la vida de los hombres era
[desordenada
y como de animales, y era esclava de la violencia;
cuando ningún premio había para los buenos
ni tampoco había castigo para los malvados.
Entonces, según creo, los hombres establecieron las leyes
que castigan, para que la justicia se convirtiera en soberana,
e igual para todos, y para que el desenfreno quedara sometido,
y se castigara si se cometía un delito.
Después, como las leyes les impedían
cometer fechorías abiertamente y con violencia,
las realizaban a escondidas; creo que entonces,
por primera vez, un hombre astuto y sabio
inventó para los mortales el temor hacia los dioses,
[a fin de que
algún miedo tuvieran los malvados, aunque a escondidas
obraran o hablaran o pensaran alguna fechoría.
Y así es como introdujo la divinidad:
"Un dios hay que en la lozanía vive, en vida imperecedera,
que en su mente escucha y ve y reflexiona de manera
[sobrehumana,
y que a todo esto presta atención y que tiene naturaleza divina;
y que podrá escuchar todo lo que los hombres han dicho
y podrá ver todo lo que han hecho.
Y si algo malo en silencio piensas,
no pasará desapercibido a los dioses, pues el pensar

se da en ellos en abundancia." Al decir estas palabras,
introdujo la más seductora de las enseñanzas 25
cubriendo la verdad con la mentira,
pues dijo que los dioses vivían allí donde
más podrían aterrorizar a los hombres:
allí de donde sabía que provenían los miedos a los mortales
y también los beneficios para su vida desgraciada: 30
de la bóveda que ahí arriba gira, donde
los rayos, como vio, procedían y las terribles sacudidas
del trueno, y también la bóveda del cielo estrellado,
bello atavío multicolor de Crono, sabio arquitecto,
de donde la brillante masa incandescente del sol avanza 35
y de donde también se encamina a la tierra la lluvia húmeda.
Con tales miedos envolvió a los hombres,
y con ellos y su astuto discurso, dio una morada
a la divinidad y un lugar apropiado
y con las leyes apagó la anarquía. 40
Así es como, creo yo, uno convenció por primera vez
a los mortales de que existe el linaje de los dioses[3].

Ocurrió, sin embargo, que tras la deriva ideológica iniciada por atomistas, sofistas, estoicos, epicúreos y otros movimientos filosóficos griegos que conducían aparentemente hacia la desacralización del mundo, como demuestra este fragmento de Critias que acabo de ofrecer al lector, surgió el cristianismo con todas sus ingeniosas ramificaciones; luego el islam, igualmente creativo y diverso, y otras religiones de éxito menor, que repoblaron de nuevo cielos e infiernos con enorme eficacia demográfica y crearon nuevas escatologías más o menos tranquilizadoras.

El dominio ideológico de estas cosmovisiones religiosas fue absoluto, al menos en Europa, desde la entronización del cristianismo hasta la época que conocemos como el Renacimiento, época en la que se empezaron a poner en cuestión las creencias tradicionales que habían venido siendo aceptadas sin el menor asomo de crítica. En lugar de ellas, fue abriéndose paso con inicial timidez la interpretación moderna de la naturaleza, sobre la que se iría levantando el edificio de la ciencia contemporánea, que es, sin lugar a dudas, la mayor hazaña creadora del intelecto humano.

Este proceso de "modernización" se basó en otro paralelo de "secularización", que consistió en ir cambiando poco a poco el mobiliario conceptual de carácter religioso para sustituirlo por otros artefactos mentales creados por la razón y el conocimiento científico.

Ello no quiere decir que la religión haya desaparecido, debido a la presión de filósofos y científicos: incluso en el continente sin duda más secularizado, que es Europa, subsisten con aparente lozanía prácticas, ritos y creencias, al lado de las explicaciones científicas más universalmente aceptadas. Y no digamos en Estados Unidos, en donde lo que parece correr peligro, son teorías como el evolucionismo darwinista o la tectónica de placas, frente a un creacionismo reverdecido y local u ocasionalmente avasallador.

Sin embargo, soy de los que piensan que existen

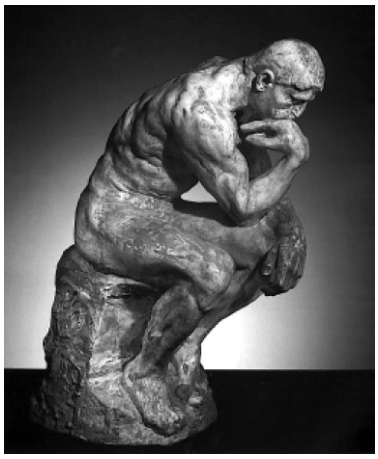
evidencias de que el hecho religioso ha perdido ya la centralidad y, sobre todo, ha perdido el monopolio de la explicación del mundo, de la vida y de la muerte, porque la secularización no es más que una manifestación de un proceso más general, el de la explicación racional de los hechos, frente a la magia, el mito o la fe en una verdad revelada.

Esta deriva se inició, como hemos dicho, en el Renacimiento, época en la que coincidieron muchas innovaciones determinantes: descubrimientos geográficos que ensancharon el mundo; invención de la imprenta y extensión del papel, que hizo retroceder el analfabetismo de las masas; extensión del uso de las lenguas vernáculas, frente al atosigante monopolio del latín eclesiástico; aparición de los primeros descubrimientos científicos modernos y tantos otros.

Además, por primera vez en muchos siglos, esta revolución de las ideas estaba protagonizada por seglares, frente al cultivo en exclusiva del jardín del conocimiento, *huerto que par no tenía*, de que habían disfrutado los clérigos a lo largo de toda la Edad Media.

Estos nuevos "humanistas" pusieron en el centro de sus intereses la naturaleza humana, en lugar del Dios que había sido el centro de toda la vida, la cultura y las artes. El famoso verso 77 del *Heautontimorúmenos* de Terencio, "*homo sum: nihil humani a me alienum puto*" [hombre soy: nada de lo humano considero ajeno a mí] podría adoptarse

como lema de aquellos humanistas, que habían empezado a surgir en las inquietas ciudades de Italia y se habían ido extendiendo por las regiones más bulliciosas e innovadoras de Europa.



EL PENSADOR, BRONCE DE AUGUSTE RODIN DE FINALES DEL SIGLO XIX, DEL QUE EXISTEN NUMEROSAS VERSIONES EN DIFERENTES MUSEOS.

Obviamente, el individualismo y la insobornable autonomía de pensamiento de estos apasionados estudiosos de la cultura antigua habrían de erosionar la fortaleza de la fe cristiana, basada en la entrega acrítica a un dogma inmutable, produciendo una brecha entre ambos modelos de pensamiento que se iría agrandando en los siglos venideros.

El Renacimiento de los siglos XV y XVI, en efecto, vino seguido sin solución de continuidad por la Ilustración de los siglos XVII y XVIII, durante los cuales aquella autonomía de pensamiento iniciada por los humanistas habría de cosechar frutos revolucionarios, incluso en la esfera política, como fue el caso de las revoluciones inglesa (1642-1651), americana (1775-1783) y francesa (1789-1799): si

uno se propone como metas de la vida humana el conocimiento, la libertad y la felicidad, es difícil que acepte tiranías, colonialismos o absolutismos, que podían soportarse solo si este mundo no era más que un valle de lágrimas, es decir, una especie de curso preparatorio de lo realmente bueno que vendría después de la muerte.

Thomas Hobbes (1588-1679) había concebido ya al hombre como movido solo por consideraciones de placer y dolor, con lo que la organización de los reinos no tendría nada que ver con la ciudad de Dios, sino con un simple apaño entre humanos que protegiese sus derechos *naturales* y los intereses de cada uno.

John Locke (1632-1704), por su parte, postuló que la mente humana al nacer era como una *tabula rasa* sobre la que la experiencia y los conocimientos adquiridos irían escribiendo el destino de cada uno, concepción que no dejaba mucho espacio para el pecado original y otras creencias cristianas, hasta entonces aceptadas de manera acrítica por tratarse de "la verdad revelada".

Cuando a principios del siglo XVIII el señor de Fontenelle, Bernard le Bovier, sobrino del poeta Corneille, escribió que el siglo que comenzaba habría de ser cada día más ilustrado, de forma que en comparación con él los anteriores parecerían sumidos en la oscuridad, estaba dando en el clavo como pocas veces antes lo habían hecho adivinos, profetas y otros profesionales de la prospectiva. Por cierto que este mismo autor, célebre por una serie de

frases famosas, dejó dicho también: "No os toméis la vida demasiado en serio; de todas formas, no saldréis vivos de esta".

En cualquier caso, el lector sabe que esta evolución desde el mito hasta el *logos* no fue ni lineal, ni acumulativa: los supuestos excesos cometidos por ilustrados y librepensadores a lo largo del siglo XVIII, o la tozuda ley del péndulo, condujeron de nuevo hacia terrenos vindicadores del irracionalismo y de la pasión, como el romanticismo o los subsiguientes nacionalismos que brotaron con inusitada fuerza en el siglo XIX.

Este rebrotar de los mitos, sin embargo, no interrumpió el flujo de la ciencia moderna, que se había emancipado del discurso político e ideológico y había conseguido un ámbito autónomo de desarrollo.

Por otra parte, el peso secular de la tradición cristiana seguía estando presente en muchas de las nuevas ideas que se iban lanzando a la plaza pública, a pesar de los esfuerzos racionalizadores de la Ilustración: no pocos movimientos declaradamente ateos y pretendidamente modernos, como los socialismos, fascismos o el comunismo, tenían un acusado componente mesiánico que Bertrand Russell (1872-1970), entre otros, no dejó de caricaturizar: según este autor, sobre el que luego volveremos, Marx habría adaptado la judaica visión mesiánica de la historia al socialismo, como san Agustín la había adaptado al cristianismo. Para este filósofo galés, el materialismo

dialéctico que según algunos de los nuevos creyentes rige la historia, sería como Dios; el proletariado sería como el pueblo elegido; el partido comunista, como la Iglesia; la revolución, como el santo advenimiento, y el comunismo, como el nuevo milenio.

En el plano individual, sin embargo, la deriva racionalista iniciada con el humanismo renacentista y continuada con la Ilustración se había ido asentando de manera aparentemente sólida, lo que nos ha dejado ejemplos de muertes apacibles bastante distintas de las que hemos visto en los buenos cristianos. Los nuevos "librepensadores", en efecto, habían renunciado al mito a la hora de afrontar su muerte cuando, como decía la maligna frase de Clemenceau citada anteriormente, uno debe regresar a la nada.

Pues bien, si tuviéramos que elegir a una persona como representante más genuino de los valores de la época, pienso que la elección debería recaer en Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), que no solo fue uno de los mayores y más completos escritores de la literatura mundial, sino también un eminente científico, filósofo y humanista universal.

Nacido en una familia burguesa acomodada, y orgulloso de proceder de esa clase social (la *Bürgentum*) entonces triunfante y satisfecha de sí misma, tuvo una infancia feliz, tal como nos cuenta él mismo en su autobiografía, y una educación variada y esmerada, en la que no podía faltar el consabido viaje a Italia, que ya había hecho su propio padre

en su día.

La vida lo había ido dotando de un bagaje religioso lleno de incertidumbres y de matices, muy alejado de los juicios simplistas que sobre él hacían los biempensantes del siglo XIX, que lo describen como un simple neopagano sin mayores precisiones. Obviamente, el panteísmo de Spinoza[4] había dejado huella en él, pero conservó no pocos elementos cristianos, porque su formación estaba *bibelfest* ("anclada en la Biblia"), como no podía ser de otra forma en la Europa de entonces. A partir de esos orígenes cristianos, se interesó por otras religiones, como el islam, tratando de encontrar lo que de común hay en todas ellas, es decir, lo que conservan de una *Urglaube* o protocreencia común, un concepto muy característico de su tiempo. Sus planteamientos religiosos han sido calificados de "panenteísmo", tratando de describir con esta palabra la creencia en una divinidad a la vez inmanente y trascendente. A quienes pretendían que se definiera al respecto, para poder encerrarlo en una sola casilla, les decía que como poeta era politeísta, como científico era panteísta y que cuando necesitaba de un dios más concreto, también podía encontrarlo. Tal era su interpretación del pasaje evangélico "en la casa de mi padre hay muchas mansiones"[5].

La semblanza que nos dejó su fiel seguidor y discípulo Johann Eckermann[6] no es lógicamente muy explícita en detalles sobre su muerte, porque se trata de un libro de

conversaciones con el poeta cuando estaba en pleno uso de sus facultades, pero a partir de otros testimonios se pueden reconstruir sus últimos instantes, de los que su última frase antes de expirar, "luz, más luz" (*Licht mehr Licht*), forma parte del inventario de esas frases célebres y populares que figuran en los "trivial" y otros juegos de mesa del gusto de algunas personas memoriosas. Veamos un relato de su muerte[7]:

El viernes, 16 de marzo de 1832, se despertó Goethe con frío, del que se fue recuperando gradualmente, y el lunes hasta tal punto se encontraba mejor que decidió que retomaría su trabajo habitual al día siguiente. Pero en medio de la noche se despertó con un enfriamiento mortal que se extendía desde las manos por todo el cuerpo. Parecía que estaban afectados los pulmones y que no había esperanza posible de recuperación. Goethe no presintió la muerte. Se sentó vestido en su sillón, hizo intentos de llegar a su estudio, habló confiadamente de su recuperación y de los paseos que daría en los hermosos días de abril. Su nuera, Ottilie, lo atendía fielmente. La mañana del 22 las fuerzas lo abandonaron y se sentó a dormitar en su sillón, sosteniendo la mano de Ottilie. Repetía su nombre constantemente, aunque su mente divagaba, unas veces hacia su querido Schiller, otras hacia la hermosa cabeza de una mujer de rizos morenos, una antigua pasión de juventud. Sus últimas palabras fueron una orden a la sirvienta de que abriese la otra contraventana para que entrase más luz. Después escribió con el índice letras en el aire. A las once y media de la mañana se acurrucó sin signos aparentes de dolor en el lado izquierdo de su sillón y cayó en un sueño tan plácido que los presentes tardaron en darse cuenta de que se había ido.

Aparentemente con lo de "luz, más luz" se refería a la contraventana entornada que impedía la entrada de la

escueta claridad de las mañanas del mes de marzo en Weimar, pero podemos seguir pensando que se refería a un deseo de mayor claridad conceptual.

Iniciamos ahora, con Virginia Woolf, un modelo de muerte muy característico de los siglos XX y XXI, el de los suicidios o muertes voluntariamente buscadas.

Era Virginia Woolf (1882-1941) hija de una hermosísima mujer, de la que había heredado una notable belleza, y pertenecía a una familia de clase media alta. Cuando se murió su padre, compraron entre los hermanos una vivienda en un céntrico barrio universitario londinense y en torno a esta casa fue tomando cuerpo un grupo formado por personas de enorme talento, que sería conocido como "el círculo de Bloomsbury", por el nombre del barrio[8].

A lo largo de la década de los años veinte publicó esta autora una serie de novelas y cuentos, pero fue probablemente su ensayo *Una habitación propia*, publicado en 1929, lo que la haría más famosa y la convertiría en un referente del movimiento feminista. Se nos hace hoy difícil de entender que la frase de esta obra, "una mujer debe tener dinero y una habitación propia, si va a escribir ficción", tuviera en su momento una carga reivindicativa tan explosiva, pero hay que recordar la situación de las mujeres de entonces, incluso en Europa, para contextualizar la novedad de sus exigencias.

Padecía lo que hoy se denomina trastorno bipolar y antes se llamaba psicosis maníaco-depresiva, que se caracteriza

por la alternancia de fases de euforia y depresión.

Tuvo un matrimonio feliz y lleno de amor.

En un momento de una fase depresiva, quizá inducida o agravada por el bombardeo de su propia casa por la aviación alemana y por algún fracaso editorial, se llenó los bolsillos de piedras y fue al encuentro de su muerte arrojándose a un río cercano. Había dejado una nota dirigida a su marido que decía:

Siento que voy a enloquecer de nuevo. Creo que no podemos pasar otra vez por una de esas épocas terribles. Y no puedo recuperarme esta vez. Comienzo a oír voces, y no puedo concentrarme. Así que hago lo que me parece lo mejor que puedo hacer. Tú me has dado la máxima felicidad posible. Has sido en todos los sentidos todo lo que cualquiera podría ser. Creo que dos personas no pueden ser más felices hasta que vino esta terrible enfermedad. No puedo luchar más. Sé que estoy arruinando tu vida, que sin mí tú podrás trabajar. Lo harás, lo sé. Ya ves que no puedo ni siquiera escribir esto adecuadamente. No puedo leer. Lo que quiero decir es que debo toda la felicidad de mi vida a ti. Has sido totalmente paciente conmigo e increíblemente bueno. Quiero decirlo —todo el mundo lo sabe—. Si alguien podía haberme salvado, habrías sido tú. Todo lo he perdido excepto la certeza de tu bondad. No puedo seguir arruinando tu vida durante más tiempo. No creo que dos personas pudieran ser más felices que lo que hemos sido tú y yo.

Nos acabamos de encontrar con lord Bertrand Russell (1872-1970) entre los miembros del círculo de Bloomsbury. Este apasionado y apasionante filósofo galés, activista de las grandes corrientes de pensamiento liberador del siglo XX, fue también un incansable militante del ateísmo moderno. Se puede decir de él que probablemente tuvo la suerte de

vivir en un país y en un tiempo en los que, por primera vez en la historia de la humanidad, se podía opinar y publicar en contra de la religión, sin ningún riesgo de persecución o castigo. Es sabido que en la antigüedad griega y romana se dieron circunstancias similares en algunos casos concretos: hemos visto, por ejemplo, un fragmento explícitamente ateo de una tragedia de Critias, y vamos a tener que recordar enseguida el caso ejemplar de Lucrecio, pero se trataba de personas aisladas y de momentos históricos discontinuos; Bertrand Russell, por el contrario, representa una especie de punto de inflexión que marca el comienzo de una nueva visión laica de la realidad. Veamos algún testimonio:

> Mi punto de vista personal sobre la religión es el de Lucrecio. La considero como una enfermedad nacida del miedo y como una fuente de indecible miseria para el género humano. No puedo negar, sin embargo, que ha hecho algunas contribuciones a la civilización. Contribuyó en tiempos antiguos a fijar el calendario, y fue la causa de que los sacerdotes egipcios registrasen los eclipses con tanto cuidado que con el tiempo fueron capaces de predecirlos. Estoy dispuesto a reconocer estos dos servicios, pero no sé de ningún otro[9].

Su obra *¿Por qué no soy cristiano?* se convirtió en un clásico de la literatura atea que empezó a surgir en Gran Bretaña y otros países europeos a lo largo del siglo XX; pero, además de sus publicaciones, participó en numerosos debates públicos, algunos en radio y televisión, en los que defendía racional e insistentemente sus puntos de vista radicalmente laicos.

A pesar de ello, en los últimos años de su vida, una serie de grupos cristianos pusieron una y otra vez en circulación la "noticia" de que se había convertido al cristianismo ante la inminencia de su muerte, a lo que tuvo que contestar:

> Evidentemente hay una fábrica de mentiras trabajando [*a lie factory at work*] a favor de la otra vida. ¿Cuántas veces tengo que seguir negando que me he hecho religioso? No existe ninguna base de ningún tipo para esos rumores. Mis puntos de vista sobre la religión continúan siendo los mismos que adquirí a los dieciséis años. Considero no solo falsas, sino dañinas, todas las formas de religión. Mis obras impresas reflejan mis opiniones.

Para que se vea la pasta de la que estaba hecho este filósofo en el más amplio sentido de la palabra, vamos a recordar lo que hizo las últimas semanas de su vida: en noviembre de 1969 escribió a *The Times* diciendo que los juicios que se estaban preparando en Checoslovaquia para juzgar a los responsables de "la primavera de Praga" eran muy alarmantes. El mismo mes apeló al secretario general de las Naciones Unidas, señor U Thant, para apoyar la creación de una comisión internacional que investigase las supuestas torturas y crímenes de genocidio cometidos por Estados Unidos en Vietnam; en diciembre protestó a Alexei Kosyguin por la expulsión de Solyenitsin de la Unión de Escritores de la URSS; el 31 de enero emitió un comunicado condenando la agresión israelí y pidiendo la retirada de sus tropas del territorio palestino ocupado; el día 2 de febrero, murió de gripe en su casa de Gales, cuidado hasta el último momento por Edith Finch, su última y, al fin,

amada esposa. Fue consciente de que se le iba la vida y dijo: *"I do so hate to leave the world"* [Aborrezco tanto dejar el mundo].

De acuerdo con sus últimas voluntades, no hubo ceremonia religiosa tras su muerte y sus cenizas fueron esparcidas por las montañas de Gales.

Traigo ahora a la atención del lector la muerte de Stefan Zweig y de su segunda mujer Lotte, quienes, de alguna manera, cumplen aquel deseo de morir simultáneamente que habían expresado Baucis y Filemón a los dioses a los que habían hospedado generosamente en su casa. Aquellos míticos ancianos consideraban que no merecía la pena sobrevivir al cónyuge amado y, en consecuencia, pidieron abandonar la vida al mismo tiempo. Stefan y Lotte Zweig, y otras parejas más que iremos encontrando, pusieron simplemente en práctica ese deseo de no sobrevivir a la persona amada, y se quitaron la vida de común acuerdo y al mismo tiempo.

Stefan Zweig (Viena, 1881-Petrópolis, 1942) fue un escritor de éxito, hijo de un empresario judío acaudalado, lo que le permitió viajar por el mundo sin preocupaciones económicas. Cuando se produjo la anexión de Austria por Alemania, Zweig se exilió voluntariamente en Londres, donde, a pesar de haber conseguido la nacionalidad británica, no se sentía a gusto en aquel espeso ambiente nacionalista producido por la guerra. Tras visitar varios países americanos, se instaló finalmente en Brasil, país al

que dedicaría en 1941 un libro titulado *La tierra del futuro*.

Seguía con preocupación y dolor los avances de la guerra, que parecía conducir inevitablemente al triunfo de las potencias del Eje, viendo cómo se derrumbaba la cultura europea que él había amado y a la que había contribuido.

El 22 de febrero de 1942, cuando parecía que nada podía detener el empuje militar de Alemania en Europa y de Japón en Asia, viendo que su mundo se había derrumbado, se administró una sobredosis de veronal y Lotte una de morfina, y así se quitaron la vida. Sus sirvientes los encontraron al día siguiente en la cama, él con las manos cruzadas sobre el pecho, y ella acurrucada a su lado y abrazada a él.

Dejó una *Abschiedsbrief* ("Carta de despedida") que dice:

Antes de despedirme de esta vida, voluntariamente y en plenitud de mis facultades mentales, me urge cumplir con un último deber: dar las gracias muy sinceramente a Brasil, este maravilloso país, que me ofreció sosegada acogida a mí y a mi trabajo, de manera tan excelente y hospitalaria. Cada día que pasaba iba aprendiendo a amar más y más a este país; y ningún otro sitio hubiera preferido para restablecer mi vida desde el principio, después de ver cómo se ha hundido ya el mundo de mi lengua y de que Europa, mi patria espiritual, se está aniquilando a sí misma. Pero después de cumplidos los 60 años harían falta fuerzas especiales para empezar íntegramente, desde el principio. Y las mías están ya agotadas después de vagabundear sin patria durante tantos años. De modo que me parece lo mejor acabar, a tiempo y con rectitud, con la vida, cuya alegría más pura había sido siempre el trabajo intelectual, y cuyo bien más alto en esta tierra había sido la libertad personal. Saludo a todos mis amigos. ¡Ojalá que lleguen a ver aún el amanecer después

de esta larga noche! Yo, demasiado impaciente, salgo por delante de ellos.

Comparto la incomodidad que seguramente sentirán no pocos lectores y, probablemente sobre todo, no pocas lectoras, por el ninguneo que en estas ocasiones demuestran los ilustres suicidas respecto a sus ¿amadas? mujeres, a las que ni aun ante tan definitiva muestra de amor como la de quitarse la vida junto a ellos, se acuerdan de mencionar en sus despedidas. La imagen de Stefan Zweig apaciblemente muerto por sobredosis de veronal, pero con las manos en el pecho, como ausente, frente al último gesto de ternura de Lotte, es tan significativa como desgraciadamente frecuente. La costumbre tiene una larga tradición, porque ya en el episodio de la muerte de Sócrates, se nos ofrece en el *Fedón*[10] un texto antológico al respecto:

Entramos, pues, y nos encontramos a Sócrates que acababa de ser desencadenado, a Jantipa —ya la conoces— con su hijo en brazos. Al vernos entrar, Jantipa rompió a gritar y a decir cosas tales como las que acostumbran las mujeres. "¡Ay, Sócrates!, esta es la última vez que te dirigirán la palabra los amigos y tú se la dirigirás a ellos". Sócrates, entonces, lanzó una mirada a Critón y le dijo: "Critón, que se la lleve alguien a casa". Y a aquella se la llevaron, chillando y golpeándose el pecho, unos criados de Critón.

Hay algunas similitudes entre la muerte del matrimonio Zweig y la de los Koestler. Arthur Koestler (1905-1983) fue un brillante periodista y escritor húngaro, posteriormente nacionalizado británico, que vivió intensamente las grandes tragedias europeas del siglo XX. Activo simpatizante del

movimiento comunista húngaro, tuvo que huir con su madre a Viena, de donde su recién adquirido sionismo lo conduciría a un kibutz en la Palestina anterior a la creación del Estado de Israel. Viajó luego a Berlín y se afilió al Partido Comunista alemán; visitó a continuación la Unión Soviética estalinista, que le produciría una experiencia imborrable. Nombrado corresponsal de un periódico británico en la guerra civil española y detenido en Málaga por los franquistas, fue condenado a muerte por Queipo de Llano, pero pudo salvarse gracias a que fue canjeado por la mujer del capitán Haya, un aviador franquista bien considerado en su bando. En 1941 publicó uno de los libros políticos más influyentes y fascinantes del siglo, *Darkness at Noon* [El cero y el infinito], que describe de manera implacablemente eficaz los juicios de Moscú que condujeron a la muerte a los camaradas críticos con Stalin.

Su amigo, el también periodista y escritor húngaro-británico George Mikes[11], cuenta que el 3 de marzo de 1983 la asistenta (por cierto, española) que acudía a su casa a hacer la limpieza se encontró al entrar una nota escrita por la señora de la casa que decía: "Por favor, no vayas al piso de arriba. Telefonea a la policía y diles que vengan a casa".

Al llegar la policía se encontró en el piso de arriba a Arthur y Cynthia Koestler muertos en actitud aparentemente plácida: Arthur sentado en su sillón habitual, con un vaso en la mano y Cynthia en el sofá.

Llevaban muertos día y medio, debido a una sobredosis de barbitúricos.

En los últimos años de su vida Koestler había defendido la eutanasia como un derecho del individuo.

Junto a él había una nota, redactada varios meses antes que decía:

A quien pueda interesar.

El propósito de esta nota es dejar totalmente claro que intento suicidarme tomando una sobredosis de fármacos sin el conocimiento ni la ayuda de ninguna otra persona. Los fármacos han sido conseguidos legalmente y acumulados durante un largo periodo de tiempo.

Intentar suicidarse es un juego arriesgado cuyo resultado es únicamente conocido por el jugador si el intento falla, pero no si tiene éxito. Si este intento fallase y yo sobreviviera en un estado físico o mental deficiente en el que no pudiera controlarme a mí mismo o comunicar mis deseos, solicito que se me permita morir en mi propia casa y no ser resucitado o mantenido artificialmente con vida. Solicito también que mi mujer, o el médico o cualquier otro amigo presente, haga valer el "habeas corpus" contra cualquier intento de trasladarme de mi casa a un hospital.

Mis razones para decidir poner un fin a mi vida son sencillas y convincentes: la enfermedad de Parkinson y una variedad de leucemia que mata lentamente. He mantenido esta última enfermedad en secreto incluso a mis amigos íntimos para evitarles aflicciones. Después de un declive bastante rápido durante el último año, el proceso ha alcanzado actualmente un estado agudo con complicaciones añadidas que me aconsejan buscar mi autoliberación ahora, antes de que sea incapaz de preparar las cosas adecuadamente.

Quiero que mis amigos sepan que abandono su compañía con plenas facultades mentales, con alguna tímida esperanza en una vida posterior despersonalizada más allá de los límites del espacio y del tiempo y de los

límites de nuestra comprensión. Este sentimiento oceánico me ha sostenido frecuentemente en momentos difíciles, y ahora también, mientras estoy escribiendo esto.

Lo que hace, a pesar de todo, difícil dar este último paso es el dolor que pueda infligir a mis pocos amigos supervivientes, especialmente a mi esposa Cynthia. A ella le debo la relativa paz y felicidad de la que he disfrutado en este último periodo de mi vida —y nunca antes—.

Debajo había una adenda que decía:

Como lo anterior fue escrito en junio de 1982, mi mujer decidió que después de treinta y cuatro años de trabajar juntos, no podía afrontar la vida tras mi muerte.

Más abajo aparecía la despedida de la propia Cynthia:

Temo tanto a la muerte como al acto de morir que afrontamos. Me habría gustado terminar mis compromisos de trabajo con Arthur, una historia que empezó cuando nuestros caminos se cruzaron en 1949. Sin embargo, no puedo vivir sin Arthur, a pesar de algunos recursos internos. El doble suicidio nunca me ha atraído, pero ahora las enfermedades incurables de Arthur han alcanzado un estadio en el que no hay nada más que hacer.

Cynthia tenía solo cincuenta y cinco años, frente a los setenta y ocho de él, y gozaba de buena salud. Según sus amigos, ella nunca había tenido "*a life of her own*" [una vida propia].

Quien no pudo suicidarse en compañía de una mujer fue el intelectual piamontés Cesare Pavese (1908-1950), por la sencilla razón de que su vida sentimental no fue precisamente exitosa. Este escritor y traductor al italiano de

literatura norteamericana e inglesa, que habría de ser uno de los pilares de la editorial Einaudi, fundada por un amigo suyo de este nombre en 1933, sufrió encarcelamiento en 1935 por comunista, cosa que por aquel entonces todavía no era: ocurrió que se prestó a guardar en su casa unos documentos comprometedores, de contenido comunista, que le había entregado una joven activista de la que se había enamorado y, al ser descubiertos estos por la policía fascista, fue encarcelado.

Cuando salió de la cárcel encontró casada a otra muchacha de la que también estaba enamorado y se enteró de que habían muerto algunos amigos suyos por su actividad en la resistencia antifascista.

Quizá como compensación a su escasa actividad resistente, se afilió entonces al Partido Comunista italiano y se dedicó a traducir clásicos de la literatura anglonorteamericana, y a escribir poesía, ensayo, narrativa y un largo diario que se publicaría póstumamente[12].

Un nuevo desengaño amoroso, esta vez con la actriz norteamericana Constance Dowling, con la que había vivido en pareja por un tiempo, y a la que dedicó los versos "*Verrà la morte e avrà i tuoi occhi*" [Vendrá la muerte y tendrá tus ojos], unido a su habitual *disagio esistenziale*, es decir, a una desgana de vivir[13], lo llevaron al suicidio el 27 de agosto de 1950, en una habitación del hotel Roma de Turín, que había ocupado la víspera. Se le encontró muerto, echado sobre la cama, tras haber tomado el contenido de diez

sobrecitos de somníferos.

El 17 de agosto había escrito en su diario: "Este es el balance de un año no terminado, que no terminaré", y el 18 cierra el diario en estos términos: "Todo esto da asco. No palabras. Un gesto. No escribiré más".

En la primera página de un ejemplar de su libro *Dialoghi con Leucò* que había en la mesa de noche, había escrito: "Perdono a todos y a todos pido perdón. ¿Vale? No hagáis demasiados cotilleos".

Su último amor había sido conmovedor. Se trataba de una jovencita de dieciocho años, Pierina, a la que escribe apenas unos días antes de quitarse la vida:

¿Puedo decirte, amor, que nunca me he despertado con una mujer mía al lado, que a quien he amado nunca me tomó en serio, y que desconozco la mirada de gratitud que una mujer dedica a un hombre? ¿Y recordarte que, debido al trabajo que he hecho, he tenido los nervios siempre tensos, y la fantasía preparada y exacta, y el gusto por las confidencias de los demás? ¿Y que llevo cuarenta y dos años en el mundo? No se puede encender la vela por las dos partes —en mi caso la he encendido por una sola parte y la ceniza son los libros que he escrito—.

Todo esto te lo digo no para conmoverte —sé lo que vale la compasión en estos casos—, sino por claridad, para que no creas que cuando yo estaba de morros lo hacía por deporte o por hacerme el interesante. Estoy ya más allá de la política. El amor es como la gracia de dios —la astucia no sirve—. En cuanto a mí, te quiero mucho, Pierina, te quiero un montón. Llamémoslo el último resplandor de la vela.

No sé si nos veremos todavía. Yo lo deseo —en el fondo no deseo más que esto—, pero me pregunto a menudo qué te aconsejaría si fuese tu hermano. Pero no lo soy.

Su amigo Davide Lajolo describió en un libro, titulado no por casualidad *Il vizio assurdo*, el malestar existencial que siempre acompañó a Cesare Pavese a lo largo de su vida.

El piloto alemán de carreras y probador de BMW Hans Stuck dijo en cierta ocasión, refiriéndose a un pasado no tan lejano: "Era un tiempo en el que el sexo era seguro y las carreras, peligrosas. Ahora es al contrario". La frase puede aplicarse con toda exactitud a aquella época en la que el sida era una enfermedad intratable y fulminante, que se llevaba por delante a tantas personas, entre las que cualquiera puede recordar muy especialmente a conocidos escritores y artistas homosexuales.

Uno de ellos fue Reinaldo Arenas, escritor anticastrista cubano (1943-1990), militante en su adolescencia contra la dictadura de Batista, e inicialmente seguidor de la revolución cubana, hasta que se pasó a la disidencia interna por la persecución de que fue objeto debido a su homosexualidad. En toda su vida, Arenas solo pudo publicar un libro en Cuba: *Celestino antes del alba*. Fue encarcelado y torturado, llegando a admitir lo inconfesable y a renegar de sí mismo, en la línea de los juicios de Moscú que había retratado Arthur Koestler tan vívidamente en su obra *El cero y el infinito*. En esta época escribió su autobiografía, titulada *Antes que anochezca*, a partir de la que Julián Schnabel hizo una película con Javier Bardem en el papel de Arenas.

Intentó en varias ocasiones escapar de la opresión

política, pero fracasó. Finalmente en 1980 salió del país cuando las autoridades autorizaron un éxodo masivo de disidentes y otras personas consideradas indeseables por el régimen, a través del puerto de Mariel, por lo que son conocidos como "los marielitos".

Se instaló en un añorante exilio en Nueva York, donde continuó su obra poética, en medio de una creciente amargura y desánimo, especialmente desde que se le diagnosticó que había contraído el virus del sida.

En diciembre de 1990 se suicidó, tras haber enviado a la prensa y a sus amigos una carta de despedida que decía lo siguiente:

Queridos amigos: debido al estado precario de mi salud y a la terrible depresión sentimental que siento al no poder seguir escribiendo y luchando por la libertad de Cuba, pongo fin a mi vida. En los últimos años, aunque me sentía muy enfermo, he podido terminar mi obra literaria, en la cual he trabajado por casi treinta años. Les dejo pues como legado todos mis terrores, pero también la esperanza de que pronto Cuba será libre. Me siento satisfecho con haber podido contribuir aunque modestamente al triunfo de esa libertad. Pongo fin a mi vida voluntariamente porque no puedo seguir trabajando. Ninguna de las personas que me rodean están comprometidas en esta decisión.

Solo hay un responsable: Fidel Castro. Los sufrimientos del exilio, las penas del destierro, la soledad y las enfermedades que haya podido contraer en el destierro seguramente no las hubiera sufrido de haber vivido libre en mi país.

Al pueblo cubano tanto en el exilio como en la Isla los exhorto a que sigan luchando por la libertad. Mi mensaje no es un mensaje de derrota, sino de lucha y esperanza.

Cuba será libre. Yo ya lo soy.

Llegados a este punto, no podemos eludir ya más el tratar, por muy brevemente que sea, el poliédrico tema de la eutanasia[14]. La mayoría de las religiones, concretamente las tres grandes religiones del Libro (judaísmo, cristianismo e islam), condenan el suicidio sin excepciones y no ofrecen el más mínimo resquicio que permita regular la eutanasia.

Últimamente, sin embargo, en los países en los que se ha avanzado más en el respeto a los derechos individuales, se ha ido extendiendo una creciente aceptación ciudadana de la eutanasia, a lo que han contribuido sin duda casos muy mediáticos de enfermos incurables que deseaban su propia muerte, bien ellos mismos, como el tetrapléjico gallego Ramón Sampedro (1943-1998), o bien sus familiares, que creían interpretar sus deseos, como el padre de la italiana Eluana Englaro (1970-2009).

Pues bien, ni siquiera en los países de mayor tradición liberal y mayor respecto a los derechos del individuo se ha regulado la eutanasia como una posible opción permitida a sus ciudadanos, siempre que se cumplan ciertas condiciones prefijadas y no se transgredan determinados límites; solo Suiza ofrece esta posibilidad a día de hoy, lo que ha generado una limitada, pero notoria, corriente de personas que acuden a aquel país a poner fin a sus vidas de forma indolora y profesionalmente aséptica.

Existen varios grupos suizos especializados en este tipo de servicios, a los que debe resultar de buen tono tener un nombre en latín[15], pero *Exit* no permite el acceso a quienes

no hayan nacido en Suiza y, por lo tanto, es la clínica *Dignitas* de Zúrich el destino preferido de los centenares de personas que hasta ahora han deseado poner así fin a sus vidas. El coste del servicio es de unos cuatro mil euros, que sube a siete mil si incluyen funerales, costes médicos y permisos legales.

El protocolo de actuación es el siguiente: se administra un antiemético para evitar un posible episodio de vómito; tras treinta minutos, se administra una sobredosis de pentobarbital disuelto en agua o zumo que, opcionalmente, se puede ingerir a través de una pajita. El pentobarbital afecta el sistema nervioso central, lo que en unos diez minutos provoca una somnolencia que sume al paciente en un sueño profundo. A medida que la anestesia hace efecto, la respiración va disminuyendo hasta que se alcanza el estado de coma y la subsiguiente muerte por fallo respiratorio.

Todo el proceso está controlado por personal facultativo y de enfermería altamente especializado y los informes psiquiátricos previos son aparentemente impecables, como exigen los tribunales suizos.

De los centenares de personas que han acudido a la clínica *Dignitas* vamos a elegir la de una pareja, a lo Baucis y Filemón, pero, esta vez, con todo el amor y el respeto mutuo que hemos echado en falta en el caso de los Zweig o los Koestler. Nos referimos al director de orquesta británico sir Edward Thomas Downes y a su mujer, la coreógrafa lady

Joan Downes[16]:

El conocido director de orquesta británico sir Edward Thomas Downes, CBE[17], ha muerto a la edad de 85 años, tras haber viajado hasta el grupo de ayuda al suicidio *Dignitas* con su mujer.

Tanto él como su mujer de 74 años, Joan, que padecía una enfermedad terminal, eligieron acabar sus vidas con la ayuda de la organización suiza, según un comunicado de su familia.

De acuerdo con este comunicado, la pareja "murió apaciblemente y en las circunstancias que habían elegido".

Sir Edward llevaba 40 años de relación con la Orquesta Filarmónica de la BBC.

"Nuestro padre, que tenía 85 años, estaba casi ciego y crecientemente sordo, tuvo una larga, intensa y distinguida carrera de director de orquesta", dijo su familia.

"Nuestra madre, que tenía 74 años, empezó su carrera como bailarina de ballet y posteriormente trabajó como coreógrafa y productora de televisión, antes de dedicar los últimos años de su vida a trabajar como asistente personal de nuestro padre."

"Ambos vivieron la vida con plenitud y se consideraron extraordinariamente afortunados por haber vivido unas vidas tan gratificantes en lo profesional y en lo personal."

"Después de 54 felices años juntos, decidieron poner fin a sus vidas en lugar de luchar con serios problemas de salud."

Un portavoz de la policía metropolitana dijo que sus muertes estaban siendo investigadas por el DIC (Departamento de Investigación Criminal) de Greenwich ya que el suicidio asistido es ilegal en Gran Bretaña de acuerdo con la ley de suicidio.

Por lo menos 115 personas del RU han ido a Suiza a morir, pero de momento nadie ha sido procesado.

Nacido en Birmingham el 17 de junio de 1924, el director mundialmente famoso empezó tocando el violín a la edad de cinco años.

Su empeño por dirigir se vio ayudado por una beca de dos años en

Aberdeen, que lo llevó a estudiar con el eminente director alemán Hermann Scherchen.

En 1952 entró en la Royal Opera de la que fue miembro durante 17 años.

Llegó a director músico asociado en 1991 y dirigió un enorme repertorio durante más de 50 sesiones consecutivas.

Empezó su relación con la Filarmónica de la BBC como director invitado principal desde 1980 hasta 1991 y posteriormente director emérito.

En 1970 llegó a director músico de la Ópera de Australia y dirigió su primera interpretación en el teatro de la Ópera de Sidney.

Fue director principal de la orquesta de la Radio de los Países Bajos hasta 1983 y viajó mucho como director invitado por óperas y orquestas de todo el mundo.

Sir Edward recibió honores de cuatro colegios de música y cinco universidades además de recibir los premios Laurence Olivier, Evening Standard, Círculo de la Crítica y el de la Real Sociedad Filarmónica.

Llegó a CBE en 1986 y fue nombrado caballero [sir] en 1991.

En este caso fue la enfermedad de lady Joan la que indujo a la pareja al suicidio, porque sir Edward, a pesar de sus achaques, estaba bien de salud y podía haber seguido viviendo unos años más. Sin ella, simplemente, no le mereció la pena.

El reportaje de *The Guardian* reproduce una foto de ellos, en la que se los ve jóvenes y hermosos, sosteniendo a su hijo Caractacus recién nacido. Son la viva estampa de la felicidad.

Cambiamos de tercio. Aunque más adelante nos ocuparemos de los obituarios, no quiero dejar para entonces el que más me ha impresionado en mi vida, el que escribió Javier Ortiz sobre su propia muerte, cuya lectura inesperada en el diario *Público* me produjo en su día una intensísima

emoción.

Era Javier Ortiz (1948-2009) un periodista de la cáscara amarga que, para que se hagan ustedes una idea, abandonó su bien considerado trabajo en el diario *El Mundo* "por incompatibilidades ideológicas".

En sus últimos años publicaba una columna en *Público*, cuya lectura sentaba, en ocasiones, como una especie de electrochoque político o ideológico.

El 24 de enero de 2007, en lugar de su columna habitual apareció en el diario el siguiente:

OBITUARIO

Javier Ortiz, columnista

Falleció ayer de parada cardio-respiratoria el escritor y periodista Javier Ortiz. Es algo que él mismo, autor de estas líneas, sabía muy bien que sucedería, y que por eso pudo pronosticar, porque no hay nada más inevitable que morir de parada cardio-respiratoria. Si sigues respirando y el corazón te late, no te dan por muerto.

Así que en esas estamos (bueno, él ya no).

Javier Ortiz fue el sexto hijo de una maestra de Irún, María Estévez Sáez, y de un gestor administrativo madrileño, José María Ortiz Crouselles. Sus abuelos fueron, respectivamente, un señor de Granada con aspecto de policía —lo que tal vez se justifique considerando el hecho de que era policía—, una señora muy agradable y culta con allure y apellido del Rosellón, un honrado y discreto carabinero orensano con habilidades de pendolista y una viuda de Haro casada en segundas nupcias con el recién mencionado, Javier Estévez Cartelle, del que se derivó el nombre de pila de nuestro recién difunto. Si algún interés tienen todos estos antecedentes, cosa que dista de estar clara, es el de demostrar que, en contra de lo que suele pretenderse, el cruce de razas no mejora el producto. (Obsérvese qué gran variedad de procedencias

se puso en juego para acabar fabricando a un vasco calvo y bajito.)

La infancia de Javier Ortiz transcurrió en San Sebastián, ciudad que le venía muy a mano, porque nació allí. Se dedicó básicamente a mirar lo que había por sus cercanías, en particular el pecho de las señoras —ahora que ya está muerto podemos descubrir ese inocente secreto suyo—, y a estudiar cosas tan peregrinas como las ciudades costeras del Perú, de las que no logró olvidarse hasta su postrer respiro. Los jesuitas trataron de encauzarlo por el buen camino, pero él descubrió muy pronto que era comunista. Eso malogró del todo su carrera religiosa, ya de por sí poco prometedora, sobre todo desde que notó con desagrado el interés que algunos sacerdotes ponían en sus partes pudendas.

Su primer trabajo como escribidor, aparecido en una página del periódico del colegio, fue, curiosamente, una necrológica, con lo que cabría decir que su carrera como periodista ha resultado capicúa, singular circunstancia de la que muy pocos podrían presumir, aun en el improbable caso de que lo pretendieran.

A los 15 años, hastiado de las injusticias humanas —algunas de las cuales seguían teniendo como referencia obsesiva los pechos femeninos—, decidió hacerse marxista-leninista. Los años siguientes tuvo que emplearlos en averiguar qué era eso que acababa de hacerse, a lo que contribuyeron decisivamente algunos esforzados miembros de la policía política franquista.

A partir de lo cual, se dedicó con gran entusiasmo a cultivar el noble género del panfleto. Sin parar. A diario. Año tras año. Fue cambiando de punto de residencia, no siempre por voluntad propia —ahí merecen especial mención sus estancias carcelarias y su exilio, primero en Burdeos, luego en París—, pero jamás varió su inquebrantable afán de agitador político, que él pretendía haber adquirido, por absurdo que parezca —y sea, de hecho—, en la lectura de *Los documentos póstumos del Club Pickwick,* de don Carlos Dickens, y de las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Padarox*, de don Pío Baroja.

Burdeos, París, Barcelona, Madrid, Bilbao, Aigües, Santander... Recorrió incontables sitios y holló innúmeros parajes sin parar de escribir, erre que erre. *Zutik!, Servir al Pueblo, Saida, Liberación* —y *Mar*, y *Mediterranean Magazine*— y *El Mundo*, y una docena de libros, y varias radios, y algunas

televisiones... Por escribir, incluso escribió para otros y otras, ejerciendo de negro en momentos de particular penuria. También lo hizo a veces por amistad.

Movido por la lectura del *Selecciones de Reader's Digest* y otras publicaciones estadounidenses tan aficionadas a ese género de operaciones, un día decidió calcular cuántos kilómetros cubrirían sus escritos, en el caso de colocarlos todos en una sola larguísima línea de cuerpo 12. El resultado de la estimación fue concluyente: ocuparían la tira.

En materia de amores (de la que sería injusto decir que careciera de alguna experiencia), también fue capicúa. Decía que las mejores mujeres, las más cariñosas y las más nobles con las que compartió sus días (sin desdeñar dogmáticamente a ninguna otra), le resultaron la primera y la última. Aunque la favorita le apareciera por medio: su hija Ane.

Y todo para acabar con algo tan vulgar como la muerte. Por parada cardio-respiratoria, como queda dicho. En fin, otro puesto de trabajo disponible. Algo es algo.

A otras personas, como José Luis Zúñiga (Torrelavega, 1949-Madrid, 3 de abril de 2011), el inesperado pronóstico de una muerte inminente le permitió organizar adecuada y secuencialmente las despedidas de sus dispares grupos de amigos, y publicar un último libro de poemas, que lleva el expresivo título de *Ya veo la bala en mi cabeza*[18].

Este libro, entre otras piedras preciosas, incluye un poema compuesto con los *graffiti* que dejaron escritos en las paredes de la prisión unos jóvenes franceses de la Resistencia, la víspera de ser fusilados. Los textos son auténticos y el poema resulta sobrecogedor. Dice así:

"A las 4 me van a fusilar.
Si vieras lo calmado
que estoy, mamá querida",

escribió Robert en la prisión de Fresnes.
“Vive, tienes que vivir”,
anotó otro reo
antes de caer bajo las balas.

“No tengo miedo, no es mi costumbre”,
fue el valiente mensaje del rehén
Michel Dabat. “Voy a llevar
en el pecho vuestras fotos
para que me acompañen en el ataúd.”

“Mi alegría más grande sería que pensaras
en mí lo menos posible y que rehagas
tu vida.” “Besos grandes,
besos como solo podemos
dar cuando son los últimos.”

“No te olvides de mis zapatos,
se los das a Maurice.”
“No he sufrido antes y ya no más después,
por supuesto.”

“Siempre soñé, mira tú por dónde,
morir de pie un día en que el sol brillara”,
escribe Fernand Zelnikov, empleado
de peletería.

“Bah, no importa”,
dijo Bernard Grinbaum.

“Te deseo que encuentres
un proletario digno
de ti.”

Maurice reconoce:
"Es duro decir esto
porque estoy celoso
aun ante la muerte."

"Mi escritura es quizá
un poco temblorosa,
pero es que tengo un lápiz
muy pequeño."

"Vienen a buscarnos."

"Dejo mi chaqueta de cuero."

"Haz editar mis poemas."

(Todos lo escribieron ante el pelotón.
Siento vergüenza.)

Este funcionario de la Administración General del Estado ("funcionata" en su terminología habitual), editor alternativo, poeta envidiable, guitarrista y cantautor de más de doscientas canciones, dedicó las últimas semanas de vida a sus canciones, a sus poesías y a sus personas más queridas, plenamente consciente de que su espectáculo estaba llegando a las últimas.

Cuenta Suetonio que Augusto[19] preguntó a sus amigos antes de agonizar si había representado bien la farsa de la vida, y como le contestaron afirmativamente, añadió: "*Et nunc plaudite*" [Pues entonces, aplaudid].

Pues bien, José Luis Zúñiga se habría merecido también

un aplauso generalizado, porque nos ha dejado hermosos poemas y no menos hermosas letras de canciones como, por ejemplo:

PIPAS DE AGUA

Estaba yo en la calle de La Fe,
esquina Primavera.
Bajando a la derecha, Lavapiés,
el Botas a la izquierda.
Apareciste tú y me preguntaste:
"Qué pasa, no te acuerdas ya de mí".
Yo apenas recordaba tus olores,
pero te contesté: "Claro que sí".
Estaba yo en la calle Primavera,
un sábado cualquiera,
esquina con La Fe.

Estaba yo en la calle de La Fe
y llovía y llovía.
Solo recuerdo que te pregunté
de qué te conocía.
Salí corriendo en busca de un cajero,
cuando volví no estabas, te perdí.
Pasé la noche ya de barra en barra,
de birra en birra, y nunca más te vi.
Estaba sin un chavo y me sentía
un náufrago en la vida,
algo normal en mí.

Desde entonces no tomo más que té
y fumo en pipa de agua,
es algo gilipollas, ya lo sé,

y qué quieres que le haga
si ya no hay piba alguna que me aguante,
tan solo algún colega, fíjate,
así que dejo así pasar las tardes
y aún dicen que lo estoy haciendo bien.
Estaba yo en la calle Primavera,
un sábado cualquiera,
esquina con La Fe.

La noticia de su muerte coincidió con el comienzo de la redacción de este libro; era, pues, obligado hacerle un hueco en estas páginas.

NOTAS

1. "¿Dónde está, muerte, tu victoria?", *I Epístola a los corintios* 15, 55, que parafrasea a Isaías 25, 8 y sobre todo a Oseas 13, 14.
2. "Al creador", *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos,* Destino, Barcelona, 2008 (1.ª ed. 1993).
3. Fragmento B25 de la edición de Diels-Kranz.
4. 1632-1677, filósofo racionalista holandés de origen sefardí.
5. Evangelio de san Juan 14, 2.
6. Johann Peter Eckermann (1792-1854), *Conversaciones con Goethe,* Acantilado, Barcelona, 2005.
7. Del libro *The Drama: its History. Literature and influence on Civilization,* vol. 11, editor Alfred Bates, Londres, Historical Publishing Company, 1906, pp. 89-90.
8. Llegaron a formar parte de este círculo, entre otros, J. M. Keynes, Bertrand Russell, Ludwig Wittgenstein o Gerald Brenan.
9. *Has Religion made useful contributions to Civilization*?, panfleto publicado en 1929. En cuanto al poeta y filósofo Lucrecio (99-55 a.C.), autor de un largo poema, que comienza con una impresionante invocación a Venus, titulado *De rerum natura* (traducción española: ed. Gredos, Madrid, 2003), es digno de recuerdo, entre otros, su verso 1.102 "*tantum religio potuit suadere malorum*" [de tamaños males pudo convencernos la *religio* ("superstición")].
10. 60a.
11. George Mikes (1912-1987) es autor de un divertidísimo librito publicado en 1946 y titulado *How to be an alien* [Cómo ser un extranjero], que describe las peculiaridades de los británicos. El capítulo

dedicado al sexo dice literalmente: "*Continental people have sex lives; the English have hot-water bottles*" [La gente del Continente tiene vida sexual; los ingleses tienen botellas de agua caliente"). El libro dedicado a Koestler citado arriba se titula *Arthur Koestler; the Story of a friendship* [Arthur Koestler; la historia de una amistad].

12. *Il mestiere di vivere* [El oficio de vivir], 1952.
13. Sigo el texto de la Wikipedia en italiano s.v., Cesare Pavese.
14. El artículo "eutanasia" es un ejemplo paradigmático de la mayor información que en no pocas ocasiones ofrece Wikipedia en comparación con la *Encyclopaedia Britannica* (he seguido de esta la edición del año 2000). La Wikipedia, tanto en sus versiones alemana, inglesa, francesa e italiana como en la española, ofrece para este artículo una información de enorme riqueza y variedad.
15. La explicación de los nombres en latín puede ser otra: es sabido que en aquel país se hablan varias lenguas y el prurito de no considerar a ninguna de ellas más importante que las otras llega al extremo de que el nombre *oficial* del país, *Confoederatio Helvetica*, se exprese en (nunca mejor dicho) la lengua del imperio, que aparece en la sigla de su matrícula automovilística como *CH* y en el dominio de Internet.*ch*.
16. Me limito a traducir aquí la versión del suceso, redactada con su característico estilo, que ofreció la BBC el 14 de julio de 2009, aunque he seguido también el reportaje publicado en *The Guardian* el mismo día.
17. *Commander of the Order of the British Empire* [comandante de la Orden del Imperio Británico].
18. Ed. Del Primor, Madrid, 2011.
19. *Vita* 99.1. Todo el pasaje de Suetonio es muy interesante y de lectura muy recomendable. Y, por cierto, en él aparece documentada por primera vez la palabra *eutanasia,* que, como no era nada común, el autor la deja en griego.

CAPÍTULO 4

MUSULMANES, HINDÚES, BUDISTAS Y OTROS

Nascimur uno modo, multis morimur[1]

El proceso de secularización del que nos hemos ocupado en el capítulo anterior comenzó en los países de cultura cristiana y aparentemente ha ido en ellos más lejos que en los basados en otros sistemas religiosos y otros modelos culturales.

Un positivo efecto colateral de esa deriva secularizadora producida en "Occidente" es la reducción del espacio tradicionalmente reservado al tabú.

Normalmente el tabú ha afectado en todas las culturas, de manera extrañamente coincidente, a temas como el sexo, la muerte, la enfermedad o la comida. En los países de raíz cristiana, sin embargo, la comida apenas había sido objeto de tabú; y el sexo y la muerte se han ido desacralizando en los últimos tiempos, hasta quedar apenas reducido su ámbito al incesto y al asesinato.

Es cierto, no obstante, que el tabú del suicidio ha sido común a las tres religiones del Libro, frente a la mayor aceptación de este fenómeno en la India de los brahmanes,

en el Japón de los samuráis dados al harakiri y en otros países asiáticos de monjes budistas ocasionalmente combustibles.

A pesar de ello, en "Occidente" la muerte se halla hoy tan desacralizada que ha llegado a producir todo un género literario nuevo, conocido hasta hace poco como "necrológicas" y designado actualmente con el término mucho más *trendy* de "obituarios", de los que nos ocuparemos más adelante.

Así las cosas, entre los europeos de origen cristiano se habla ya de la muerte con un notable impudor, comparado con otras culturas, y quizá ello sea la causa de que sea tan difícil encontrar[2] relatos detallados de muertes apacibles entre, por ejemplo, los fieles musulmanes: en muchos casos, tantos que suena a lugar común, se dice de una persona que "tuvo una buena muerte", así, sin más, como se solía decir en España que tal o cual persona había muerto "cristianamente". Al islam le ocurre, por lo demás, lo mismo que a otras grandes religiones, a saber, que dentro de él coexisten una gran variedad de creencias y prácticas religiosas. Piensen ustedes, por ejemplo, en el tipo de religión que subyace en la romería del Rocío, con su fervoroso culto popular a la "Blanca Paloma", comparado con la de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola, o con las recomendaciones litúrgicas y doctrinales de la Conferencia episcopal; es obvio que estamos ante prácticas religiosas muy diversas, e igual debe ocurrir con el tipo de

islam que se practica, por ejemplo, en la Gran Mezquita de Madrid, más conocida como la mezquita de la M-30, comparado con el muridismo de las vendedoras senegalesas de los mercadillos de Tenerife[3].

En el islam más "oficial", la duración de la vida y la forma de la muerte están predeterminadas por Dios, como establece clara y repetidamente el Corán: "Unos morirán pronto, mientras que otros han sido creados para durar hasta una miserable edad avanzada, cuando ya no recordarán todo lo que sabían" (22:5). A quienes Dios ha decidido condenar, "para esos no habrá quien les preste auxilio" (30:29).

Esta estricta predeterminación está en la base misma de la fe musulmana, ya que, como es bien conocido, "islam" significa "entrega", "sumisión" a los designios de Dios.

El debate sobre la predeterminación y el libre albedrío, como era de esperar, fue en el islam tan intenso y duradero como en el cristianismo, porque, llevadas las anteriores premisas hasta sus últimas consecuencias lógicas, carecerían de sentido la declaración de la fe, la oración, la limosna, el ayuno en Ramadán o la peregrinación a La Meca: si *todo* está predeterminado, ¿por qué hacer *algo*?

Recuerdo al respecto una historia supuestamente sucedida en una aldea gallega en la que se había muerto un anciano campesino a quien su hijo y heredero no había pagado ni una simple misa, ni un modesto funeral. Cuando el párroco fue a preguntarle al hijo del finado si no pensaba

dedicar una misa a la memoria de su padre, este le dijo: "Si mi padre está en el cielo, ¿le vale para algo una misa?". "Hombre, no, en ese caso, no", le respondió el cura. "¿Y si está en el infierno?" "Hombre, pues en ese caso tampoco." Tras un silencio del campesino, fue el cura el que dijo: "Pero ¿y si está en el purgatorio?", a lo que el campesino replicó: "Ah, mire usted, si las hizo, que las pague".

Es lo que tiene postular una divinidad que todo lo tiene previsto y que no se pliega a las presiones humanas: puede resultar que los humanos renuncian a rendirle culto, por la absoluta ineficacia de hacerlo.

En cualquier caso, les confieso que carezco de conocimientos suficientes para entrar en el escarpado territorio del libre albedrío y de la predestinación y, además, no es este el lugar para detenerse en asunto tan espinoso, tanto para cristianos como para musulmanes, por lo que me limitaré a recordar los requisitos habituales ante la muerte de los buenos musulmanes, prescindiendo incluso de cualquier alusión al pintoresco "ángel de la muerte" (*malak al-mawt*) y su minuciosa y profesional labor como de guardagujas de las almas.

En muchos pueblos de países musulmanes, como ocurre en los españoles, la gente suele pagar durante años una cuota para su funeral y entierro; suele comprar, si puede, una parcela en un cementerio y tiene incluso preparada la mortaja para la ocasión.

Cuando alguien muere, se deposita el cuerpo en una cama

con la cara orientada a la Meca, con los ojos cerrados, los dedos de los pies atados y los brazos pegados al cuerpo. El cuerpo debe ser lavado, el de los hombres, por un hombre, y el de las mujeres, por una mujer, porque si no ha sido lavado, no puede entrar en el cielo.

A continuación se envuelve en una mortaja blanca, se mete en un ataúd de madera cubierto de un paño, generalmente verde, y se trasporta al patio de la mezquita, desde cuyo minarete el almuédano habrá anunciado ya el nombre de la persona fallecida, todo ello entre los habituales rezos de familiares y amigos.

En el caso de las siempre honorables muertes de los considerados "mártires", tan desgraciadamente frecuentes en muchas sociedades musulmanas actuales, el ritual es ligeramente diferente, más tumultuoso y con el ataúd cubierto con la bandera nacional.

CARACTERÍSTICA REPRESENTACIÓN DE BUDA MEDITANDO.

Los cuerpos no se entierran junto con el ataúd, sino envueltos solo con un sudario, echados sobre el hombro derecho y vueltos hacia La Meca.

Los musulmanes suelen guardar un gran respeto por los cadáveres, a los que tratan de enterrar cuanto antes, y la incineración resulta casi tabú. Ello tiene consecuencias negativas, sobre todo en los países de observancia más estricta, tanto para la enseñanza de la medicina y la enfermería, como para la práctica de autopsias. En Arabia Saudí, por ejemplo, se importan cadáveres de países no islámicos para los estudios de anatomía y no pocos médicos terminan la carrera sin haber hecho una sola disección en su vida.

La donación de órganos, por otra parte, ha sido declarada *halal* por la Comisión de los Ulemas, órgano hasta cierto punto equivalente de la curia romana, en fechas recientes, pero las creencias populares siguen reacias a las donaciones y trasplantes de determinados órganos; si acaso se donan con alguna mayor facilidad los riñones, porque al parecer en el cielo ya no se orina.

Con la salvedad hecha anteriormente acerca de lo escasamente detallado de los relatos de las muertes de los buenos musulmanes, voy a presentarles, sin embargo, algunas de las muertes que he elegido.

La primera es la de la muy piadosa mujer basorí Rabia al-Adawiyya al- Qaysiyya (717-801 d.C.), una fascinante personalidad sufí que a los españoles nos puede recordar

una mezcla de santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, pero que, a diferencia de ellos, no nos ha dejado nada escrito.

Era Rabia la cuarta hija (*rabia* significa "cuarto", pero quizá haya que interpretar su nombre, más bien, como *primavera*) de una familia pobre de Basora, a cuyo padre se le apareció una noche el profeta en sueños, para decirle que su nueva hija era una favorita de Dios y que estaba llamada a guiar a muchos musulmanes por la recta vía. Le dijo, además, que fuese a ver al emir de Basora y le entregase una carta con el texto siguiente: "Has mencionado correctamente al profeta en tus oraciones un centenar de veces cada noche; sin embargo, como el jueves no lo hiciste de manera correcta, debes pagar una multa de cuatrocientos dinares al portador de esta carta".

El padre de Rabia se levantó y fue directamente a ver al emir llorando de alegría. El emir, por su parte, se quedó encantado de recibir tal mensaje, porque demostraba que el profeta seguía cuidadosamente sus pasos y, consecuentemente, donó mil dinares a los pobres y pagó los cuatrocientos estipulados al padre de Rabia. Le dijo, además, a aquel buen hombre, que fungía a la sazón de correo celestial, que lo visitase en palacio siempre que quisiese porque, obviamente, quería estar a buenas con persona tan bien relacionada en la corte divina.

A la muerte del padre se produjo una hambruna en Basora y Rabia tuvo que emigrar, acompañando a una

caravana que fue asaltada por salteadores de caminos, quienes la capturaron y la vendieron como esclava.

Su nuevo dueño la sometió a los más duros trabajos domésticos, pero aun así Rabia ayunaba muchos días y se pasaba las noches rezando.

Una noche su amo la oyó decir: "Señor, tú sabes bien que mi mayor deseo es cumplir tus mandamientos y servirte con todo mi corazón, ¡oh, luz de mis ojos! Si yo fuera una persona libre, me pasaría día y noche en oración, pero en estas condiciones, ¿qué puedo hacer si tú me has hecho esclava?".

El amo sintió que estaba cometiendo un sacrilegio por mantener a persona tan venerable (*wali*) como sirvienta, y le permitió que se marchara.

Se encaminó entonces ella al desierto, para dedicarse a la oración y al ascetismo, bajo la dirección de un maestro (*murshid*), y desde entonces se pasó la vida dedicada a la oración y a la contemplación.

Su fama fue creciendo y llegó a tener muchos discípulos, e incluso pretendientes al matrimonio, entre ellos el propio emir de Basora, pero los rechazó a todos para dedicarse en exclusiva a cultivar el "amor divino", que parece ser un concepto creado por ella misma y que habría de tener muchos seguidores, tanto entre los sufíes como entre los místicos y ascetas cristianos posteriores.

Fue ella, por ejemplo, la primera que sostuvo la idea de que Dios debe ser amado por sí mismo, y no por simple

temor. Un día se la vio por las calles de Basora con una antorcha en una mano y un cántaro de agua en la otra y al preguntarle qué pretendía dijo: "Quiero extinguir el fuego del infierno y quemar los premios del paraíso, porque impiden el camino hacia Dios. Yo no quiero adorarlo por temor al castigo, o por la promesa del premio, sino simplemente por el amor hacia él".

No sé lo que pensarán ustedes al respecto, pero a mí esta respuesta de Rabia me recuerda aquel maravilloso soneto anónimo castellano que dice:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Es sabido que los ascetas y místicos españoles fueron influidos por el sufismo; este *locus communis*, que según

creo aparece en Rabia por primera vez y que fue reutilizado siglos después por quien compuso el soneto al Cristo crucificado, es una muestra muy elocuente de esa conocida dependencia literaria y doctrinal.

Rabia murió en Jerusalén a una edad avanzada, con ochenta y cuatro años, en el convencimiento de que se hallaba en una unión constante con su Amado, como habría de decir también san Juan de la Cruz unos siglos más tarde.

Otra personalidad arrolladora, en todos los sentidos del término, de la cultura musulmana fue la del sultán Saladino (*Salah ad Din*, sobrenombre de Yusuf ibn Ayyub, 1138-1193), héroe kurdo, antagonista por excelencia de los cruzados y, concretamente, de Ricardo Corazón de León (Richard I of England the Lyonheart, 1157-1199).

Nacido en Tikrit, Irak, en el seno de una poderosa e influyente familia kurda oriunda de Armenia, ya que su padre había sido gobernador, recibió una elitista y esmerada educación en álgebra, leyes, historia, razas de caballos y, sobre todo, en el estudio del Corán.

Su carrera militar comenzó a la sombra de un tío suyo, durante una expedición a Egipto para reponer a un visir destronado, en la que se enfrentó por primera vez a los cruzados.

A la muerte del visir egipcio, Saladino fue elegido inesperadamente para el puesto por el califa, y, para dar ejemplo, abandonó de inmediato el consumo de alcohol, que, aunque prohibido por el islam, era frecuente en los

medios militares en los que se había movido la vida del joven kurdo. Posteriormente habría de acceder al cargo de califa en Siria.

Desde su nombramiento como visir, se vio envuelto en numerosas guerras por toda la región, en Siria, Mesopotamia, Anatolia, Península Arábiga, Líbano o Egipto, tanto con musulmanes como con los cruzados cristianos, a los que derrotaría en la célebre batalla de Hattin, lo que permitió la recuperación de Jerusalén por los seguidores del profeta.

Todo comenzó, según se cuenta, por el ataque traicionero y en medio de una tregua a una caravana, en la que viajaba la hermana del propio Saladino, iniciado por el "caballero" francés Reinaldo de Châtillon, al parecer un personaje indeseable, insaciable saqueador y hombre sin escrúpulos ni palabra.

Tras las consabidas y cambiantes escaramuzas, se produjo un enfrentamiento final en 1187, en unas colinas conocidas como "los cuernos de Hattin", donde la caballería ligera y los arqueros de Saladino hicieron retroceder a los cruzados que, tras varios días sedientos y sin fuerzas, fueron derrotados por el ejército del sultán.

Capturó en esta batalla a los principales caudillos de lo cruzados, como el rey Guido de Lusignan, y a grandes maestres y nobles, además de al iniciador del conflicto, Reinaldo de Châtillon, y la preciada reliquia de la Vera Cruz. Los ilustres prisioneros fueron tratados

caballerosamente: el propio Saladino ofreció una copa de nieve al rey de Jerusalén, que estaba sediento tras la travesía del desierto, pero a Reinaldo lo mató él personalmente, cuando trataba de quitarle al rey la copa que se le estaba ofreciendo.

Era costumbre ser generoso con el enemigo con el que se hubiera compartido comida y bebida, y Saladino no quería que Reinaldo se aprovechase de ese uso caballeresco.

Tras la caída de Jerusalén en manos musulmanas, el papa Urbano III convocó la tercera cruzada, en la que participaron Federico I Barbarroja, emperador del Sacro Romano Imperio Germánico, Felipe Augusto de Francia, Ricardo Corazón de León de Inglaterra y el duque Leopoldo de Austria, junto a otros caballeros sin tacha.

Se sucedieron combates, treguas e intentos de tratados de paz, hasta que tanto Saladino como Ricardo cayeron enfermos y este tuvo que regresar a la turbulenta Inglaterra.

Saladino, por su parte, el 20 de febrero de 1193, cabalgó al encuentro de los peregrinos que regresaban de la peregrinación a La Meca (*Hajj*), a donde él siempre había deseado ir, pero que nunca había podido hacerlo por la interminable *yihad* en la que se había convertido su vida.

Aquella noche cayó enfermo, con una fiebre muy alta. Al cuarto día de la enfermedad, lo sangraron, pero no dejó de sudar. Al noveno día dejó de tomar líquidos; el 3 de marzo tenía la cama tan empapada de sudor que goteaba al suelo. El día 4 de marzo el imán le estaba recitando la azora del

Corán que decía: “Dios me ha bastado; no hay otro Dios más que Él; en Él confío; Él es el Señor del Trono Supremo”.

Sonrió entonces Saladino de oreja a oreja y dejó de respirar.

Fue enterrado en un sarcófago de madera, en un mausoleo del atrio de la mezquita de los Omeyas en Damasco. El último emperador de Alemania, Guillermo II (1859-1941), persona particularmente dada a los desatinos, donó un sarcófago de mármol para que Saladino tuviera una tumba más digna. El tal sarcófago sigue vacío al lado del antiguo de madera. Imagínense ustedes que el rey de Arabia Saudí, un poner, decidiese donar un sarcófago de mármol para que Martín Lutero tuviese una tumba más digna en la iglesia del castillo de Wittenberg. ¿Creen ustedes que serían trasladados a él los restos del reformador alemán?

Prácticamente coetáneo de Saladino fue el sabio, filósofo y poeta persa Omar Jayam, nacido en Nishapur, alrededor del año 1040, donde murió asimismo probablemente en el 1131. También tuvo este una sólida educación en ciencias y filosofía, que completó con una tesis sobre álgebra, realizada en Samarcanda. La tesis en cuestión le produjo un gran reconocimiento y prestigio, hasta el punto de que el sultán le encargó la construcción de un observatorio astronómico. Sus investigaciones astronómicas le permitieron corregir el antiguo calendario en vigor, lo que trajo como consecuencia la introducción de una nueva era.

Posteriormente, y tras la peregrinación a La Meca, trabajó

como historiador, matemático, médico y filósofo, un filósofo materialista, pesimista y escéptico. Sus aportaciones matemáticas son asombrosas y su calidad literaria sigue produciendo hoy admiración. Concretamente, su obra poética más destacada y por la que es justamente apreciado incluso a día de hoy son las *Rubayat* o "Cuartetas"[4], que contienen 1.000 estrofas epigramáticas de cuatro versos, que tratan sobre el amor, los placeres y la fugacidad de la vida, con un poso de amargo y lúcido pesimismo.

Como buen filósofo materialista, no creía en nada más allá de una materia compuesta de partículas:

De aquel jarro de vino, que a nadie perjudica,
llena tu copa y bebe, y sírveme a mí otra,
muchacho, antes de que haga, sin prestar atención,
con tu tierra y la mía un jarro el alfarero[5].

Aunque ha pasado a la posteridad, sobre todo, por su canto al vino y al amor:

Bebe vino, que el vino nos da la vida eterna,
el vino es el resumen de nuestra juventud,
tiempo de flores, vino y amigos achispados,
disfruta de este instante, que este instante es la vida.

No creía en profecías, pero cuentan que dijo a un discípulo suyo mientras paseaban por un jardín: "Mi tumba estará en un lugar donde el viento del norte la pueda cubrir de rosas". Parece ser que se murió leyendo el *Libro de la*

curación de Avicena. Y, a pesar de que tras su muerte sus versos fueron condenados por la ortodoxia imperante, calificados de "tejidos de errores como serpientes venenosas", lo cierto es que se han seguido editando y traduciendo hasta hoy.

Cambiemos de siglo y de escenario: para redactar los párrafos que vienen a continuación, que dedico a la muerte de Om Kalsum (1904-1975), he rebuscado entre mis viejos vinilos, hasta dar con *Wa maret el ayam* ("Y pasaron los días"), editado por Edigsa en 1981, y lo he vuelto a escuchar. La voz telúrica de esta gran dama de la canción árabe (*es Set*, "la señora"), que brota como surgida de las entrañas de la tierra, me ha vuelto a poner la piel de gallina. En la contraportada del disco, Juan Goytisolo cita al respecto las siguientes palabras de un amigo suyo: "La voz de Om Kalsum, una pipa de kif y una buena compañía en el lecho […], ¡ese es el paraíso terrenal!".

Desde muy pequeña había mostrado esta fiel musulmana de origen humilde un enorme talento para la canción, por lo que con 12 años su padre la disfrazó de chico y la puso a cantar en un espectáculo con el que se ganaba la vida hasta que, años después, fue descubierta por músicos más profesionales que la llevaron a El Cairo.

Un notable poeta empezó a escribir letras de canciones para ella y un conocido laudista la introdujo en el Palacio del Teatro Árabe, donde empezó enseguida a obtener clamorosos éxitos. Ya en 1932 realizó una gira por

Damasco, Bagdad, Jerusalén, Beirut y Trípoli y en 1948 se encontró con Nasser. Desde entonces se profesarían ambos una enorme admiración mutua.

En 1967 ofreció un concierto en el Olympia de París al que acudieron millares de emigrantes árabes llegados de toda Europa. Su característica imagen, apretando un pañuelo de seda en su mano izquierda, resulta imborrable.

Poco después se le diagnosticó una nefritis grave que en 1972 la obligó a ir a Estados Unidos a recibir asistencia médica. Regresó en 1975, gravemente enferma, y fue hospitalizada ante la consternación de un pueblo que la idolatraba.

En su aldea natal, la población entera comenzó a recitar el Corán para acompañarla. Murió el 3 de febrero, entre muestras de dolor e histeria colectiva que condujeron incluso a suicidios.

A sus funerales acudieron literalmente millones de personas, entre las que algunos de sus seguidores más entregados se apoderaron del ataúd y lo llevaron a su mezquita preferida. Su entierro multitudinario recibió honores de jefe de Estado.

Un violinista de su orquesta, Said Hekal, publicó a raíz de su muerte un artículo en la revista francesa *Courrier de l ´Átlas* del que entresaco algunos párrafos:

El día de su funeral El Cairo estaba lleno de egipcios de todo el país y miles de todo el mundo árabe, en particular del Magreb… Había incluso gente que había salido descalza de casa para alcanzar el ataúd.

La procesión llevaba más de tres horas avanzando. Los seguidores de Om Kalsum lloraban porque sentían como si hubieran perdido a quien servía de lazo de unión entre los árabes… El funeral fue trasmitido en directo.

Caminamos por todo El Cairo desde la mezquita de Omar Makram (centro) al cementerio de El Bassatine donde está enterrada. La muchedumbre se extendía a lo largo de cerca de dos kilómetros. Se dijo que había más de dos millones de personas. Incluso se extendió el rumor de que la policía había usado falsos ataúdes para dispersar a la muchedumbre. Nunca había habido un funeral tan popular como este. El de Gamal Abdel Nasser había sido enorme, pero era un ídolo político. Om Kalsum era solo una cantante.

[…] Los conciertos se celebraban los primeros jueves de mes y eran trasmitidos por la radio. Era una gran ocasión para nosotros los músicos, como lo era para todos los egipcios. Recuerdo que cuando era niño ya solía escucharlos.

Nos reuníamos la familia alrededor de una buena comida y escuchábamos el concierto durante tres horas. Durante sus conciertos, se suspendían todas las actividades. El fenómeno llegaba más allá de Egipto: los árabes del Magreb al Mashrek también estaban cautivados por la voz de la diva.

Cantaba solo dos o tres canciones, pero cada una duraba más de una hora. Cuando salían del teatro, los espectadores llevaban la letra de las canciones en la cabeza…

Cambiemos de marco de referencia: hasta ahora nos hemos venido ocupando de personas que han vivido en sociedades basadas en las concepciones culturales y religiosas de las religiones del Libro, y que las comparten en mayor o menor medida. Los judíos, cristianos y musulmanes, cuando son creyentes, opinan que cada individuo tiene una existencia única e irrepetible, que solo se le dará una oportunidad vital y que si la aprovecha adecuadamente, de acuerdo con unas normas escritas,

disfrutará tras su muerte de una eternidad gloriosa en un espacio paradisíaco; por el contrario, si su vida no transcurre conforme a las normas reveladas, padecerá, también eternamente, de indecibles tormentos.

Ahora bien, si avanzamos hacia el este, tras cruzar el río Indo, nos encontramos con religiones y culturas que tienen una concepción radicalmente diferente de la vida y la muerte.

La India es, como se sabe, un inmenso país que ocupa una superficie equivalente a la de un tercio de Europa, pero con una población que es más del doble de la europea, incluida Rusia. En ese enorme espacio, se da una gran variedad de religiones y culturas, pero vamos a acercarnos solo a las dos más importantes y más conocidas, el hinduismo y el budismo.

Es conocido el hecho de que los llamados "arios", pueblos hablantes de lenguas indoeuropeas que migraron a aquel subcontinente en la época de transición entre la Edad del Bronce y la del Hierro, es decir, alrededor del mil quinientos antes de nuestra era[6], introdujeron un sistema de castas (sánscrito *varna*, literalmente "color"), según el cual clasificaron a la población en cuatro clases: los brahmanes o sacerdotes, los guerreros, los comerciantes y los trabajadores, división social que ha seguido globalmente vigente hasta nuestros días, aunque obviamente atemperada por las limitaciones exigidas en la democracia moderna y la Declaración de Derechos Humanos.

La casta superior de los brahmanes, mayoritariamente vegetariana, produjo una religión que, como hemos dicho ya, toleraba el suicidio e incluso lo valoraba positivamente, especialmente si se trataba de viudas. Todavía hoy la *prayopavesa*, una forma de muerte voluntaria por huelga de hambre, está socialmente aceptada en casos de grave enfermedad y otras circunstancias.

Para la religión de los brahmanes, el alma individual[7] no es más que una partícula de un principio cósmico, del que forma parte, igual que el aire encerrado en una vasija forma parte del aire en general, o una determinada ola del mar forma parte del océano. Los "individuos", en la medida en que el término es de aplicación en este contexto cultural, no disponen de una sola vida, sino que están predestinados a innumerables reencarnaciones (*samsara*), que les conducirán a otras, cuya duración y categoría dependerán del comportamiento en la vida actual: cada grano que se siembra en esta existencia será cosechado en la siguiente, lo que a los fieles hindúes les provoca una consternada incomodidad. Conseguir escapar de esa rueda interminable de vidas es la meta deseada (*moksha*, "liberación") de los hindúes y, para lograrlo, o bien hay que llevar una vida ejemplar, o bien hay que morir en Benarés[8] y que esparzan las cenizas de uno en el Ganges.

Cuando un devoto hindú cree percibir que se acerca el momento de su muerte, empieza a repetir sin descanso el monosílabo *om*, lo que, por una parte, le permite concentrar

su mente en lo realmente importante y, por otra, le garantiza que si le ocurre la muerte con esta palabra en los labios, alcanza directamente el *moksha*, en una especie de gracia salvadora como la conseguida por los católicos con la comunión durante nueve primeros viernes de mes seguidos[9].

Cuando al fiel moribundo le queda aproximadamente solo una hora de vida, se le baja de la cama a un colchón en el suelo y se le afeita la cabeza, para que no regrese a este mundo como espíritu maligno. El suelo donde se deposita el colchón debe haber sido santificado con agua del Ganges, boñiga de vaca, cebada y semillas de ajonjolí. Un buen hindú no debe morir en la cama, sino en el suelo, y cuando ha fallecido, se le baja un peldaño más del colchón al suelo propiamente dicho, en el momento que decida algún miembro de la familia con mayor experiencia funeral.

A continuación se le vierte en la boca agua de la confluencia de los ríos Ganges y Yamuna, se le introduce una hoja de albahaca y se le unta la frente con un tipo de caolín, entre otros minuciosos arreglos rituales. A continuación se envuelve el cadáver en ropas limpias de diferentes colores, según la edad de la persona fallecida, y los parientes dan vueltas al cuerpo en el sentido de las agujas del reloj, pero cuando ya esté en la pira darán vueltas en sentido contrario. Se incinera luego el cuerpo como ofrenda a Agni[10], dios del fuego, liberando así el *atman* del cuerpo corruptible, con ayuda de brasas traídas

del hogar en un cuenco de barro negro.

A las mujeres no se les permitía hasta fechas recientes participar en el cortejo fúnebre, y solo las esposas de los brahmanes podían dar vueltas a la pira. El hijo o nieto mayor del finado enciende la pira con una antorcha, si es un varón comenzando por la cabeza y si es una mujer, por los pies. El alma abandona entonces el cuerpo por diversos orificios, pero si uno ha sido realmente malvado, el alma sale por el ano, quedando tan mancillada que precisará de interminable purificación.

Los niños menores de dos años no son incinerados, sino enterrados, y no se les pone en el suelo para que expiren, sino que pueden hacerlo incluso en el regazo materno. Se supone que en una vida previa el niño en cuestión debe haber sido un indeseable, para merecer en esta semejante destino, por lo que deberá reencarnarse aún millones de veces.

Tras la muerte, el alma no migra inmediatamente a otro cuerpo, sino que se refugia en una pequeña y vaga entidad de la que se apoderan dos sirvientes de Yama, el dios de la muerte[11], para presentársela a este.

Una vez reconocida por Yama, el alma regresa a su domicilio en la tierra, y se queda rondando la puerta, por lo que es fundamental que para entonces haya terminado la cremación, no vaya a ser que se vuelva a colar en el cuerpo del finado. Se celebran a continuación varios y complejos funerales (*shraddha*), tras los cuales la familia ofrece un

banquete fúnebre a brahmanes, vecinos y mendigos, y también a las vacas del lugar, que son agasajadas con hierba fresca, hasta que, finalmente, la familia del fallecido respira aliviada porque su alma ha abandonado ya este mundo y ellos han quedado purificados. Carecer de un hijo que se ocupe de estos rituales a la muerte de uno le produce a los hindúes un terror mayor que a los cristianos morir sin confesión, porque condena a las almas a convertirse en espíritus malignos dedicados a aterrorizar a los vivos, una perspectiva obviamente poco halagüeña.

Tras una estancia del alma, relativamente breve, en el cielo o el infierno, tiempo durante el que hay que seguir dedicándole funerales que conllevan regalar al brahmán zapatos, sombrillas, ropa y dinero, esta se reencarna en otro cuerpo, que puede ser una planta, una cucaracha, una lombriz u otro ser humano.

Era plenamente previsible que unas creencias tan prolijas y abigarradas como las hindúes iban a sufrir la presión y la influencia de credos más nítidos y que disponen de concepciones de ultratumba de mayor sencillez, como es el caso de las religiones monoteístas con las que entraron en contacto, sean musulmanes o cristianos. Así, ya a principios del siglo XIX, Ram Mohun Roy rechazó el culto a las innumerables imágenes del retablo hindú y evolucionó hacia un monoteísmo puro, unido todo ello, ya de paso, a una defensa de la educación a la europea.

En su movimiento de la *Brahmo Samaj* ("Sociedad

Brahmán") le sucedió Debendranath Tagore, que le dio a esta sociedad un carácter de mayor misticismo. A partir de la muerte de este en 1884, la sociedad entró en declive, quizá entre otras razones porque su hijo Rabindranath Tagore (1861-1941) se dedicaría a la literatura, afortunadamente para todos nosotros, una actividad por lo menos tan interesante como la reforma religiosa de la que el padre se había ocupado con tanto afán.

El bengalí Rabindranath Thakur (Tagore) fue, en efecto, un extraordinario poeta, escritor de relatos breves, compositor de canciones, autor teatral, ensayista e incluso un pintor notablemente dotado. Y fue el primer no europeo galardonado con el premio Nobel de Literatura, en 1913.

Los esfuerzos realizados por su padre para simplificar el panteón religioso, los dedicó el hijo en aligerar el rancio estilo del sánscrito clásico, con la introducción del lenguaje hablado en Bengala en la lengua literaria, y a trasmitir lo mejor de la cultura occidental en la India, y viceversa.

En 1878 había viajado Tagore a Inglaterra para estudiar, pero abandonó pronto los estudios, después de una estancia de solo un año. En 1883, vuelto ya a la India, se casó con Mrinalini Devi y tuvo dos hijos y tres hijas, de los que varios murieron en los primeros años de vida, como era habitual entonces. Por esa época, se había convertido ya en el centro de atención del mundo literario con sus primeras obras literarias.

En 1890 regresó a Bengala para ocuparse de la hacienda

familiar; se instaló en una casa-barco y continuó escribiendo poesía, relato breve y ensayo. En 1901 fundó un internado de estudiantes, del que se convirtió en gurú, y empezó a atraer discípulos y seguidores en general. Todavía existe hoy una institución heredera de aquella escuela, conocida como la Universidad Visva Bharati.

En 1912, tras la muerte de su mujer y una hija muy querida, viajó a Inglaterra, donde dio conferencias que despertaron un enorme interés y produjeron un gran impacto entre conocidos escritores, como el poeta W. B. Yeats. De esta época es su obra *Gitanjalí*, que contribuiría de manera determinante a la concesión del premio Nobel en 1913, tras el cual viajó por todo el mundo dando conferencias y ofreciendo lecturas de sus obras.

Escribió, además, letras de canciones, en apoyo del movimiento de independencia de la India, lo que le permitió entrar en contacto con Gandhi.

En un viaje a Argentina conoció a Victoria Ocampo y, como era previsible, se sintió fascinado por la independencia, el coherente feminismo e insuperable encanto de aquella mujer extraordinaria. Durante una enfermedad que había contraído, Victoria lo alojó en una casa suya y él, totalmente rendido, le dedicó un poema de amor, *Puravi*.

Con más de sesenta años empezó a pintar y llegó a

situarse entre los mejores pintores de la India.

Murió en agosto de 1941, en una fecha que se sigue conmemorando año tras año entre los hablantes de bengalí. Sobre su muerte había dejado escrito lo siguiente:

¡Oh, muerte, cumplimiento cabal de la vida,
muerte, muerte mía, ven y susúrrame!
Día tras día te he estado vigilando;
por ti he pasado las alegrías y pesares de la vida.
Todo lo que soy, lo que tengo, lo que espero y todo mi amor
Siempre han fluido secretamente hacia ti.
Una mirada final de tus ojos
y mi vida será ya siempre tuya.
Las flores están trenzadas
y la guirnalda está lista para el novio.
Tras la boda, la novia dejará su casa
y se encontrará con su señor a solas en la soledad de la noche.

Otra mujer extraordinaria, Zenobia Camprubí (1887-1956), que acabaría dedicando su vida al servicio de un marido tan buen poeta como egoísta y depresivo, había descubierto tempranamente la obra de Tagore y la había traducido al español. La pobre Zenobia ni siquiera pudo disfrutar por mucho tiempo del premio Nobel de Literatura concedido a su marido Juan Ramón Jiménez[12], ya que

murió a los tres días de hacerse público el fallo de la Academia sueca. Suyas son las traducciones más tempranas de las obras de Tagore, como la del *Gitanjalí*, de la que ofrecemos la siguiente muestra:

I

No te atormentes por su corazón,
corazón mío,
déjalo en la oscuridad.
¿Qué sé yo si su belleza es solo de su cuerpo,
y su sonrisa solo de su cara?
Déjame
aceptar sin preguntas este sencillo sentido de sus miradas,
[y ser así feliz.

II

Igual me da si es un manto de ilusión
el que sus brazos tejen alrededor de mí,
porque el manto es rico y raro;
y al engaño se le puede sonreír,
y olvidarlo.

III

Las rosas están todavía en capullo,
y no saben aún cómo descuidamos coger flores este verano.
La estrella de la mañana tiene todavía el mismo silencio

[palpitante,
la luz primera está enredada aún en las enredaderas que
[cuelgan de mi ventana,
como en aquellos días pasados.
Olvidé un momento que todo había cambiado,
y vine.

En una de tantas aparentes similitudes diacrónicas, ocurre que de la misma forma que el Imperio Romano actuó en su momento como un imán de las religiones de su tiempo y posteriormente como una especie de *hub* aeroportuario, desde donde se extendían por el mundo las religiones ya levemente romanizadas, así en nuestro tiempo Estados Unidos ha venido actuando como importador y ulterior exportador de movimientos religiosos.

Ello ha ocurrido, por ejemplo, con varias religiones orientales, lo que justifica que nuestro próximo personaje hindú sea un californiano, *Satguru* ("perfecto maestro") Sivaya Subramuniyaswami (algo así como "alma sumisa silenciosa"), a quien sus discípulos llamaban *Gurudeva* ("maestro celestial"), denominación reservada a algún *avatar* ("apariencia", "manifestación", "reencarnación") del Ser Supremo, como Abraham, Jesucristo u otros grandes profetas.

Había nacido el *gurudeva* en Oakland, con el nombre de

Robert Hansen, en 1927, y la práctica del yoga en su adolescencia lo condujo al ballet clásico, del que llegó a ser bailarín profesional, a los 19 años, en la compañía de ballet de San Francisco. A los veinte se embarcó para la India y pasó los tres primeros años en Sri Lanka, trabajando con campesinos pobres y visitando monasterios budistas. En una cueva de Sri Lanka ayunó y meditó hasta alcanzar la iluminación, momento en el que llegó a perder "el deseo de realización del yo y a sentirse completo y solo".

En Colombo se encontró a un sabio gurú, que le daría su nombre hindú y con quien terminaría su formación, momento en que el sabio maestro lo despidió con estas palabras: "Ve por el mundo y ruge como un león. Tú levantarás palacios y alimentarás a millares".

Vuelto a Estados Unidos, continuó su vida de yoga y meditación, fundando templos y monasterios por todo el mundo. Se trasladó a Hawai, donde fundó un gran complejo monástico y publicó multitud de obras de hinduismo, entre las que destaca la revista *Hinduism Today*, que alcanzaría gran influencia internacional. Cuando se le diagnosticó un cáncer incurable, inició una *prayopavesa*, la característica huelga de hambre de los hindúes, y treinta y dos días después falleció apaciblemente, rodeado de sus discípulos y seguidores.

La otra gran religión nacida en la India es el budismo,

que, a diferencia del hinduismo, se extendió por casi toda Asia y adoptó variadas formas en su secular recorrido por el continente.

No hay consenso sobre la época en que vivió el Buda, porque la cronología india de la época no era tan eficaz como, por ejemplo, la griega[13], pero para hacernos una idea, podemos decir que era casi contemporáneo de Sócrates, nuestro primer muerto apacible.

El joven Buda[14], nacido en una aldea situada a las faldas del Himalaya, era un aristócrata casado y padre de un hijo que un buen día decidió convertirse en anacoreta y emprender un camino de ascesis y purificación. Su religión, basada obviamente en las creencias brahmánicas, se alejó de estas hasta construir una especie de credo casi ateo o, por lo menos, un credo en el que la divinidad tiene escasa relevancia.

Parte esta religión del sufrimiento humano y no reconoce la existencia de un alma inmortal, sino de un vago yo que es el sujeto de la acción espiritual, y que está condenado a reencarnarse hasta alcanzar la meta deseada, que es la iluminación que conduce al *nirvana* (*nir- vana*, algo así como "no-renacimiento"). Mientras no se alcanza ese estado perfecto, la persona puede renacer en seis posibles estadios: en el cielo; en otra vida terrenal; como *asura*, una especie de insatisfecho semidios; como espíritu hambriento; como

animal, o en el infierno. Y permanecerá largo tiempo en cada uno de esos estadios, reencarnándose durante eones de tiempo, hasta que al fin consiga la iluminación y el deseado nirvana.

El nuevo credo se extendió rápidamente por el norte de la India, gracias al emperador Ashoka, un gran caudillo militar algo posterior a Alejandro Magno, que creó un vasto imperio en el siglo III a. de C. y se convirtió a la nueva fe. Poco después del reinado de Ashoka, la nueva religión se extendió por casi todo el continente asiático, pero a la muerte de este, descendió drásticamente su culto en la India hasta casi la desaparición. Solo recientemente han vuelto a aumentar sus fieles en el país de origen, especialmente en la clase más baja de los "intocables".

Como en la religión hindú de la que se originó, los budistas suelen incinerar los cadáveres y esparcir las cenizas. En el caso de monjes venerados, se conservan sus huesos y se construye sobre ellos una *stupa* o capilla relicario, tipo de construcción que abunda en los países de población budista.

Se recurre también a la inhumación, especialmente en lugares que carecen de madera abundante, como el Tíbet, donde los cuerpos de Dalái o Panchen lamas son depositados en recargadas *stupas* en actitud de concentrada

meditación.

La enorme extensión geográfica que ocupa el budismo ha producido muchas variantes locales, algunas tan renombradas como el zen[15], que está en la base de una serie de artes marciales, arreglos florales o estilos de ajardinamiento, pero no vamos a entrar en mayores detalles sobre las diversas variantes de esta religión, hoy tan popular y casi glamurosa, porque ni es el propósito de este libro ofrecer un panorama sobre las religiones del planeta, ni su autor tiene los conocimientos suficientes para ello. Pasemos, pues, a relatar las muertes de tres respetables y admirables personajes budistas.

El primero que queremos recordar es Thich Quang Duc (1897-1963), cuyo nombre no debe de decir nada a la mayoría de los lectores, pero cuya muerte tuvo una gran cobertura mediática y una enorme influencia en su momento. Se trata del monje vietnamita que se suicidó quemándose a lo bonzo, en una calle de Saigón, para protestar contra el régimen marioneta de Ngô Dinh Diêm, en protesta por la persecución de que eran objeto los budistas. Su foto impasible en medio de las llamas dio la vuelta al mundo y le valió un premio Pulitzer a su autor. Tras su muerte, fue incinerado, cumpliendo así las tradiciones budistas pero, al parecer, su corazón quedó intacto, por lo que recibió inmediatamente la consideración

de *bodhisattva* ("persona iluminada"), que es algo así como el "Santo subito!" que coreaban los católicos italianos a la muerte del papa Juan Pablo II.

La represión contra los monjes budistas no cesó y otros monjes siguieron el ejemplo de Thich Quang Duc, creando una situación política tan insostenible que un golpe de Estado militar derrocó y mató al dictador.

Nuestro monje se había ordenado a los veinte años, tras los que dedicó tres años a la meditación en una ermita de las montañas. Alcanzó luego un cargo de responsabilidad entre los monjes y edificó muchas pagodas en Vietnam y Camboya, entre otras una gran pagoda en Saigón.

La mayoría de la población del país era budista, pero el presidente Ngô Dinh Diêm pertenecía a la minoría católica, a cuyos fieles favorecía sin pudor, lo que produjo no pocas conversiones oportunistas, especialmente entre los oficiales del ejército.

Los católicos estaban crecidos y se dedicaban al pillaje, a destruir pagodas, a abusar de los budistas, y a quedarse con casi toda la ayuda americana, hasta el punto de que algunos sacerdotes católicos contaban con sus propios ejércitos privados.

La Iglesia llegó a convertirse en la mayor terrateniente del país, a gozar de todo tipo de ventajas fiscales y el país fue dedicado a la Virgen María. Los católicos podían exhibir la

bandera vaticana, pero a los budistas no se les permitía izar la suya. Estallaron protestas populares por todo ello, que el régimen achacaba a las fuerzas comunistas del Vietcong.

Estas son las circunstancias en las que se produjo la autoinmolación de Thich Quang Duc, elegido para este sacrificio por ser el monje de mayor rango entre los presentes.

El día elegido, se sentó en la postura del loto sobre un cojín, sus seguidores lo rociaron de gasolina, el monje pronunció una oración, encendió una cerilla y se prendió fuego.

Había dejado una carta que decía:

Antes de cerrar los ojos y trasladarme a la visión de Buda, solicito respetuosamente al presidente Ngô Dinh Diêm que muestre compasión hacia la gente de este país y aplique una política de igualdad religiosa para mantener eternamente la fuerza de la patria. Apelo a los venerables, reverendos, miembros de la comunidad religiosa (*sangha*), así como a los laicos a que se organicen solidariamente para hacer sacrificios que protejan al budismo.

La gente a su alrededor lloraba, pero él no movió un músculo, ni pronunció el menor gemido.

La policía intentó apagar las llamas, pero sus seguidores se lo impidieron y uno de los agentes cayó de rodillas ante él, mientras un monje repetía en vietnamita y en inglés: “Un

monje budista se inmola; un monje budista se convierte en mártir". Terminado el acto, los monjes introdujeron con dificultad su cuerpo calcinado en un ataúd y lo llevaron a una pagoda cercana, entre una manifestación de seguidores finalmente disuelta por la policía.

El clamor internacional y las presiones del gobierno norteamericano forzaron al dictador a firmar un documento de concesiones a los budistas, días antes del funeral por el nuevo mártir, que sería incinerado de nuevo salvo, como hemos dicho, el corazón, que permaneció intacto y que se conserva en un relicario.

El mundo entero quedó sobrecogido con esta muerte tan inquietante como admirable.

El segundo personaje budista cuya muerte queremos recordar es la del tercer secretario general de las Naciones Unidas, un diplomático birmano con aspecto de aseado y apacible funcionario conocido como U ("señor" en birmano) Thant (1909-1974), que había sido elegido para el cargo en 1961, a la muerte de su predecesor Dag Hammarskjöld en un oscuro accidente de aviación.

Nacido en el seno de una familia de posibles, venida a menos, estudió historia en la Universidad de Yangon y a continuación empezó a dar clases, a escribir en los periódicos locales, siguiendo la tradición familiar, y a traducir libros del inglés, mientras observaba una vida

ejemplar de budista. Nombrado director de la radio nacional, e inmediatamente jefe de gabinete del primer ministro, empezó a viajar con él y a escribirle los discursos para foros internacionales, en los que enseguida empezó a destacar. En la célebre Cumbre de Bandung de 1955, en plena "guerra fría", que dio origen al movimiento de países no alineados, lo encontramos ya de secretario de la cumbre.

Nombrado representante de su país en Naciones Unidas, destacó en las negociaciones que condujeron a la independencia de Argelia. A la repentina muerte del secretario general fue nombrado él por unanimidad en la Asamblea General del 3 de noviembre de 1961.

Contribuyó a enfriar la crisis de los misiles soviéticos en Cuba, que estuvo a punto de desencadenar una guerra nuclear, y a terminar la sangrienta guerra civil del Congo. Fue nombrado para un segundo mandato, de nuevo por unanimidad, en el que entraron en la ONU muchos de los nuevos países recién descolonizados, pero mantuvo una firme postura en contra del régimen sudafricano del *apartheid*.

Fue capaz de mantener buenas relaciones con todas las potencias del Consejo de Seguridad, hecho insólito hasta entonces, pero hacia el final de su segundo mandato, su postura ante conflictos como el árabe-israelí o la guerra de Vietnam le granjearon enemistades en Israel y Estados

Unidos. A pesar de las presiones recibidas, se negó a presentarse a un tercer mandato. De él dijo Mafalda: "Sobre la paz tengo todos los días pruebas de que, por ahora, es un cuento. Aprovecho la publicación de esta cartita para enviar un saludo a U Thant. El pobre secretario de la ONU tiene muy buenas intenciones y sería macanudo que le hicieran caso, pero… pensando en él, comprendo mejor a papá y mamá".

Se le diagnosticó un cáncer de pulmón que sobrellevó con ejemplar entereza hasta su muerte en noviembre de 1974.

Birmania ya estaba entonces gobernada por una obtusa junta militar, que se negó a organizarle unos funerales dignos de su prestigio. El viceministro de Educación, que fue a recibir su cuerpo al aeropuerto, fue despedido fulminantemente, pero aun así, el día de su funeral se congregaron miles de ciudadanos para darle el último adiós y forzaron su entierro en un mausoleo popular improvisado. Las tropas del régimen atacaron, dieron muerte a varios estudiantes y se llevaron el ataúd hasta el atrio de la pagoda en la que yace.

El tercer personaje budista que queremos recordar es el primer premio Nobel japonés, el físico teórico Hideki Yukawa (1907-1981), padre de la teoría de los *mesones*[16].

Fue profesor en varias universidades, tanto japonesas como norteamericanas, editor de revistas científicas y autor

de brillantes publicaciones, por lo que recibió numerosos reconocimientos y premios, además del Nobel. Políticamente muy comprometido con la causa de la paz, como sus colegas Albert Einstein, Frederic Joliot-Curie, Linus Pauling o Bertrand Russell, con quienes, entre otros, firmó en 1955 un manifiesto, conocido como "Manifiesto Russell-Einstein", cuya resolución final decía lo siguiente:

A la vista del hecho de que en cualquier futura guerra mundial se van a emplear con certeza armas nucleares, urgimos a los gobiernos del mundo a que constaten y reconozcan públicamente que sus propósitos no van a ser promovidos por una guerra mundial y les urgimos en consecuencia a que encuentren medios pacíficos para el arreglo de todos los asuntos en disputa entre ellos.

La atmósfera política de histeria colectiva, característica de aquellos tiempos de guerra fría, trajo como consecuencia que los científicos firmantes del manifiesto fuesen catalogados como tontos útiles o compañeros de viaje del comunismo internacional, etiqueta que no pareció preocuparles mucho, a pesar de las incomodidades administrativas que algunos tuvieron que soportar en Estados Unidos, debido a los delirios del senador Joseph McCarthy.

Murió en su casa de Kyoto de neumonía, a los setenta y

cuatro años, acompañado de su mujer.

Aunque no sea en absoluto el caso del profesor Yukawa, conviene aludir a una costumbre relativamente frecuente entre los budistas, sobre todo japoneses, que cuando van a afrontar la muerte por suicidio, dejan escrito un *jisei no ku* o "poema de despedida".

Una forma habitual de suicidio en Japón era la de entrar despacio en un río o en el mar hasta ahogarse, con el fin de dejar este mundo cruel y poder acercarse a la Tierra Pura.

Algunos de los poemas de despedida llegaron a hacerse famosos, como el del general Tadamichi Kuribayashi, que defendió con un heroísmo rayano en el absurdo la isla de Iwo Jima. Tras su inevitable derrota y antes de acometer el *seppuku* o suicidio ritual, dejó un escrito para su envío al

cuartel general imperial que decía:

La tristeza me domina porque no puedo cumplir mi deber
[con la patria,
balas y flechas ya no quedan.
Yo, caído en la batalla sin venganza,
renaceré para volver a empuñar la espada.
Cuando la mala hierba se extienda por esta isla,
mi corazón y mi alma estarán unidos al destino de la nación
[imperial.

NOTAS

1. "Nacemos de una sola manera, morimos de muchas", Séneca el Viejo, *Controversias 7.1.9.*
2. He consultado al respecto a una buena docena de arabistas, y de las personas cuyas muertes me han sugerido que incluya, apenas pude encontrar relatos mínimamente interesantes; las vidas de esas personas eran en ocasiones apasionantes, pero sus muertes me han parecido por lo general muy poco significativas.
3. Un reciente e interesante libro de la antropóloga sueca Eva Evers Rosander, *Nyckeln till paradiset* ("La llave del paraíso", Estocolmo, Bonniers, 2011) describe este fenómeno de carácter político, económico, social y religioso en las emigrantes senegalesas que se ganan la vida en los mercadillos de Tenerife, con su incesante trasiego a los morabitos de la ciudad de Tuba.
4. En la literatura persa se utilizaban unas cuartetas llamadas en árabe *rubaiyat* (singular *rubai*), con rima *aaba*.
5. Traducción de Zara Behnam y Jesús Munárriz; Poesía Hiperión (6ª ed. 2007).
6. Según otras hipótesis, sostenidas sobre todo por nativos hindúes, esta migración no se habría producido, ya que la India habría sido la *Urheimat* o "patria común" de los indoeuropeos. Véase al respecto el reciente libro, tan sabio como divertido, de F. Villar y otros, *Lenguas, genes y culturas en la prehistoria de Europa suroccidental,* Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2011, pp. 41 y ss.
7. En sánscrito *atman*, "alma", "yo", originariamente "soplo", acuñación léxica similar a la del griego *pneuma* o el latín *spiritus,* cuyas etimologías nos conducen también al aire. Cf. alemán *Atem*

"hálito", "respiración" y *atmen*, "respirar".

8. Varanasi, ciudad del estado de Uttar Pradesh. Existen, como es de suponer, muchas variantes de la doctrina brahmánica más oficial, pero al igual que ocurre en las demás religiones, todas se caracterizan por considerar solo el punto de vista masculino: a las mujeres ni siquiera se las suele mencionar y, cuando aparecen, no suelen quedar muy bien. Las alusiones a ellas recuerdan, por ejemplo, aquello de la *Epístola a los corintios* de san Pablo: "*mulieres in ecclesiiis taceant"* [que las mujeres estén calladas en las iglesias].
9. Según promesa del Sagrado Corazón a la joven virgen y luego santa Margarita María de Alacoque, quien muriese habiendo oído misa y comulgado durante nueve primeros viernes de mes seguidos, obtendría una especie de salvoconducto para el paraíso.
10. *Agnis*, de la misma raíz que el latín *ignis*,"fuego", es una de esas palabras sorprendentemente parecidas que se dan entre estas dos lenguas indoeuropeas. En la antología de textos védicos que estudiábamos en la facultad, con escaso entusiasmo y limitado aprovechamiento, había un himno dedicado a este dios que comenzaba con las palabras *Agnim ile purohitam* [Al dios Agnis preboste imploro], que adoptamos como una especie de cómica abracadabra.
11. Como este dios hindú pasaría al panteón budista de China y Japón, su iconografía evolucionó en estos países hasta adoptar unas formas estereotipadas de figura demoníaca, que recuerda a algunos aterradores personajes de videojuegos orientales.
12. Juan Ramón solía ocultar celosamente su segundo apellido (Mantecón), que le debía parecer impropio de un poeta.
13. La cronología griega tomaba como referencia las olimpiadas cuatrienales, pero se fue perfeccionando a partir del siglo V a.C., a base de emparejar a los olimpionicas (campeones olímpicos) con los nombres de los éforos de Esparta, los arcontes de Atenas y los sacerdotes de Argos. Esta cronología cubre el periodo desde 776 a.C. hasta el 393 d.C., cuando Teodosio prohibió las olimpiadas y otras costumbres paganas que resultaban ofensivas para los recién oficializados cristianos.
14. Buda no era su nombre propio: la palabra sánscrita *bodhi* significa "iluminado", término que se le aplicó tras su proceso de purificación espiritual.
15. De la palabra sánscrita *dhyana*,"meditación", procede la china *chan* y de esta la japonesa *zen*.
16. Obviamente no nos referimos a esas tabernas frecuentes en el Madrid de los Austrias, en las que suele aparecer sorpresivamente la tuna, sino a una partícula subatómica intermedia entre protones y electrones (del griego *meson*, "medio, intermedio"), que actúa como una especie de pegamento. Hoy a estas partículas los físicos prefieren llamarlas *muones*. La palabra *mesón* en el sentido de "taberna" u "hospedería" procede del francés *maison* y, en último término, del latín *mansionem*.

CAPÍTULO 5

EPITAFIOS, 'LAUDATIONES FUNEBRES', OBITUARIOS

De mortuis nil nisi bene

"De los muertos [no se debe hablar] nada, a no ser que sea bien", la frase latina que encabeza este capítulo y que es una traducción de un precepto griego citado por Diógenes Laercio[1], se ha venido aplicando con carácter general en todo tiempo y en todo lugar, aunque han existido no pocas trasgresiones a esta norma ética casi universal: los poderosos en ocasiones han creído necesario denigrar, o aun profanar, los restos o la memoria de su antecesor en un cargo, que a la sazón ostentan ellos, bien para marcar distancias respecto a una forma de ejercer el poder que no comparten, o, simplemente, por resentimiento o "enyosamiento", que diría Sánchez Ferlosio[2].

Los casos de esas desviaciones de la norma general no son desgraciadamente infrecuentes y suelen ser generalmente abyectos, pero vamos a recordar el que representa, probablemente, el récord del ensañamiento con el antecesor: el del papa Esteban VI con el anterior pontífice Formosus, ambos de finales del siglo IX.

Formosus (816-896) había trabajado en la conversión de Bulgaria por orden del papa (san) Nicolás I, que lo nombró cardenal, y había colaborado en otras misiones con sucesivos papas, como Adrián II y Juan VIII.

Tras una variada carrera eclesiástica, en la que alternaba periodos de excomunión y de absolución, fue elegido pontífice él mismo y se vio envuelto en las habituales e inevitables disputas con el trono imperial.

Nueve meses después de su muerte, su sucesor Esteban VI, o VII, que no está claro, ordenó desenterrarlo y que se le presentase vestido de papa en un sínodo (conocido para la posteridad como *Synodus horrenda*), a fin de ser juzgado. Se sentó al cadáver revestido de pontifical en una cátedra y se hizo hablar por él a un diácono. Se decretó en aquel juicio tan esperpéntico que el nombramiento de papa de Formosus había sido inválido, que sus actas debían ser quemadas y que los tres dedos de la mano derecha que había utilizado para impartir las bendiciones papales debían ser cortados; luego, se arrojó su cuerpo a una fosa común, pero posteriormente el papa reinante tuvo un trasacuerdo y ordenó que fuese desenterrado de nuevo y arrojado al Tíber.

Lo cierto es que Esteban no consiguió destruir todas las publicaciones de Formosus, y si algún curioso lector desea leer alguno de los escritos de aquel papa tan odiado por su sucesor, puede encontrarlos en el volumen 129 de la *Patrologia Latina* de Migne[3].

Obviamente en este y otros casos, incluso menos truculentos, no se sigue el precepto recogido por Diógenes Laercio que hemos elegido de lema del capítulo, pero en la inmensa mayoría de las ocasiones, a los muertos se les ha tratado con respeto y su vida ha sido, si acaso, embellecida por la memoria de quienes los recuerdan.

Ha ocurrido también en alguna ocasión que, por error, la *laudatio funebris* se hizo pública antes de tiempo, estando todavía vivo el interesado, lo que llegó a provocar algunas respuestas curiosas por parte de estos, como la de Rudyard Kipling quien, al encontrarse con su propio obituario en una revista a la que estaba suscrito, le mandó una carta al director en la que le decía: "Acabo de leer que estoy muerto. No se olvide de eliminarme de su lista de suscriptores"[4]. O la de Mark Twain, que en ocasión semejante dijo que "la descripción del relato de mi muerte fue exagerada"[5].

Todas estas no son, en todo caso, más que anomalías o manifestaciones singulares de una tónica general de respeto a las personas fallecidas, a las que se suele manifestar respeto y rendir tributo de agradecimiento y admiración solo cuando están realmente muertas.

Pues bien, el primer testimonio de respeto y admiración hacia los muertos que queremos recordar es el magnífico *logos epitaphios* o "discurso fúnebre" que pronunció Pericles en el segundo año de la guerra del Peloponeso (431-404 a.C.) para conmemorar a los caídos en defensa de

la democracia ateniense. Pasa por ser una especie de documento fundacional de la democracia, hasta el punto de que estuvo censurado en periodos antidemocráticos, incluso de fechas recientes, como el de la "Dictadura de los coroneles", denominación con la que fue conocida la junta militar que gobernó Grecia entre 1967 y 1974.

Se trata de un discurso muy largo, que se extiende entre los párrafos 35 y 46 del libro segundo de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides, del que vamos a presentar aquí algunos extractos[6]:

En honor de estos primeros muertos fue elegido para hablar Pericles, hijo de Jantipo, y una vez que llegó el momento oportuno, avanzando desde el sepulcro a una tribuna que se había hecho muy elevada, a fin de que pudiera ser oído por la multitud a la mayor distancia posible, habló así: La mayoría de los que han pronunciado discursos en este lugar elogian al que añadió a la costumbre tradicional esta oración fúnebre, por ser hermoso que fuera pronunciada en honor de los soldados muertos en la guerra que reciben sepultura. A mí, en cambio, me parecería suficiente que, ya que han sido de hecho unos valientes, les honráramos también de hecho, de la manera que veis ahora mismo en esta ceremonia fúnebre celebrada públicamente; y que la aceptación del heroísmo de muchos no dependiera peligrosamente de un solo hombre, que puede hablar bien o menos bien [...]. Comenzaré por nuestros antepasados, pues es justo y hermoso al mismo tiempo que en esta ocasión se les ofrezca el honor del recuerdo. Porque fueron ellos quienes, habitando siempre este país hasta hoy día mediante la sucesión de las generaciones, nos lo entregaron libre gracias a su valor. Son merecedores de encomio y aún más lo son nuestros padres, puesto que se adueñaron, no sin trabajo, del imperio que tenemos, a más de lo que habían heredado, y nos lo dejaron a nosotros los hombres de hoy juntamente con aquello. Y el imperio,

en su mayor parte, lo hemos engrandecido nosotros mismos, los que vivimos todavía, y sobre todo los de edad madura; y hemos hecho a la ciudad muy poderosa en la guerra y en la paz en todos los aspectos [...]. Tenemos un régimen de gobierno que no envidia las leyes de otras ciudades, sino que más somos ejemplo para otros que imitadores de los demás. Su nombre es democracia, por no depender el gobierno de pocos, sino de un número mayor; de acuerdo con nuestras leyes, cada cual está en situación de igualdad de derechos en las disensiones privadas, mientras que según el renombre que cada uno, a juicio de la estimación pública, tiene en algún respecto, es honrado en la cosa pública; y no tanto por la clase social a la que pertenece como por el mérito, ni tampoco, en caso de pobreza, si uno puede hacer cualquier beneficio a la ciudad, se le impide por la oscuridad de su fama. Y nos regimos liberalmente no solo en lo relativo a los negocios públicos, sino también en lo que se refiere a las sospechas recíprocas sobre la vida diaria, no tomando a mal al prójimo que obre según su gusto, ni poniendo rostros llenos de reproche, que no son un castigo, pero sí penosos de ver. Y al tiempo que no nos estorbamos en las relaciones privadas, no infringimos la ley en los asuntos públicos, más que nada por un temor respetuoso, ya que obedecemos a los que en cada ocasión desempeñan las magistraturas y a las leyes, y de entre ellas, sobre todo a las que están legisladas en beneficio de los que sufren la injusticia, y a las que por su calidad de leyes no escritas traen una vergüenza manifiesta al que las incumple. Y además nos hemos procurado muchos recreos del espíritu, pues tenemos juegos y sacrificios anuales y hermosas casas particulares, cosas cuyo disfrute diario aleja las preocupaciones; y a causa del gran número de habitantes de la ciudad, entran en ella riquezas de toda la tierra [...]. Por otra parte, nos preocupamos a la vez de los asuntos privados y de los públicos, y gentes de diferentes oficios conocen suficientemente la cosa pública; pues somos los únicos que consideramos no hombre pacífico, sino inútil, al que nada participa en ella, y además, o nos formamos un juicio propio o al menos estudiamos con exactitud los negocios públicos, no considerando las palabras daño para la acción, sino mayor daño el no enterarse previamente mediante la palabra antes de poner en obra lo que es preciso [...]. En resumen, afirmo que la ciudad entera es la

escuela de Grecia, y creo que cualquier ateniense puede lograr una personalidad completa en los más distintos aspectos y dotada de la mayor flexibilidad, y al mismo tiempo, el encanto personal [...]. Fue por una ciudad así por la que murieron estos, considerando justo, con toda nobleza, que no les fuera arrebatada, y por la que todos los que quedamos es natural que queramos sufrir penalidades.

FRAGMENTO DE LA LAUDATIO TURIAE.

Por estas razones me he extendido en lo relativo a la ciudad, mostrándoos que no luchamos por una cosa igual nosotros y los que no poseen a su vez nada de esto, y demostrando con pruebas la verdad del elogio de aquellos en cuyo honor hablo ahora [...]. Consideraron, pues, en el trance mismo de la lucha, que se debía sufrir la muerte antes que salvarse huyendo, y evitaron una fama vergonzosa, sostuvieron la lucha al precio de la vida, y en un breve instante de azar, en la culminación de su gloria y no de su miedo, murieron [...].

Y si debo hacer también una mención de la virtud de las mujeres que desde ahora quedarán viudas, con una breve indicación lo diré todo. Vuestra gran gloria consistirá en no ser inferiores a vuestra condición natural, y en que entre los hombres haya sobre vosotras las menores conversaciones posibles en buena o mala parte.

He dicho yo también, cumpliendo la ley, lo que era del caso, y los que

enterramos han recibido ya los honores funerarios; y por otra parte, la ciudad criará a expensas públicas hasta la juventud a sus hijos, ofreciendo una útil corona a los muertos y a los sobrevivientes de estos Juegos [...]. Y ahora, una vez que habéis hecho las lamentaciones funerarias en honor cada uno de su familia, marchaos.

El tono del discurso oficial pronunciado por Pericles, y el tipo de ceremonia pública de elogio a los muertos que vemos en la Atenas democrática del siglo V antes de Cristo, es muy diferente de lo que encontraremos unos siglos después en la Roma de finales de la república y de época imperial. Pero, antes de ocuparnos de los imperiales romanos, veamos un discurso similar al de Pericles, pronunciado en ocasión parecida, mucho más breve de extensión, pero igualmente magistral: la *Gettysburg Address* pronunciada por el presidente Abraham Lincoln el 19 de noviembre de 1863 para honrar a los soldados caídos en defensa de la Confederación. Dice así:

Hace cuatro veintenas y siete años que nuestros padres alumbraron en este continente una nueva nación, concebida en la libertad, y dedicada a la idea de que todos los hombres son creados igual.

Ahora estamos comprometidos en una gran guerra civil, que pone a prueba si esta nación, o cualquier otra así concebida y así dedicada, puede perdurar. Nos encontramos en un gran campo de batalla de esta guerra. Hemos venido a dedicar una parte de ese campo como lugar de descanso final de quienes han dado aquí sus vidas para que esta nación pudiera vivir. Es absolutamente adecuado y apropiado que así lo hagamos.

Pero en un sentido más general, nosotros no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este lugar. Los valientes, vivos y muertos,

que lucharon aquí lo han consagrado ya, por encima de nuestro pobre poder de añadir o quitar. El mundo apenas notará o recordará por mucho tiempo lo que aquí decimos, pero nunca podrá olvidar lo que ellos hicieron aquí. Nos corresponde más bien a nosotros, los vivos, consagrarnos al trabajo inconcluso que quienes lucharon aquí han hecho avanzar tan noblemente hasta ahora. Nos corresponde más bien a nosotros consagrarnos aquí a la gran tarea pendiente, la acrecida devoción que recibimos de estos honrados muertos por la causa por la que dieron la última medida completa de devoción, que aquí resolvamos solemnemente que estos muertos no habrán muerto en vano, que esta nación, bajo Dios, tendrá un nuevo nacimiento en libertad, y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la tierra.

No estoy seguro de que Lincoln conociera o tuviera presente el discurso de Pericles, pero el talante de ambos líderes es muy semejante y el estilo de sus respectivos discursos responde a valores coincidentes. Por otra parte, ambos difieren notablemente de lo que vamos a encontrar a continuación entre los romanos.

Las ceremonias fúnebres de los próceres romanos que, al parecer, inició el "dictador" Lucio Cornelio Sila[7] son, en efecto, un alarde de boato y magnificencia, que a uno no le cuesta imaginar a los sones de una marcha de pompa y circunstancia de Edward Elgar, quizá con letra de la "Marcha triunfal" de Rubén Darío.

Para empezar, cuando murió Sila, "*iustitium fuit matronaeque eum toto anno luxerunt*" [se declaró una vacación judicial y las matronas llevaron luto durante un año][8]. Como el prócer había muerto fuera de la ciudad, se

procedió a una solemne *translatio* del cadáver embalsamado hasta Roma, en medio de una procesión triunfal, a la que se iban sumando por el camino sus numerosos partidarios y seguidores. Precedían el cortejo los estandartes, hachas y *fasces* que el difunto había tenido en sus cargos; luego venía el muerto sobre un lecho trabajado en oro y dispuesto sobre un carro. Seguían los trompeteros, jinetes y soldados de a pie, todos ellos armados. Detrás se situaban los veteranos, también armados, que se iban sumando al cortejo y, finalmente, una muchedumbre de desocupados y curiosos.

Al entrar en Roma, el cortejo se reorganiza para dejar lugar a las ofrendas y regalos al difunto, entre los que habría unas dos mil coronas de oro, unos trescientos frascos de aromas hechos por las matronas, un grupo escultórico que representaba al difunto en incienso y cinamomo, los sacerdotes y las vestales organizados por sus respectivos *collegia*; el Senado en pleno; los magistrados, revestidos de sus uniformes de gala; los *equites* y el ejército en formación, con enseñas y armas trabajadas en plata.

Ya en la curia, se celebró la *conclamatio*, que era una ruidosa proclamación de duelo para despedir al difunto por parte de los presentes.

Se pronunció a continuación la *laudatio funebris* por el mejor orador del momento y luego la *crematio* del cadáver, junto con su efigie en incienso y cinamomo, durante la cual los jinetes y soldados daban vueltas a la pira en una llamada *decursio equitum.*

Las cenizas fueron depositadas en una tumba de un túmulo circular, en el que figuraba un epitafio que, según cuenta Plutarco en su "Vida de Sila", decía que nadie le había ganado en hacer bien a sus amigos ni mal a sus enemigos.

Obviamente, comparado con este funeral y con los de algunos emperadores que habrían de venir después, la descripción de Miguel de Cervantes del túmulo de Felipe II resulta enternecedoramente castiza, de puro modesta:

Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla;
porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh, gran Sevilla!,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.

Apostaré que el ánima del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo: "Es cierto
cuanto dice voacé, señor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente".
Y luego, incontinente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

Los funerales públicos de Sila, y posteriormente los de algunos emperadores, eran ceremonias que duraban varios días y rivalizaban en magnificencia con la *pompa triumphalis* que desplegaban los generales cuando regresaban victoriosos a Roma. Es natural, pues, que la consiguiente *laudatio funebris* mantuviese el mismo tono solemne y que fuera pronunciada por personas de gran categoría, hasta el punto de que el mismo Julio César pronunció la de su tía Julia, y el emperador Augusto, el elogio fúnebre de su sobrino Marco Claudio Marcelo.

Otro género literario, originariamente griego, utilizado con frecuencia con fines funerales es el de la elegía. En la literatura romana encontramos, sin embargo, ejemplos maravillosos de él, concretamente en Catulo y Propercio, poetas ambos del siglo I a.C., o en el hispano romano Marcial, casi un siglo posterior a ellos, entre otros. Del primero de estos autores vamos a recordar el *carmen* 101:

Llevado por muchos pueblos y muchos mares
Llego, hermano, a estas modestas exequias
Para ofrecerte mi último tributo en la muerte
Y hablarle a tus cenizas ya para siempre mudas
Porque fortuna se te me ha llevado
Ay, hermano, tan cruelmente de mí arrancado
Acepta ahora estas ofrendas aprendidas de nuestros mayores
Triste tributo funeral
Acéptalas empapadas en llanto fraterno
Y para siempre, hermano, salud y adiós.

Propercio, por su parte, dedicó años y libros a consumirse en un tórrido y absorbente amor por Cynthia, una rubia irresistiblemente atractiva, irremediablemente caprichosa e irrefrenablemente turbadora. Sobrevino luego entre ellos el desamor, el reencuentro y finalmente la muerte de la amada, a la que el poeta dedica la elegía 4.7, de la que ofrecemos solo algunos extractos debido a su extensión:

Algo queda de las almas: la muerte no todo lo acaba,
y una sombra lívida huye vencida de la pira.
Así me pareció ver a Cintia apoyada en mi cabecera…
"¿Ya se te han olvidado nuestros furtivos encuentros en
[la insomne Subura
y mi ventana gastada por nocturnos engaños?
¡Cuántas veces me descolgué por ella hasta ti
con un brazo, para rodearte el cuello con el otro!
Muchas veces nuestro amor se consumó en una plaza
y con nuestros pechos unidos calentaron las calles nuestros
[mantos…
Y además, ¿quién te vio entristecido en mi funeral?
¿Quién calentando con tus lágrimas la toga de luto?...
Tampoco era tanto pedirte que echaras unos jacintos que
[nada cuestan
Y que hicieras una libación sobre mi tumba rompiendo una
[cántara de vino…
No te lo reprocho, Propercio, aunque lo mereces.
Largo fue mi reinado en tus libros.
Yo te juro por el hado imposible de volver atrás…
que te guardé fidelidad; si miento, que una víbora
silbe en mi tumba y anide en mis huesos…
así curamos con lágrimas en la muerte los amores de la vida:

yo oculto muchas infidelidades de tu maldad…
y todos los versos que hiciste en mi nombre
quémamelos: no conserves lo que solo es gloria mía…
escríbeme aquí un epitafio digno de mí en una columna
pero breve, para que pueda leerlo el que pase en su carro desde
[la ciudad.
AQUÍ YACE EN TIERRA TIBERTINA LA RUBIA CINTIA
HONOR HA AÑADIDO, ANIO, A TU RIBERA…
Ahora que te posean otras; pronto te tendré yo sola:
conmigo estarás y consumiré tus huesos mezclados con
[los míos."
Después de que me lanzó estos reproches
su sombra se me escapó de entre los brazos.

De Marcial presento un hermoso epitafio a la niña Eroción[9]:

A ti, padre Frontón, a ti, madre Flacila, os encomiendo
a esta niña, mi cariño y mi vida,
para que la pequeña Eroción no se aterrorice ante las negras
sombras y las fauces descomunales del perro del Tártaro.
Iba a cumplir ya los fríos de su sexto invierno,
si no hubiera vivido ella otros tantos días menos.
Que se divierta juguetona entre patronos ya viejos
y parlotee mi nombre con su boca balbuciente.
No cubra un duro césped sus tiernos huesos y para ella
no seas, tierra, pesada: no lo fue ella para ti.

Como podemos entrever con este último epigrama, es evidente que no todo fueron próceres y amores tormentosos en la Roma antigua; existieron también matrimonios felices

y bien avenidos en los que, cuando fallecía uno de los cónyuges, el otro le dedicaba un sentido funeral y un meditado epitafio. El caso de Turia[10], a quien su viudo le dedicó una larga y emotiva *laudatio* inscrita sobre su tumba, es realmente ejemplar:

[…] los matrimonios tan largos como el nuestro son raros, matrimonios terminados por la muerte y no rotos por el divorcio, porque nosotros hemos sido muy afortunados viendo durar el nuestro sin desacuerdos durante cuarenta años. Me habría gustado que nuestra larga unión hubiera llegado a su final por algo que me hubiese tocado a mí, en lugar de a ti; habría sido más justo que yo, que soy más viejo, hubiese afrontado el hado en ese caso…

¿Cómo no mencionar tus virtudes domésticas: tu lealtad, obediencia, afabilidad, sensatez, diligencia hilando la lana, religiosidad sin superstición, sobriedad en la atracción, modestia en la apariencia?... Has dedicado la misma atención a mi madre que a tus propios padres… me has estado manteniendo con abundancia durante mi destierro y me procuraste unos dignos medios de vida al quitarte el oro y las joyas de tu cuerpo y mandármelas, y enriqueciste mi hacienda con esclavos, dinero y provisiones, ingeniándotelas para engañar a los vigilantes puestos por nuestros adversarios…

Es verdad que queríamos tener hijos, lo que nos fue negado por un hado envidioso… Cuando perdiste la esperanza de tener hijos… me propusiste el divorcio y ofreciste dejar la casa libre para otra mujer fértil… y declaraste que considerarías a los futuros niños como si fuesen tuyos propios y que los hubiéramos tenido en común, y que no harías ninguna separación en nuestra propiedad, que hasta entonces era común, y que seguiría bajo mi control y, si yo así lo quería, bajo tu administración… y que adoptarías los deberes y la lealtad de una hermana o una suegra...

Las conclusiones de mi discurso son que tú merecías todo, pero que no estuvo en mi mano dártelo como hubiera debido. Tus últimos deseos los he

considerado como leyes; todo lo que pueda hacer además, lo haré.

Ruego a tus dioses Manes que te den descanso y protección.

El largo epitafio dedicado a Turia por su viudo es una pieza antológica de amor conyugal; créanme que una lectura sosegada de su texto completo puede llegar a emocionar.

Sostiene el poema "Romero solo" de León Felipe que "para enterrar a los muertos / como debemos / cualquiera sirve, cualquiera… menos un sepulturero", lo que se cumple cabalmente cuando leemos elogios fúnebres escritos bien por profesionales del género, bien por encargo. Veamos, si no, un par de ejemplos de estas prosas mercenarias.

El primer caso que quiero recordar es el de Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704), obispo que fue de Condom, predicador muy apreciado en su época por sus *oraisons funèbres*, que constituían todo un acontecimiento social. A mí me resultan más bien algo cursis y pomposas, pero soy consciente de que *de gustibus non est disputandum* y que incluso Bossuet merece tener un público adicto. La *oraison funèbre* dedicada a la muerte de la joven Henriette-Anne d´Angleterre es una de sus piezas más conocidas. Era esta una prima inglesa del rey Luis XIV, quien la había elegido para esposa de un hermano suyo, notorio homosexual, como tapadera de sus inclinaciones. Cuando le comunicó su decisión, parece ser que le dijo al hermano: "Señor, se va a casar usted con los huesos de los Santos Inocentes", porque recordaba a la primita inglesa como una niña flaca y

escurrida, pero cuando la vio ya de adulta, la encontró muy mejorada y tirando a rellenita, hasta el punto de que se llegó a decir que Henriette-Anne y el rey habían sido amantes; en todo caso, en las fiestas de palacio, ella habría de ser la que más brillase.

El marido siguió con los amantes varones después del matrimonio, lo que no le impidió cumplir con su deber conyugal de hacerle varios hijos, entre los que se encuentra una futura reina de España, María Luisa de Orleáns[11], esposa de Carlos II el Hechizado (1661-1700).

En cualquier caso, no está claro que el vaso de achicoria que le sentó tan mal a la malograda Henriette-Anne no contuviera veneno, porque murió de manera fulminante, tras haberlo bebido, con solo 26 años. Bossuet era, obviamente, la persona adecuada para pronunciar su oración fúnebre, que dice así:

Señor, estaba yo, pues, destinado además a rendir este deber fúnebre a la muy alta y muy poderosa princesa Henriette-Anne de Inglaterra, duquesa de Orleáns. Ella, a quien yo había visto tan atenta mientras rendía el mismo deber a la reina su madre, debía ser tan pronto después el objeto de un discurso semejante, y mi triste voz estaba reservada a este deplorable ministerio.

¡Oh, vanidad! ¡Oh, nada! ¡Oh, mortales ignorantes de sus destinos! ¿Lo habría creído ella hace diez meses? Y ustedes, señores, ¿habrían pensado, mientras ella vertía tantas lágrimas en este lugar, que debería reunirles a ustedes tan pronto para llorarla? Princesa, digno objeto de admiración de dos grandes reinos, ¿no era suficiente que Inglaterra llorase vuestra ausencia, sin estar además obligada a llorar vuestra muerte?…

¡Vanidad de vanidades, todo vanidad! Es la única expresión que me queda; es la única reflexión que me permite, en un accidente tan extraño, un dolor tan justo y tan sensible…

No, después de lo que acabamos de ver, la salud no es más que un nombre, la vida no es más que un sueño, la gloria no es más que una apariencia, las gracias y los placeres no son más que una peligrosa diversión: todo es vano en nosotros, excepto la confesión sincera que hacemos ante Dios de nuestras vanidades, y el juicio sosegado que nos hace despreciar todo lo que somos…

Deberíamos estar bastante convencidos de nuestra nada, pero si se necesitan golpes de sorpresa a nuestros corazones encantados con el amor al mundo, este es bastante grande y bastante terrible. ¡Oh, noche desastrosa! ¡Oh, noche espantosa, que resonó de repente como un golpe de trueno, la desconcertante noticia!: ¡Madame se muere! ¡Madame ha muerto! ¿Quién de nosotros no se sintió sacudido por este golpe, como si algún trágico accidente hubiese desolado a su familia?... Por doquier se oyen gritos; todo se encuentra consternado, excepto el corazón de esta princesa. Por doquier se oyen gritos; por doquier se ve el dolor y la desesperación, y la imagen de la muerte. El rey, la reina, Monsieur, toda la corte, todo el pueblo, todo está abatido, todo está desesperado; y me parece que veo cumplirse aquella frase del profeta: "El rey llorará, el príncipe será desolado, y las manos caerán al pueblo de dolor y desconcierto"…

Un compatriota de Bossuet, Maurice Ravel, compondría siglos después sobre un tema similar la célebre "Pavana para una infanta difunta", aunque menos pomposa y, además, dedicada no a una infanta inglesa, sino a una española.

En cualquier caso, nos guste más o menos el redicho verbo del obispo de Condom, lo cierto es que estaba a la altura de Henriette-Anne, pero Ludwig van Beethoven habría merecido un escritor de más fuste que Franz

Grillparzer (1791-1872), que es algo así como la versión austriaca del dramaturgo español Manuel Quintana (1772-1857) e igualmente prescindible, a pesar de la genuina afición por el teatro español del Siglo de Oro que tenía el autor austriaco.

Cuando se lee el texto de la oración fúnebre que Grillparzer hizo en 1827 para el entierro de Beethoven, y cuya lectura fue encomendada a un actor profesional, uno no puede dejar de pensar que quien nos ha dejado el adagio del tercer movimiento de la novena sinfonía, o el concierto para piano nº 5, "Emperador", merecía algo más que las palabras huecas de su *laudatio* oficial. Júzguenlo ustedes mismos:

Nosotros, los que estamos aquí junto a la tumba del finado, somos, en cierta manera representantes de toda una nación, de todo el pueblo alemán, llegado para llorar la muerte de una celebrada mitad de lo que nos ha quedado de la desaparecida brillantez de la patria. El héroe de la poesía y de la lengua alemana vive todavía, y ojalá que viva mucho más. Pero el último maestro de la canción resonante, la graciosa boca por la que habló la música, el hombre que heredó y acrecentó la fama inmortal de Haendel y Bach, de Haydn y Mozart, ha dejado de existir, y nosotros estamos aquí llorando sobre las cuerdas rotas de un instrumento ahora callado.

Un instrumento ahora callado. ¡Llamémoslo así! Porque fue un artista y lo que fue lo fue solo por el arte. Las espinas de la vida lo hirieron duramente e igual que el náufrago se agarra a la costa salvadora, él voló hacia tus brazos, ¡oh, maravillosa hermana del bien y la verdad, confortadora en la aflicción, arte que llegas de las alturas! Se aferró firmemente a ti y aunque se hubiere cerrado la puerta por la que habías entrado, le hablabas a través de su sordo oído que ya no podía reconocerte; y llevaba tu imagen en su corazón, y

cuando murió todavía estaba sobre su pecho.

Fue un artista. ¿Y quién puede ponerse a su altura? Como Behemot[12] surge de los mares, él surgió sobre los lindes de su arte. De los arrullos de la paloma al fragor del trueno...

¡Adelaide y Leonore! ¡Conmemoraciones de los héroes de Vitoria y humildes tonos de la Misa!... Resonante sinfonía "Freude, schöner Götterfunken"[13], el canto del cisne. ¡Musas de canciones y cuerdas, acercaos a esta tumba y esparcirle laurel!

Era un artista, pero también un hombre, un hombre en todos los sentidos, en el más alto sentido, porque se cerró del mundo, que lo llamaba hostil, e insensible, porque rehuía los sentimientos. ¡Oh, quien sabe que está endurecido no huye!...

Etc., etc., o sea, que ni en su *oratio funebris* tuvo suerte Ludwig van Beethoven.

Fue precisamente por la época de la muerte de Beethoven, en los años veinte del siglo XIX, cuando empezó a consolidarse la costumbre de publicar notas necrológicas[14] en los periódicos. Es obvio que existían precedentes, y que algunas muertes recientes y de gran impacto, como la del almirante Nelson en la batalla de Trafalgar (1805), habían allanado el camino, pero lo cierto es que los periódicos británicos y norteamericanos comenzaron poco a poco a publicar habitualmente los obituarios de los fallecidos más conspicuos, y tras ellos se fue extendiendo la costumbre por otros países, especialmente desde que el director de *The Times* de Londres, John T. Delane, les dedicó mayor espacio e introdujo en ellos fotografías de los personajes reseñados.

Dos años después de que Delane empezara a dirigir este diario, se fundaba el semanario *The Economist* (1843), que acabaría ofreciendo una de las secciones de necrológicas más interesantes que existen; y poco después (1851), se fundaría *The New York Times*, otro referente en la materia que nos ocupa.

La colección de necrológicas de estos periódicos es, pues, muy extensa, por lo que cualquier selección que se haga de ellas tiene que ser necesariamente arbitraria y muy subjetiva, pero, para superar el mal sabor de boca que nos ha dejado la de Beethoven, vamos a ofrecer extractos de la larga y magnífica necrológica que publicó en su día (7 de julio de 1971) *The New York Times* sobre otro músico, de género y estilo diferentes, pero también genial: Louis Armstrong.

MUERE LOUIS ARMSTRONG, TROMPETISTA Y CANTANTE DE JAZZ (POR ALBIN KREBS)

Louis Armstrong, celebrado trompetista y cantante de jazz, murió mientras dormía ayer por la mañana en su casa de la sección Corona de Queens. Había celebrado su 71 cumpleaños el domingo.

Se atribuye la muerte a un ataque al corazón. El señor Armstrong había estado en su casa desde mediados de junio, cuando fue dado de alta en el Beth Israel Medical Center tras 10 semanas de tratamiento por problemas en el corazón, hígado y riñón.

Parecía estar en forma, durante una entrevista del 23 de junio, en la que tocó la trompeta y anunció su intención de volver a las actuaciones públicas.

El presidente Nixon emitió este comunicado: “La señora Nixon y yo compartimos la tristeza de millones de americanos por la muerte de Louis

Armstrong. Uno de los arquitectos de una forma de arte americano, espíritu libre e individual y artista de fama mundial, sus grandes talentos y magnífico espíritu dispensaron riqueza y placer a todas nuestras vidas"…

El señor [Duke] Ellington comentó: "Si alguien fue Mr. Jazz, era Louis Armstrong. Fue el epítome del jazz y siempre lo será. Es lo que yo llamo un clásico, un original americano".

"Podía tocar la trompeta como nadie", dijo el Sr. Condon, "y después dejarla y cantar una canción como nadie podría"…

La última aparición del intérprete fue en febrero pasado, cuando tocó por un contrato de dos semanas en el hotel Waldorf-Astoria…

Un genio del espectáculo, conocido por millones como Satchmo, el Sr. Armstrong vivió de acuerdo con un credo simple. Resumiéndolo en pocas palabras, dijo hace un par de años: "Nunca intenté demostrar nada, solo deseé siempre ofrecer un buen espectáculo. Mi vida ha sido la música, eso siempre por delante, pero la música no vale nada si no puedes echársela al público. Lo principal es vivir para la audiencia, que lo que estás allí es para hacer disfrutar a la gente".

El Sr. Armstrong era sobre todo un trompetista de jazz sin igual, un virtuoso solista y fue una de las fuerzas más brillantes e influyentes de la música americana, pero también fue conocido por millones de personas fascinadas alrededor del mundo por su intensa voz rasposa, sus divertidos atentados contra la lengua inglesa y su sonrisa tan grande como la de un piano de cola.

El jazz, probablemente la única forma de arte originada completamente en [Norte] América y Louis Armstrong crecieron juntos en Nueva Orleáns. Fue allí, en un sórdido barrio donde el Sr. Armstrong aprendió a amar y a interpretar el jazz en compañía de jugadores, chulos y prostitutas.

Con el tiempo habría de tocar la trompeta y cantar en conciertos encargados por la realeza, y a ser conocido como "Embajador de buena voluntad de [Norte] América" por sus numerosas giras mundiales…

Como la 'Llamada de una lija'

A medida que menguaba su habilidad para tocar excepcionalmente bien la trompeta, el Sr. Armstrong sustituyó los solos de este instrumento por su voz, excepcional instrumento solo suyo, que ha sido comparado con limaduras de hierro y con "un trozo de lija llamando a su pareja".

Asistir a una actuación de Armstrong podía ser una experiencia emocionante. El hombre irradiaba una jovialidad que resultaba contagiosa. En escena podía echar hacia atrás su sólida estructura y apuntar la trompeta al cielo atacando gozoso los agudos. Cuando cantaba, casi burbujeaba de placer y cuando se limpiaba el sudor producido por las contorsiones de su actuación, Satchmo esbozaba su famosa sonrisa dental de manera tan incandescente que parecía iluminar el auditorio…

Los primeros años del Sr. Armstrong pasados en Nueva Orleáns estuvieron marcados por una extrema pobreza y aun miseria, pero fue capaz de salir de ellos y recordarlos sin autocompasión e incluso con buen humor…

"Pico de mirlo", como lo llamaban de niño, y sus amigos solían cantar por la calle por unas monedas. Para ayudar a mantener a su madre y a su hermana Barbara, Louis llevaba carbón a los chulos de las prostitutas y vendía comida pillada de los cubos de basura de los hoteles.

La noche del 31 de diciembre de 1913 Louis celebró el año nuevo corriendo por la calle y disparando una pistola del calibre 38 que pertenecía a uno de sus "padrinos". Fue detenido y enviado al centro de menores de color abandonados. "Tío, seguro que fue lo más grande que me había pasado", decía el Sr. Armstrong. "Yo y la música nos casamos en aquel centro."

Toca en la banda del centro

Peter Davis, instructor del centro, le enseñó a Louis a tocar el clarín y la corneta. Enseguida, el chico llegó a miembro de la banda de metales del centro y tocaba en actos sociales, fiestas y funerales por una pequeña paga.

Louis estaba en el quinto grado cuando salió en libertad del centro, después de haber pasado 18 meses en él. No tenía ninguna otra educación formal.

Trabajó de basurero y vendiendo carbón, a la vez que aprovechaba cualquier ocasión para tocar la corneta en bandas de garitos. El gran corneta de jazz Joe (King) Oliver se hizo amigo suyo, le dio una corneta y le enseñó…

Por aquel entonces la fama del Sr. Armstrong se iba extendiendo entre los músicos de Nueva Orleáns, muchos de los cuales estaban emigrando a Chicago. En 1922, King Oliver reclamó a su protegido. El Sr. Armstrong se convirtió en segundo corneta de la entonces famosa Creole Jazz Band del Sr. Oliver. La pareja de cornetas tenía uno de los ataques más formidablemente brillantes que se hubieran oído en un grupo de jazz. Los primeros discos del Sr. Armstrong se hicieron con la banda de Oliver en 1923.

La pianista de la banda era Lilian Hardin, con quien se casó el Sr. Armstrong en 1924. La señora Hardin había estudiado música clásica, y le dio alguna formación musical regular…

Adoraba todo tipo de música. Cuando le preguntaron qué pensaba del *country* y el *folk* tan apreciados por la juventud, contestó, "Tío, la música es la música. Toda la música es música de la gente [*folk music*]. Yo nunca he oído a un caballo cantar una canción".

Algunos militantes negros lo criticaban por su estilo llano y su costumbre de girar los ojos y esbozar su sonrisa dental mientras tocaba. Decían que utilizaba estereotipos del negrito feliz y que hacía de Tío Tom. Él ignoraba las acusaciones.

Comentarios sobre Selma

Sin embargo, al enterarse de que en 1965 la policía de Selma, Alabama, había actuado violentamente contra los negros que realizaban una marcha por la libertad, le dijo a un entrevistador:

"Habrían golpeado a Jesús si fuera negro y estuviese en la marcha. Puede que yo no esté en primera línea, pero los apoyo con donaciones. Mi vida es la música. Me habrían golpeado en la boca si hubiera estado en la marcha y sin la boca yo no podría tocar la trompeta."

Durante muchos años, se negó a actuar en Nueva Orleáns, su ciudad natal, por la segregación que allí había. No regresó hasta 1965, después de la

aprobación de la Ley de Derechos Civiles. En aquella ocasión tocó de manera triunfadora con una banda integrada en el Museo de Jazz de la ciudad…

Recomiendo la lectura completa de esta larguísima y espléndida necrológica, que no solo trasmite una gran ternura y empatía hacia el fallecido, sino que constituye una especie de compendio de una época especialmente brillante de la música norteamericana.

Normalmente los obituarios de este periódico no son tan largos y tan bien documentados como este que acabamos de extractar. Lo habitual son textos algo más breves como, por ejemplo, el dedicado a la muerte de Eva Perón el 27 de julio de 1952 y que, a diferencia del anterior, se ofrece completo:

AMBICIOSA, HERMOSA, IMPLACABLE; SALIÓ DE LA OSCURIDAD

Y SE ELEVÓ A LAS ALTURAS

Ambiciosa, implacable, incansable, inteligente y extraordinariamente hermosa, María Eva Duarte de Perón tenía en grandes cantidades las cualidades necesarias para elevarla en apenas doce años de la oscuridad a la fama, la riqueza y el poder en las impredecibles corrientes de la vida política argentina.

Hija de terrateniente de un pueblo pobre, separado de su primera mujer, ascendió meteóricamente a través de una breve carrera en la radio y el cine hasta convertirse en la primera dama de su país y una de las mujeres más influyentes del hemisferio occidental.

El ascenso de la señora de Perón y su importante papel en los asuntos de gobierno y en la propaganda resultan especialmente notables por el contraste que suponen en las conservadoras tradiciones sociales de América Latina,

donde previamente las mujeres no solían ser vistas y nunca oídas en la vida pública.

La señora de Perón no fue una figura menos controvertida que su marido. Para sus seguidores, entre los que había muchos perceptores de sus bien publicitadas obras de caridad, se acercó a la altura de una deslumbrante diosa. Era "la Dama de la esperanza".

Para sus detractores, sin embargo, tanto políticos como sociales, no existían palabras suficientemente fuertes para expresar su envidia y rechazo hacia esta rubia arribista que parecía haberse apoderado prácticamente del país.

El aspecto controvertido del papel de la señora de Perón no se limitaba, en cualquier caso, a la Argentina. Se había convertido en una figura realmente internacional, un tema de conversación mundial, sujeta a conjeturas.

Incontables anécdotas, reales y apócrifas, lo señalan. La manera inevitablemente malhumorada con la que se prestó a la promulgación del absoluto peronismo, nunca fue más patente que el día que tuvo que someterse a una operación menor: "¡Viva Perón!". Uno de los periódicos de Buenos Aires de propiedad directamente gubernamental exhibió un recuadro que supuestamente describía el momento en que era llevada en camilla a la sala de operaciones.

"Antes de que me duerman", parece ser que había dicho, "si no me despierto, ¡viva Perón!".

Había nacido el 7 de mayo de 1919 en Los Toldos, pueblo de la provincia de Buenos Aires, la menor de los cinco hijos de Juan Duarte y Juana Ibarguren. Su padre murió siendo ella una niña y su madre se trasladó a la cercana ciudad de Junín, donde puso una pensión.

Tras dos años de escuela, todavía adolescente, la delgada rubia se trasladó a Buenos Aires por su cuenta para tratar de convertirse en actriz. Con su característica obstinación, consiguió un trabajo fijo en Radio Belgrano, una emisora importante, después de varias excursiones infructuosas tanto en la radio como en el cine.

Gracias al apoyo de sus patronos y de algunos funcionarios del gobierno, pasó de un sueldo inicial de 35 dólares al mes, a uno de mil dólares en 1943, y siete veces más al año siguiente. En 1944 se decía que su sueldo mensual

era de 15.000 dólares, del que la mitad correspondía a su trabajo de actriz de cine.

En 1943 conoció en una fiesta del estudio al coronel Juan D. Perón, viudo de 49 años, subsecretario del Ministerio de Defensa y figura emergente en la escena política. Ambos se quedaron evidentemente impresionados porque surgió una intensa asociación y se casaron en secreto en octubre de 1945.

Ayuda al gremio de empleados de radio

Aun antes de su matrimonio, Evita, como le gustaba ser conocida, empezó a ampliar sus intereses para adaptarlos a los de su futuro marido. Mientras él se iba convirtiendo en campeón de los "descamisados" y luego de los "camisados", ya como ministro de Trabajo, ella ayudó a organizar el gremio de los empleados de radio y empezó sus primeras campañas a favor de los desposeídos.

Cuando el coronel Perón fue obligado a dimitir del gobierno en octubre de 1945, la señorita Duarte fue despedida de su puesto en la radio. Una semana después, sin embargo, él había vuelto al poder y cuatro meses después fue elegido presidente, y se llevó a la señora de Perón, entonces de 26 años, a la residencia oficial, ya como esposa.

A partir de entonces sus actividades, riqueza e influencia crecieron rápidamente.

Puso en marcha oficinas en el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, en las que recibía audiencias diarias, y distribuía medicinas y comida a los solicitantes. En 1947 creó la Fundación María Eva Duarte de Perón que se ocupaba en gran parte de este trabajo. La extensión de su trabajo de beneficencia era su maquinaria personal de propaganda. Enormes retratos de la hermosa presidenta empezaron a aparecer por toda Argentina. Muchas de sus donaciones venían acompañadas de discursos coloristas que destacaban su gran corazón, generosidad y amor al pueblo. Estos sentimientos encontraban eco en una gran parte de la prensa argentina, que estaba cayendo bajo control peronista, tanto financiera, como políticamente.

Aumento de influencia política

A pesar de que la señora de Perón insistía repetidamente que solo estaba interesada en la labor social, los observadores políticos empezaron a atribuirle una influencia en los asuntos del gobierno solo inferior, si acaso, a la de su marido.

En 1947 la señora de Perón hizo un viaje por Europa que se consideró políticamente muy significativo. Fue agasajada con gran entusiasmo en Madrid y condecorada por el Generalísimo Francisco Franco. En Roma tuvo una audiencia de media hora con el papa Pío XII y fue objeto de varias manifestaciones izquierdistas. Fue recibida en París por el presidente Vincent Auriol, pero canceló los planes de visitar Londres.

Uno de los varios triunfos legislativos de la señora de Perón ocurrió en septiembre de 1947, cuando se aprobó una ley que concedía el voto a las mujeres en Argentina.

Este hecho produjo una nueva ronda de alabanzas en la prensa.

Era considerable el poder de la primera dama para controlar comentarios desfavorables de la prensa. La revista *Time* estuvo prohibida durante cuatro meses en Argentina por un artículo sobre la señora de Perón que no fue considerado adulador.

En 1948 su campaña de prensa se volvió declaradamente personal con la publicación de una columna semanal firmada: "Eva Perón dice".

Se atribuyó a su influencia política la razón por la que se forzó la renuncia de todo el bloque minoritario del parlamento argentino en agosto de 1948. Cuatro meses después adoptó un papel activo en la campaña para "reformar" la Constitución.

En 1949 durante casi un mes algunos oficiales del ejército presionaron al presidente para recortar las actividades de su mujer, pero el movimiento no prosperó y dos meses después ella misma desempeñó un papel importante en la renuncia del Dr. Juan Bramugha como ministro de Asuntos Exteriores.

En el otoño de 1950, circularon rumores por Buenos Aires de que la señora de Perón tenía ambiciones para un puesto electivo. Los rumores apuntaban a que concurriría a la vicepresidencia en la elección de 1952, en la candidatura de su marido.

Ya en 1951 los Perón iniciaron una fuerte campaña de presión para ser designados como marido y mujer candidatos a la dirección del país. A finales de agosto "acordaron aceptar" las nominaciones para presidente y vicepresidente por el partido peronista.

Tras cuatro días de reflexión, Evita anunció a una audiencia de 250.000 personas reunidas en Plaza Moreno que ella y su marido harían "lo que el pueblo desea".

Luego, el último día del mes, cambió de opinión y declinó la nominación.

Con voz entrecortada la señora de Perón dijo en la misma emisora en la que había anunciado su decisión que esperaba que la historia diría: "Hubo una mujer junto al general Perón que le llevó las esperanzas y necesidades de la gente para que les diese satisfacción y se llamaba Evita".

El libro de la señora de Perón, *La razón de mi vida*, publicado en 1951, tuvo la mayor tirada de cualquier libro publicado en Argentina y la Cámara de Diputados lo convirtió posteriormente en lectura obligatoria en las escuelas.

En la prensa española, aunque la costumbre no está tan bien establecida como en Estados Unidos o el Reino Unido, las necrológicas u obituarios han acabado por constituir también un género apreciable.

La costumbre no es tan nueva; es conocida, por ejemplo, la que escribió Ortega sobre Unamuno, pero aquí voy a referirme solo a algunos ejemplos recientes publicados en el diario *El País*. La primera que quiero recordar es la de José Antonio Labordeta, que escribió Luis Alegre el 20 de septiembre de 2010. Dice así:

LABORDETA, EL AMOR POR LA GENTE

José Antonio Labordeta no se acababa nunca. Dentro de él cabían muchas

personas: el poeta, el novelista, el periodista, el profesor, el activista cultural y político, el presentador de televisión, el diputado, el autor de algunas canciones pegadas a la memoria colectiva o el líder moral de una generación decisiva en la historia de Aragón. Pero, sobre todo, dentro de él había un tipo emocionante al que la gente siempre sentía como uno de los suyos.

En el Teruel de los sesenta, Labordeta, con 30 años, fue profesor, con Eloy Fernández Clemente o José Sanchís Sinisterra, de alumnos luego tan relevantes como Manuel Pizarro, Federico Jiménez Losantos, Joaquín Carbonell, Gonzalo Tena o Carmen Magallón. Jiménez Losantos era un crío de Orihuela del Tremedal que acababa de perder a su padre y que, de inmediato, encontró en Labordeta un refugio sentimental y una inapreciable referencia cultural y política. El paso del tiempo situó a Labordeta y a Jiménez Losantos en dos Españas ideológicamente remotas. A Labordeta le preguntaban todo el rato por Jiménez Losantos, a menudo, con la esperanza de provocarle. Pero nunca nadie logró arrancarle una mala palabra sobre su antiguo discípulo. José Antonio siempre decía: "¿Federico? Un gran poeta". Como suele suceder, el afecto era correspondido: yo fui testigo de un encuentro de Labordeta y Jiménez Losantos en el bar del palco del Santiago Bernabéu, antes de un Real Madrid-Zaragoza. Se fundieron en un abrazo muy afectuoso y se pusieron a reír recordando los viejos tiempos. Los encorbatados que había en el palco, que no sabían de la misa la media, miraban la escena, perplejos. Vivimos en un mundo tan malvado que reivindicar la bondad de alguien puede sonar raro, un poquito cursi y hasta revolucionario. Pero eso es lo que era, esencialmente, José Antonio Labordeta: alguien que hizo de la bondad una obra de arte.

Desde hace unos años, una asociación de empresas cerveceras realiza una encuesta para conocer los personajes —nacionales e internacionales— preferidos por los aragoneses para irse de cañas. Hasta el año pasado José Antonio Labordeta siempre salió el primero. El resultado de la encuesta era de lo más revelador: los aragoneses, realmente, sentíamos total devoción por él. La irrupción de Labordeta en la vida pública aragonesa supuso un subidón de autoestima para nuestra tierra: gracias a él nos aprendimos a querer mucho más y mejor. Los aragoneses nos sentíamos muy orgullosos de "El

Abuelo" porque nos devolvía una imagen de nosotros mismos que nos hacía sentir muy bien.

Labordeta sentía debilidad por la España olvidada, como dejó bien claro en el programa *Un país en la mochila* o en sus años en el Congreso. José Antonio se metió en el bolsillo a muchos ciudadanos que compartían muy pocas de sus ideas pero a los que inspiraba una confianza personal absoluta. Labordeta era el antiarribista y el anticorrupto. No sé si habrá habido algún político en la historia de España en el que se haya percibido tanta integridad y tanta nobleza.

La gente sabía que el amor de Labordeta era verdadero. Por eso la gente lo quería de esa maravillosa manera.

La segunda necrológica que quiero incluir es la que escribí yo mismo el 30 de junio de 2009 en recuerdo de mi amigo Álvaro García Meseguer y que transcribo aquí:

ÁLVARO GARCÍA MESEGUER, UN INGENIERO HUMANISTA

Álvaro García Meseguer falleció el 27 de junio, tras años de resistirse, disciplinadamente y con gran entereza, a un cáncer contumaz. Pertenecía a una subespecie, no muy numerosa, pero que ha producido especímenes muy valiosos: la de los ingenieros humanistas, capaces de ejercer el magisterio en varias y muy diversas materias. En efecto, durante muchos años de trabajo en el Instituto Eduardo Torroja del CSIC, se convirtió en una referencia internacional en el campo del hormigón armado, sobre lo que publicó muchas obras; editó una imprescindible revista del ámbito; contribuyó a la elaboración de normas técnicas, y publicó numerosas monografías.

En los bulliciosos años de la Transición, se empezó a ocupar del sexismo en el lenguaje, con planteamientos que a los filólogos pedantes nos parecían ingenuos y propios de un aficionado, pero que en medios feministas tuvieron gran acogida: "Meseguer, te queremos conocer", se coreaba en las primeras manifestaciones del feminismo madrileño. Publicó varios libros, divertidos y

cada vez más sólidos, profesionales y convincentes, hasta el último, de 2008, sobre clases y categorías de nombres comunes, que ya no era obra de un aficionado: el ingeniero había devenido gramático.

Política y ética

Supongo que por influencia de su mujer, Pilar Yzaguirre, de personalidad huracanada, empezó a traducir textos dramáticos, como la recreación de *La Celestina* de Robert Lepage, que representó en 2004 una inmensa Nùria Espert. En eso siguió hasta el final: en mi última visita en la clínica, traducía frente al ordenador los subtítulos de una versión teatral del *1984* de Orwell.

Aparte de estas actividades, en las que llegó a alcanzar un nivel muy alto de calidad, en política, en cambio, solía elegir con frecuencia el bando de los perdedores, porque cometía una y otra vez el error de confundirla con la ética, o con la racionalidad.

Fue muy comentada en su día, al respecto, una ocurrencia suya de escribirles sendas cartas a Pujol y a Arzalluz, reclamándoles que contribuyesen a pagar una apuesta que él había perdido por culpa, según él, de estos dos destinatarios de sus cartas. Pujol no le contestó, pero Arzalluz sí y le adjuntó una fotocopia de un billete de 5.000 pesetas porque, como los originales de su factura se los había enviado a Pujol y, en cambio, al líder del PNV solo una fotocopia, este le contestó con una fotocopia del billete que reclamaba. He de recordar también sus contribuciones a la evaluación y gestión de programas de I+D, donde destacaba por su lucidez, capacidad de relación y de síntesis, y por su ponderación.

Será fácil, aunque doloroso, borrar su dirección de la agenda de correo electrónico, pero imposible borrarlo del disco duro de los recuerdos y de los afectos. Era tolerante, ecuánime, generoso y sabio. *Sit illi terra levis*.

La última frase de la necrológica que escribí en su día en recuerdo de Álvaro García Meseguer es una fórmula habitual en los epitafios romanos, aunque tiene algún

precedente griego: “Que la tierra le sea leve”.

En realidad, toda esta literatura necrológica que hemos ido viendo, sean discursos, elogios fúnebres u obituarios, se podría decir que no es más que un desarrollo de las inscripciones funerarias que se ponían sobre los ataúdes o las tumbas de los muertos.

La costumbre debió de aparecer en el Egipto faraónico o, al menos, sus inscripciones sepulcrales son las más antiguas que conocemos. Pero fue en Grecia donde adquirieron el nombre con el que las conocemos hoy (del griego *epi-taphios,* “sobre la tumba”) y donde primero alcanzaron un alto nivel artístico, hasta el punto de constituir un género literario autónomo de calidad e interés: los epigramas funerarios[15].

Estos epigramas adquirieron a partir del siglo IV entidad propia, de manera que los poetas comenzaron a escribirlos, no para que fuesen necesariamente grabados sobre una estela, sino como piezas literarias autónomas, es decir, algo así como micropoemas o haikus. Solían ser parejas de versos (“dísticos”), escritos generalmente en ritmo dactílico[16], conocidos como dísticos elegiacos, que alternaban un hexámetro (seis dáctilos) y un pentámetro (cinco dáctilos). Sonaban, más o menos, como aquellos versos de Rubén Darío:

Ya pasa debajo los arcos triunfales ornados de blancas Minervas y Martes…
La gloria solemne de los estandartes.

Los epigramas sepulcrales propiamente dichos se inscribían sobre la lápida o estela funeraria, que solía erigirse a la vera de los caminos para que un ocasional caminante sosegado se detuviese a leerlos, como nos ilustra el hermoso bajorrelieve de Atenea pensativa, apoyada en su lanza para leer una lápida sepulcral.

Por ejemplo, el epigrama 19, compuesto de cuatro hexámetros dactílicos separados por un pentámetro, dice así:

Saber quieres, caminante, de quién es esta estela, la tumba, y la imagen hace poco esculpida en la estela. Se trata del hijo de Trifón, que su mismo nombre llevaba. Tras recorrer durante catorce años la larga carrera de la vida, esto es lo que ha llegado a ser, yo que en otro tiempo fui: una estela, un sepulcro, una piedra, una imagen.

Uno de los dos epigramas paralelos del número 29, escrito también en hexámetros dactílicos, dice así:

En este lugar me han erigido un altar, brillante mensajero de esta tumba. Mientras el agua fluya y florezcan los altos árboles, corran los ríos y resuene el mar, permaneceré sobre este sepulcro, motivo de muchas lágrimas, y anunciaré a los caminantes que aquí está enterrado Proclo.

Cuando se extendió el cristianismo, los epigramas empezaron a incorporar las creencias cristianas, como este número 33, de entre los siglos IV y V:

Antes de que tú digas "oh, tumba, ¿quién es el que aquí yace? ¿De quién es hijo?", la estela se lo anuncia a cuantos pasan a su lado. "Aquí reposa el cuerpo de Macaria, que será siempre recordada, tras haber probado la muerte como suelen hacer los piadosos. Ahora es la sierva de la ciudad celeste de los

santos, porque en premio a sus sufrimientos ha recibido la corona celestial."

Una tumba del siglo IV a.C., la número 48, que exhibe un relieve con un retrato de hombre barbado, sentado estrechando la mano de una mujer de pie y que obviamente fue erigida por el viudo en honor de su difunta esposa, dice escuetamente en un simple dístico elegíaco:

Tu cuerpo lo guarda la tierra en su interior. Tu honradez, Crisante, no la puede ocultar un sepulcro.

También es notable el dístico del número 49:

Si bajo tierra existe algún premio para la justicia, no es difícil que tú, Éufanes, recibas el primero.

Son frecuentes los epigramas dedicados a muertos en combate, que nos hacen recordar el tono del discurso fúnebre de Pericles o, incluso, el de Lincoln en Gettysburg. Por poner un solo ejemplo, el número 68, que contiene tres dísticos elegiacos que dicen así:

Resistid, jóvenes, plantando el pie frente a los enemigos, dispuestos a morir venerando a vuestra patria y a vuestros antepasados. También en tu honor, Queripo, la ciudad erigió a expensas públicas una estatua y un sepulcro, gran gloria por tu muerte, cuando al pie de los muros de Muniquia perdiste la vida en defensa de tu patria por salvarla del día de la esclavitud.

Otros heroicos guerreros, sin embargo, que habían conseguido sobrevivir a las guerras, no resistieron la tentación de que se recordasen sus hazañas en su epitafio,

como el número 73:

Mira, extranjero, y si pasas por delante verás este dragón que está sobre la tumba de un hombre valeroso. En otro tiempo en las veloces naves mostró el valor de su corazón en defensa de su patria y mató a numerosos enemigos. También en tierra firme ensangrentó muchas lanzas al clavarlas en el cuerpo de sus rivales. Ahora, tras morir anciano, sobre sí mismo ha puesto este dragón como fiero guardián de este sepulcro, el mismo que tenía en su escudo cuando se esforzaba en las fatigas de Ares, ansioso por causar incontables bajas entre los enemigos. Si quieres conocer su nombre y el nombre de su padre, lo sabrás sin engaño si lees lo que está escrito al pie. APOLONIO, HIJO DE ATENIÓN.

Pero no todo era heroísmo o contenido distanciamiento ante la persona muerta; también encontramos muestras de auténtico dolor, como el dístico elegíaco del 75.1:

Dos hijas jóvenes ha dejado Jenoclea, hija de Nicarco, que en este lugar reposa: murió de dolor por el triste fin de su hijo Fénix, quien a los ocho años encontró la muerte entre las olas del mar.

O los dos hexámetros dactílicos del 83:

Tú, que para todos eras el más dulce, mi querido y buen Gayo, qué joven que has muerto, causa de dolor para tus padres. ADIÓS, DULCÍSIMO Y BUEN HERMANO.

El tema de *All my trials*, la canción popular norteamericana, que dice: "*If living were a thing that money could buy / you know the rich would live / and the poor would die…*" [Si la vida fuese una cosa que se puede comprar con dinero, / entonces los ricos vivirían / y los pobres morirían…] aparece ya en el epitafio 91:

Solo esto es igual para todos los mortales: es voluntad de Zeus que todos mueran y abandonen la luz del sol. Si con plata u oro fuera posible comprar esto, ningún rico descendería al Hades.

Aunque para algunos la muerte parece haber sido recibida como una liberación de la enfermedad y el dolor, como es el caso del número 109:

Llegaste a mí más dulce que la vida: de enfermedades y sufrimientos, de la penosa gota me has librado. AURELIO ANFICTIÓN, DE SETENTA AÑOS DE EDAD.

Hay muchos ejemplos de epitafios de niños o adolescentes, como el 210 que dedicó un tal Alejandro a su hijo Yanas:

Lo doloroso no es morir —pues es destino de todos—, sino hacerlo antes de tiempo y antes de los padres. Aquí yazco, sin haber visto mis bodas, ni mi himeneo, ni mi lecho nupcial. Amado por muchos, lo habría sido por más.

O el 212 que dedica un hermano a su hermanita:

Esta tumba oculta el cadáver de una muchacha casta e irreprochable cuya hermosura ha muerto. Ninguno de los mortales que habitan la tierra llegó a soltar su virginal cinturón. Lo ha erigido Donatión en memoria de Élpide, su dulcísima hermana.

Como era trágicamente frecuente hasta fechas recientes de asepsia habitual y sanidad pública generalizada, las muertes por parto eran habituales, por lo que existen muchos epitafios dedicados a mujeres muertas durante el

alumbramiento, como el del viudo del 225:

De tu patria y de tus padres te separó mi amor por ti. Pero la muerte me ha privado de ti, desdichada, que duelo y amargas lágrimas has dejado en mi casa, y unos hijos huérfanos de corta edad. El resto de la vida de Harmodio, Amonia, siempre será triste. ¿Por qué sigo viendo yo la luz sin ti?

Es curiosa la inscripción dedicada a un médico de la estela 307, compuesta de cuatro trímetros yámbicos:

A LOS DIOSES SUBTERRÁNEOS
Esta estela dedicaron sus parientes a Nicomedes, médico excelente mientras estuvo entre los vivos. A muchos salvó con remedios sin dolor, y ahora, una vez muerto, también libre de dolor está su cuerpo.

YO, NICOMEDES, ESTOY TRANQUILO. NO ERA, Y LLEGUÉ A SER. YA NO SOY, Y NO SUFRO. VIVÍ CUARENTA Y CUATRO AÑOS Y VEINTITRÉS DÍAS.

Su colega del dístico elegíaco de la estela 325 se conoce que tuvo que dejar encargada él mismo su lápida, porque no debía de tener quien le escribiese una:

Mi nombre era Trepto. No había un médico mejor contra las enfermedades. Muchos son los testigos de mi ciencia. ADIÓS.

A pesar de que abundan los epigramas que fingen dialogar con el muerto, o que presuponen una vida ulterior, no faltan tampoco los que reflejan una concepción al parecer absolutamente racionalista y atea, que rechaza cualquier vida de ultratumba, como el 462, un dístico elegíaco del siglo II-III d.C.:

No era, llegué a ser. Era, ya no soy. Así de simple. Y si alguien dice otra cosa, miente: ya no volveré a ser.

Aunque gradualmente, a medida que se van imponiendo las ideas (neo)platónicas y posteriormente cristianas, la creencia en la supervivencia de un alma inmortal va siendo cada vez más frecuente, como en el 463. 2:

En la tierra reposa mi cuerpo, que a ella estaba ligado. Pero mi alma, que procedía del cielo, ha llegado a la morada de los inmortales.

Son muchos los que recomiendan al caminante que se para a leer el epitafio que disfruten de la vida mientras dure, como el dístico del 478:

Aquí yace un servidor de las Ninfas. Crisógono era su nombre. A todos los caminantes dice: bebe, ya ves cuál es el final.

O el más explícito del 484:

Preocúpate, mientras sigues vivo, de tener una buena sepultura, y vive como te apetezca. Porque aquí abajo no puedes encender fuego ni comer bien. Te lo digo yo que conozco todo esto por experiencia. Después de la muerte aquí nadie despierta.

He ido eligiendo solo algunos epigramas breves, para poder ofrecer un panorama más variado, pero en la colección que he seguido existen algunos realmente antológicos, que no he traído aquí por su mayor extensión. Merecen, sin embargo, una lectura reposada.

Aunque quizá en conjunto su calidad literaria sea algo inferior, los epigramas sepulcrales latinos tienen también un gran interés[17]. De las doscientas ochenta mil inscripciones que aproximadamente se conservan en esta lengua, más de cuatro mil están escritas en verso y de ellas un elevado porcentaje tienen carácter funerario.

Están inspiradas de manera obvia en modelos griegos, de los que siguen generalmente la métrica, los temas y una serie de lugares comunes, pero tienen también especificidades del genio romano, desde el uso ocasional del verso saturnio[18], típica y exclusivamente latino, a frecuentes precisiones sobre la profesión del difunto, con un sabor genuinamente romano, o referencias políticas claramente republicanas o imperiales. Suelen tener una dedicatoria inicial a los dioses manes, protectores del espíritu del difunto, incluir su nombre y filiación y ofrecer los datos de su edad, generalmente con una gran precisión. Además, gustan de utilizar unas fórmulas deliberadamente arcaizantes, como hacemos todavía hoy, tanto con el uso de determinados verbos ("yacer") como de fórmulas estereotipadas ("descanse en paz"). Veamos ahora algunos ejemplos de epigramas sepulcrales latinos, siguiendo el orden y numeración de la traducción mencionada.

El número 13 es inequívocamente romano:

Esta es la tumba de Marco Virgilio Eurísaces, empresario panadero: aquí se ve.

El número 52, del siglo II a.C., dice así:

Viajero, lo que digo es poco, detente y léetelo todo. Aquí está el no bello sepulcro de una bella mujer. Sus padres la llamaron Claudia. Amó a su marido con todo su corazón. Dos hijos engendró; a uno lo deja en tierra y bajo tierra sepulta al otro. De conversación amena a la vez que de andar elegante. Cuidó su casa. Tejió lana. He dicho. Sigue tu camino.

Aunque hay inscripciones considerablemente largas, otras, en cambio, son muy breves, como la 65:

Que te vaya bien, quienquiera que seas el que me saludas.

La 74 pertenece a un profesional que nos delata la sofisticación del mercado de la época:

Viajero, detente y mira aquí, a la izquierda, hacia este montón de tierra que contiene los huesos de un hombre de bien, compasivo y amante de los pobres. Te ruego, caminante, que no le hagas ningún daño a esta tumba. Gayo Atilio Évodo, liberto de Serranio, vendedor de perlas de la Vía Sacra, está enterrado en esta tumba. Adiós, caminante.

Lo mismo le ocurre a la 962:

Pudens, artístico creador de aromas se oculta en esta tumba.

La número 85 pertenece a un joven que nos da buenos consejos:

Nacido hace dieciocho años viví todo lo bien que pude, querido por mi padre y por todos mis amigos. Te animo a que bromees y te diviertas: aquí la seriedad es máxima.

La número 95, en cambio, está dedicada a una señora de comportamiento al parecer muy poco recomendable, a quien su patrón se las tenía guardadas y que, ya de paso, aprovecha su resentimiento para hacerlo extensivo a un par de personas más que le habrían agraviado:

Aquí están grabados para siempre estos signos infamantes de la liberta Acta, venenosa, pérfida, embustera y dura de corazón: un clavo y una cuerda de esparto que apriete su cuello, y una antorcha candente que haga arder su malvado corazón. Tras haber sido puesta en libertad desinteresadamente, corrió detrás de su amante y embaucó al patrón, apartando de él, cuando yacía enfermo en el lecho, a sus siervos, a su esclava y a su hijo, de tal modo que el viejo, desposeído, solo y abandonado, perdiera sus fuerzas. Sirvan estos mismos signos infamantes para Himno [y] para los que han seguido a Zósimo.

La 97 ofrece un texto algo pretencioso de un señor aparentemente bastante pedante, que confiesa haber deseado la muerte:

Para no pasar la vida ocioso, a la manera de los animales, he traducido unas cuantas comedias ingeniosas de Menandro y yo mismo también, esmerándome, he llegado a escribir otras. Sean como fueren, se han escrito hace tiempo. Pero atormentado por preocupaciones molestas de mi alma, y también por algunos dolores corporales, hasta el punto de que unas y otros resultaban una carga [más allá] de lo debido, he tenido una muerte deseada.

Y [esta] me ha dado, según suele, toda clase de consuelo. Grabad vosotros este elogio en mi sepulcro, que pueda servir de documento… para que nadie se apegue demasiado a los escollos de la vida cuando, a la hora del naufragio, esté ya preparado el puerto que nos acoja en la calma perpetua. Pero seguid bien en adelante, mientras os sea posible vivir.

Cuando he hablado de "sabor genuinamente romano" me refería a casos como el de la columna funeraria del número 101:

Lucio Mario Vidal, hijo de Lucio, viví diecisiete años y cincuenta y cinco días. Tras haber acabado mis estudios convencí a mis padres de que quería aprender una profesión. Me marché de la ciudad en la guardia del César Adriano Augusto. Donde mientras me preparaba, el destino me miró mal y separándome de mi actividad emprendida me trajo a este lugar. Maria Malquide, su desgraciadísima madre para su hijo queridísimo.

O la 103, que es incluso más "romana":

Del lugarteniente de la tercera centuria del gremio de artesanos y fabricante de centones, Lucilio Doméstico Valeriano, que vivió veintinueve años, nueve días y tres horas. Su padre, Lucilio Doméstico, lo hizo para su hijo incomparable. Mi padre hizo para mí lo que yo hubiera debido hacer para mi padre.

La 118 es de las de "a vivir que son dos días", es decir, del género *carpe diem*:

Viajero, detente y si no te molesta, léetelo. No te pongas furioso. Te lo aconsejo, "bebe vino caliente". No hay más remedio que morir. Adiós.

No son pocas las que ponen en duda la existencia de los

dioses de ultratumba, como la 132:

Os ruego, si es que existís los manes, que a Trebelia le vaya muy bien: y a ti que lo lees, que también te vaya bien.

Las de los números 146, 147, 148 y 149 son casi idénticas:

No sufras, madre, por lo que me ha ocurrido, el tiempo lo quiso, este fue mi destino.

Igual que son también casi idénticas la 168, 169, 170 o 173, esta última de Córdoba:

Lo que hubiera sido justo que la hija hiciera para sus padres, los padres, abatidos, lo hicieron para su hija.

No es infrecuente que en algunas tumbas aparezca la figura del dios Príapo, una divinidad representada con una inverosímil erección y que se consideraba guardián de los jardines, espantapájaros y ahuyentador de ladrones. Concretamente la 193 dice:

Soy el dios Príapo, guardián del sepulcro con mi pene bien a punto. Lugar de vida y de muerte.

El que levantó la tumba de la inscripción 204 se cura en salud:

Si en lugar de valor y coraje hubiese tenido fortuna, una magnífica tumba hubiera construido aquí para ti. Pero puesto que todos, una vez muertos, no sentimos ya nada, basta con esto.

La 216, que honra a una niña, utiliza un tópico frecuente:

No hay más remedio que llorar por esta linda muchachita. No tenías que haber existido, si quien iba a ser tan grata estaba destinada a tornar, en breve, allá de donde vino a nosotros, y a ser así un motivo de llanto para sus padres. Medio año y ocho días vivió: al tiempo que la rosa floreció, enseguida murió.

Las 243 y 244 son casi idénticas y pertenecen al mismo tipo de la que hemos visto en la 118:

Mientras viví, bebí lo que me dio la gana. Bebed vosotros, que aún estáis vivos.

La 361 es muy antigua y celebra a un tipo de profesional no siempre tan apreciado como se merece:

Protógenes, el famoso mimo, esclavo de Clelio, aquí está enterrado. Con sus chistes proporcionó a las gentes gran diversión.

En cambio, la profesión de la del 372 suele recibir honras fúnebres con mayor frecuencia:

He nacido en la mayor pobreza, he militado después como soldado de la armada en las filas de Augusto durante diecisiete años, sin ningún disgusto, sin ningún agravio, y me han licenciado al fin de mi servicio con todos los honores.

Del autor del epitafio de la número 477 se deduce que estaba orgulloso de su vida ejemplar:

Te ruego que, al pasar, te detengas un momento y leas bien los versos que yo mismo dicté y ordené que se grabaran tiempo atrás. La tierra no deja caer su peso sobre mí, como creo que merezco, pero descanso encerrado tras una lápida de mármol. Devolví el dinero prestado, supe siempre hacer amigos, no violé el lecho de nadie, y ninguno se quejará de mí. Mi querida esposa vivió conmigo con la mayor honestidad. Hice lo que pude y he muerto sin promover jamás disputa alguna. Yo tenía un solo amigo, que siempre estuvo dispuesto a ofrecérmelo todo, Tito Floro Hermes, m(ensajero) oficial del c(uestor). Siempre desde entonces, sin interrupción, ha resplandecido mi hogar, amigo.

La lápida 481, procedente de Aquitania, representa a un hombre de barba con un rollo en la mano derecha y una esfera en la izquierda y dice:

Maestro de la ciencia gramatical y guía de las buenas costumbres, Blesiano Bitúrige, amante siempre de las musas, aquí yace, con sus miembros abatidos por un sueño eterno.

La cultura musical que uno percibe cuando visita hoy Budapest se ve que tiene una larga tradición, porque un sarcófago encontrado allí tiene la siguiente inscripción:

Encerrada bajo esta lápida yace Sabina, mi querida y amada esposa. Instruida en tantas habilidades que fue la única que logró superar a su marido. Tuvo una hermosa voz y tocaba los instrumentos de cuerda con sus dedos. Pero, arrebatada rápidamente, guarda silencio. Veinticinco años había vivido, ¡ay!, y tres meses y catorce días. Ella misma, mientras seguía con vida, admirada como una magnífica organista, estaba a la cabeza de todos. Tú,

quienquiera que lo leas, que seas feliz y que los dioses te guarden. Y canta con voz piadosa: “Adiós, Elia Sabina”.

El viudo de una mujer enterrada en Túnez valora, en cambio, otras destrezas de su esposa, como nos dice la 516:

Urbanila, mi esposa, llena de discreción, aquí está enterrada, mi compañera de Roma, aliada en mis ocupaciones, experta en las cuestiones económicas. Al volver conmigo a la patria tras haber llevado a cabo buenos negocios, ¡ay!, la tierra de Cartago me arrebató a mi pobre compañera. Ninguna esperanza de vida hay para mí sin una esposa semejante: ella cuidaba mi casa y me ayudaba también con sus consejos. Privada de la luz de la vida, descansa la desdichada, encerrada tras esta lápida. Yo, tu esposo Lucio, fui quien te enterré bajo este mármol. Esta fue la suerte que nos dio el destino al ser entregados a la vida.

Otras dos inscripciones tunecinas, casi idénticas, las 635 y 636, reconocen un hecho al parecer frecuente no solo en la época romana:

Esposa amada durante muchos años, has logrado aventajar a tu marido con tu abnegación. Todo cuanto tenemos se ha logrado con tu esfuerzo.

Félix, el agradecido marido de la 661, habría muerto antes que su esposa, pero le había dejado escrito un poema acróstico, de modo que, leyendo en vertical la primera letra de cada verso, se nos descubre el nombre de la amada Servila:

Siempre sobrepasas con tus méritos cualquier panegírico de alabanza, y tu

impecable descendencia echa de menos tus valerosas actitudes, y el cielo, que está por encima de todo, nos demostrara que los cantos y bailes los conduces mejor allí. Sería hermoso ciertamente contar tus hechos unos tras otros: pero el amor vence y no puedo contener el dolor. Dichosa siempre, guiada por la persona de Félix, ahora, para estar aún más dichosa, yaces fiel y en paz. Disfrutas ya, como te corresponde, de la misma paz eterna de Félix.

Cuando triunfó el cristianismo, los epitafios introdujeron pronto las nuevas creencias, pero sobre el formato tradicional, como esta de Colonia del número 772:

Aquí yace Artemia, una niña dulce, encantadora, bonita y con palabras cariñosas para todos. Vivió entre cuatro y cinco años en Cristo, y sin haber hecho daño a nadie pasó enseguida al reino de los cielos.

El obispo Arsacio de Milán, de la 778, nos dejó un epitafio que no destaca por su humildad:

Arsacio, por sus sobrados méritos, descansa enterrado bajo este mármol, sin haber olvidado ni dejado de respetar nunca la ley de la iglesia, cumpliendo su loable deber para con el Señor, creyendo que la vida se funda en la fe católica. Ofreció a los pobres todas sus riquezas, abandonando los bienes terrenos. Dejó su cuerpo en tierra y ascendió hasta las estrellas del cielo. Llegó a vivir sesenta años. Regresando feliz de haber resucitado para la vida eterna, recibirá de parte de un justo juez la recompensa por sus merecimientos.

El difunto de la 838, que, aunque se encuentra en el Vaticano, es claramente precristiana, parece más preocupado por otras cuestiones, ya que se creía que los muertos pasaban hambre y sed como los vivos:

Viajero, no mees en esta tumba, te lo ruegan los huesos enterrados de este hombre. Y si eres una persona agradable, prepara una copa, bebe y dame un poco a mí también.

La 996, de una joven bromista, lleva su sentido del humor hasta la tumba:

Todavía sin haber madurado del todo a mis veinte años, estoy enterrada aquí bajo tierra, yo, Toreuma, conocida por mis muchas bromas. Habiendo pasado felizmente mi exiguo plazo de vida, he logrado librarme de tu carga, oh, inacabable vejez.

La selección que he ofrecido es, por una parte, muy subjetiva y, por otra, muy limitada.

El libro del que hemos sacado estas inscripciones tiene una cita inicial de Horacio muy bien elegida y que nos puede servir para hacer el resumen final de los epitafios griegos y latinos: "*Scribimus indocti doctique poemata passim*" [Escribimos frecuentemente poemas, tanto los incultos como los cultos}.

La gracia que tienen estos epigramas es precisamente esa, que sus autores son con frecuencia *indocti*, que nos han dejado unos versillos a los que quizá dedicaron muchos intentos y muchos esfuerzos y que, con frecuencia, puede ser lo único que escribieron en su vida.

Esta costumbre se ha perdido casi por completo en la actualidad. Entierros celebrados últimamente, con una pompa semejante a la que se dedicó a Lucio Cornelio Sila,

tras solemnísimas *translaciones* del cadáver y ante la presencia de decenas de dignatarios y muchos millares de seguidores o curiosos, no han dejado epitafios dignos de mención. El de Franco, por ejemplo, quien había tenido la ocurrencia de hacerse construir en vida una tumba de dimensiones más faraónicas que imperiales, consiste solo en su nombre y las fechas de su nacimiento y muerte, cuando podía haber encargado también un epitafio idéntico al que Plutarco nos refiere de Sila; en el de Winston Churchill, muerto diez años antes que el dictador español, que tuvo asimismo una tumultuosa *translatio* y contó con la presencia de la flor y nata de los poderosos del mundo, figuran solo su nombre y el de lady Clementine, su mujer, con sus respectivas fechas de nacimiento y muerte.

Por cierto, circula por los mentideros de Internet que el epitafio de Churchill es de los del género humorístico, y que pone: "*I am ready to meet my Maker. Whether my Maker is prepared for the great ordeal of meeting me is another matter*" [Estoy preparado para encontrarme con mi Hacedor. Que mi Hacedor esté preparado para la gran prueba de encontrarse conmigo es otra cuestión]. Falso.

También es falso el que se atribuye a la tumba de Groucho Marx, que, en realidad, exhibe solo su nombre artístico, sus fechas de nacimiento y muerte y una estrella de David. Ocurre que él mismo había dicho que iba a poner como epitafio de su tumba la frase "*Excuse me, I can´t stand up*" [Perdone que no me levante], pero esa fue una de tantas

ingeniosas frases marxianas.

Es verdad que existe todo un (sub)género de epitafios humorísticos, casi todos ellos falsos, aunque a menudo ingeniosos. La escritora Dorothy Parker es autora de varios de ellos bastante graciosos, como "*I told you I was sick*" [Ya te decía que estaba enfermo] o "*If you can read this, you´re standing too close*" [Si puedes leer esto, es que estás demasiado cerca].

Sin embargo, si uno trata de recordar cementerios contemporáneos, concretamente cementerios construidos en el siglo XX, probablemente se le vienen a la memoria esos campos sembrados de cruces blancas de los muertos en la Segunda Guerra Mundial, o los de las últimas guerras balcánicas, o el tan mediático de Arlington, o tantos otros en los que, en el mejor de los casos, las tumbas tienen solo un nombre y una fecha.

La poesía en nuestro tiempo parece que ha desaparecido de las lápidas sepulcrales.

NOTAS

1. Diógenes Laercio, 1.70. Para mayores detalles sobre esta y otras citas latinas, recomiendo vivamente el excelente *Dizionario delle sentenze latine e greche* de Renzo Tosi, Rizzoli, Milán, 1991 (2003).
2. En *Mientras no cambien los dioses nada ha cambiado*, libro ya citado anteriormente.
3. Existe versión en línea, que se puede leer en pdf, en los impresionantes *Documenta Catholica Omnia Omnium Paparum, Ss Patrum, Doctorum, Scriptorumque Ecclesiae qui ab Aevo Apostolico ad usque Benedicti XVI Tempora Floruerunt* [Todos los documentos católicos, de todos los padres, doctores y escritores de la Iglesia que florecieron desde la época de los apóstoles hasta los tiempos de Benedicto XVI].
4. "*I´ve just read that I am dead. Don´t forget to delete me from your list of subscribers*".

5. "*The report of my death was an exaggeration*".
6. Sigo la traducción de F. Rodríguez Adrados de la Biblioteca Clásica Hernando, tomo primero, Madrid, 1952.
7. Véase Javier Arce, *Funus Imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos,* Alianza Editorial, Madrid, 1998. El relato de los funerales de Sila, incluidas las citas latinas, están sacados de este libro.
8. Granio Liciniano, 36.10.
9. Marcial, *Epigramas* 5.34; traducción de A. Ramírez de Verger en la Biblioteca Clásica Gredos.
10. *Laudatio Turiae, Corpus Inscriptionum Latinarum* VI 1527, pero recomiendo la edición de M. Durry, *Éloge Funèbre d´une Matrone Romaine (Laudatio Turiae),* París, Les Belles Lettres, 1950.
11. Al parecer, no tuvo mucha suerte María Luisa en su matrimonio: de su marido, el rey, decía el nuncio de su santidad que "se puede hacer con él lo que se desee, pues carece de voluntad propia". María Luisa, sin embargo, no consiguió darle un hijo, a pesar de sus devotas peregrinaciones y veneración a múltiples reliquias.
12. Behemot es el plural de la palabra que en hebreo significa "bestia" o "ganado". En el libro de Job (40, 15 y ss.) es el símbolo de la fuerza bruta que Dios domeña, pero que el hombre no puede domar.
13. "Alegría, hermosa chispa divina", inicio del *Himno de la alegría* de la novena sinfonía.
14. En español, francés, italiano, etc., se solían llamar "necrologías" estas notas informativas publicadas en los periódicos, pero últimamente se está imponiendo el término "obituario", que, aun siendo una palabra latina, nos llega a través del inglés.
15. Para los textos incluidos en este apartado, sigo la traducción y numeración de María Luisa del Barrio Vega en *Epigramas funerarios griegos,* de la Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1992.
16. Los "pies" de la métrica griega, como el dáctilo (literalmente "dedo", debido a su estructura de una sílaba larga y dos breves), se basaban en la alternancia de sílabas largas y breves. Como en las vocales españolas la cantidad no es fonológicamente relevante, para hacernos una idea, tendríamos que compararlas con sílabas acentuadas y no acentuadas y, por lo tanto, un dáctilo griego o latino sonaría algo así como nuestras palabras esdrújulas: Córdoba, Málaga, Cáceres.
17. Sigo aquí la numeración y traducción de Concepción Fernández Martínez, *Poesía Epigráfica Latina I,* Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1998.
18. La hermosa inscripción sepulcral dedicada a Marco Cecilio (número 11 de esta colección), que citábamos en el capítulo primero y que Mommsen consideraba con toda justicia *pulcherrimum poematium*, "un hermosísimo poemilla", está escrita precisamente en versos saturnios.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Aberdeen

Abraham

Academia Sueca

Académie Française

Acantilado

Acta

Adelaide

Adrián II

Agis

Agni, Agnis

Agripa

Agustín, san

Aigües

Alabama

Alegre, Luis

Alejandro

Alejandro Magno

Alemania

Alexos (López Álvarez)

América

América Latina

Amonia

Anales

Anatolia

Ane
Anio
Anneo, Eustacio
Antesterias
“Antigone”
Antípatro
Antonio y Cleopatra
Apia, via
Apolodoro
Apologías
Apolonio
Apóstata, el
Apôtre
Aquitania
Arabia Saudí
Aragón
Arce, Javier
Arenas, Reinaldo
Ares
Argelia
Argentina
Argos
Aristón
Aristóteles
Arlington
Armenia
Armstrong, Louis
Arouet, François Marie
Arquias
Arquídamo
Arrupe
Arsacio
Artemia
Arzalluz

Asclepio
Ashoka
Asia
Atenas
Atenea
Ateneo
Atención
Ático, Tito Pomponio
Atlantíada
Augusto
Aurelia, Via
Aurelio Anfictión
Aurelio, ver Marco A.
Auriol, Vincent
Auschwitz
Austria
Austrias
Avemaría
Averno
Avicena
Avril, padre
Ayyub, ver Yusuf

B

Bach
Bagdad
Balbo, Lucio Cornelio
Balsàno
Bandung
Barbara (Armstrong)
Barcelona
Bardem, Javier
Barnes, Julian
Baroja, Pío

Baron
Barret Browning, Elisabeth
Barrio Vega, María Luisa del
Basora
Bates, Alfred
Batista
Baucis
Beauchesne
Beauvoir, Simone
Beethoven, Ludwig van
Behemot
Behnan, Zara
Beirut
Benarés, ver también Varanasi
Benedicto XVI
Bengala
Benito, san
Berlín
Bernabé
Bernabeu, Santiago
Beth Israel Medical Center
Biblia
Bienaventurados, islas de los
Bilbao
Birmania
Birmingham
Bitinia
Blanca Paloma
Blesiano Bitúrige
Bloomsbury
Bossuet, Jacques-Bénigne
Botas
Bovier, Bernard le
Brahmo Samaj

Bramuglia, Juan
Brasil
Brenan, Gerald
Bretaña, ver Gran Bretaña
Brutus, Decimus Iunius
Buda
Budapest
Buenos Aires
Bulgaria
Burdeos
Bürgentum

C
Cáceres
Caesar, César
Cairo, El
Calígula
Camboya
CaMpania
Camprubí, Zenobia
Caractacus
Carbonell, Joaquin
Carinta
Carlomagno
Carlos II el Hechizado
Carmión
Carolina
Carradine, David
Cartago
Castel Sant´Angelo
Castro, Fidel
Cataliotti
Catulo
Cecilio, Marco

Cecilio, Quinto
Celestina, La
Celestino
Cervantes, Miguel de
César Adriano Augusto
César, Julio
Champagne
Checoslovaquia
Chicago
China
Chumbalaka, Club
Churchill, Winston
Cicerón
Cintia
Claudia
Claudio
Clelio
Clemenceau
Clementine, lady
Cleopatra
Club Pickwick
Colombo
Colonia
Comisión de los Ulemas
Cómodo
Compañía de Jesús
Concetta
Condom
Condon
Confederación
Conferencia episcopal
Confoederatio Helvetica
Congo
Congreso

Consejo de Seguridad
Consejo Europeo
Controversias
Corán
Córdoba
Corintios, ver Epístola
Coriolano
Corneille
Corona
Corpus Inscriptionum Latinarum
Cournot
Courrier de l´Atlas
Creole Jazz Band
Creonte
Crisante
Crisógono
Cristo
Critias
Critón
Crono
Cuba
Cumas
Curia
Cynthia, ver también Koestler

D

Dabat, Michel
Dalái
Dama de la esperanza
Damasco
Daniélou, Jean
Darío, Rubén
David
Davis, Peter

Debendranath, ver Tagore
Decimus Iunius
Delane, John T.
Delfos
Demócares
Demóstenes
Destino
Devi, Mrinalini
Diana
Díaz Muñoz, Manuel
Dickens, Carlos
Dignitas
Diógenes Laercio
Dión Casio
Dioniso
Dios
Domiciano
Domicio, Cneo
Donatión
Dowling, Constance
Downes, Edward Thomas
Downes, Joan
Duarte, Juan
Duarte, señorita
Durry, M.

E

Eckermann, Johann
Edad del Bronce
Edad del Hierro
Edad Media
Edward, sir, ver Downes
Egipto
Egloff

Einstein, Albert
Eje
Ejercicios espirituales
El Mundo
El Abuelo
El Bassatine
El País
Elgar, Edward
Elíseo
Elizabeth, ver Barret
Ellington (Duke)
Élpide
Encyclopaedia Britannica
Eneida
England
Englaro, Eluana
Ensayos
Epéctasis
Epicuro
Epístola
Equécrates
Eratóstenes
Erik (Lionetti López)
Eroción
Escevino
Escipiones, Torre de los
España
Esparta
Espert, Núria
Estacio
Estados Unidos
Esteban VI o VII
Estévez Cartelle, Javier
Estévez Sáez, María

Estocolmo
Ética
Étienne de la Boétie
Eufanes
Eurípides
Europa
Eustacio Anneo
Evangelio
Evening Standard
Evita, ver también Perón, Evita
Exit

F

Fabio Rústico
Fabrizietto
Fabrizio, don
Faure, Félix
Federico I Barbarroja
Fedón
Felipe Augusto
Felipe II
Felipe, León
Félix, marido
Feltrinelli
Fenio
Fénix
Ferlosio, Rafael Sánchez
Fernández Clemente, Eloy
Fernández Ferrer, A.
Fernández Martínez, Concepción
Filarmónica
Filemón
Filetas o Filitas de Cos
Filipo II

Finch, Edith
Flacila
Fontenelle, ver Bouvier
Frontón
Forges
Formosus
Francia
Franciszek ver Gajowniczek
Franco, Francisco
Fresnes
Fritsch, Karl

G

Gajowniczek, Franciszek
Gales
Galicia
Gallaecus
Gallimard
Gamal Abdel Nasser, ver también Nasser
Gandhi
Ganges
García Meseguer, Álvaro
Gatopardo, El
Gayo
Gayo Atilio Évodo
Generalísimo, ver Franco, Francisco
Génova
Gettysburg
Gettysburg Address
Giacomo ver Varazze
Gil Fernández, Luis
Gitanjalí
Gladiator
Goethe, Johann Wolfgang von

González, Aníbal
Goytisolo, Juan
Gran Bretaña
Granada
Granio Liciniano
Grecia
Greenwich
Gregorio de Nisa, san
Grillparzer, Franz
Grinbaum, Bernard
Guerra civil
Guerra fría
Guerra Mundial, Segunda
Guerras balcánicas
Guido de Lusignan
Guillermo II
Guinness, Alec
Gurudeva 1
Gutiérrez, Fernando

H

Hades
Haendel
Hajj
Hammarskjöld, Dag
Hansen, Robert
Hardin, Lilian
Harmodio
Haro
Harris, Richard
Hattin
Hawai
Haya
Haydn

Heautontimorúmenos
Hechos de los Apóstoles
Hekal, Said
Henriette-Anne d'Angleterre
Hermes
Himalaya
Himno
Himno de la alegría
Hinduism Today
Hiperión
Historia Augusta
Historia de la Guerra del Peloponeso
Hobbes, Thomas
Horacio

I

Ibarguren, Juana
Iglesia
Ignacio de Loyola, san
Ilustración
India
Indo
Inglaterra
Inquisición
Ira
Irak
Irène
Irún
Isaías
Israel
Italia
Iwo Jima

J

Jacopus, ver Voragine
Jantipa
Jantipo
Japón
Jazz, Mr.
Jenoclea
Jenofonte
Jerusalén
Jesucristo
Jesús
Jiménez Losantos, Federico
Joan, lady, ver Downes
Job
Joliot-Curie, Fréderic
Jorge (Manrique)
José, san
Journal du Peuple
Juan de la Cruz, san
Juan Pablo II
Juan Ramón Jiménez Mantecón
Juan VIII
Juan XXIII
Juan, san
Juárez, Paz
Julia
Juliano
Julio César, ver César, Julio
Junín
Júpiter

K

Kalsum, Om
Keynes, J.M.
Kill Bill

King, ver Oliver
Kipling, Rudyard
Koestler, Arthur
Koestler, Cynthia
Kolbe, Maximiliano María
Kosyguin, Alexei
Krebs, Albin
Kun Fu
Kuribayashi, Tadamichi
Kyoto

L

La Fe, calle de
Labordeta, José Antonio
Lajolo, Davide
Lampedusa, Giuseppe Tomasi di
Lares
Laudatio funebris
Laudatio Turiae
Lavapiés
Le Canard Enchainé
Le Figaro
Le Monde
Legenda aurea
León Felipe
Leonore
Leopoldo de Austria
Lepage, Robert
Leteo
Leucò
Ley de Derechos Civiles
Líbano
Liberación
Licurgo

Limia
Lincoln, Abraham
Lisboa
Livio, Tito
Locke, John
Loeb
Londres
López Facal, Javier
Lotte (Zweig)
Louis Armstrong, ver, Armstrong, Louis
Lucas
Lucilio Doméstico Valeriano
Lucio 188,
Lucio Mario Vidal
Lucrecio
Luis XIV
Lupercalia
Lusitania

M

Macaria
Macedonia
Machado, Antonio
Madame
Madre Iglesia, Santa, ver Iglesia
Madrid
Mafalda
Magallón, Carmen
Magnesia
Magreb
Mairena, Juan de
Málaga
Manes
Manrique, Rodrigo

Mantecón
Mar
Marcial
Marco Antonio
Marco Aurelio
Marco Cecilio
Marco Claudio Marcelo
Marco Virgilio Eurísaces
Margarita María de Alacoque
María Eva Duarte, ver Perón
María Luisa de Orleáns
Maria Malquide
Mariel
Maritain, Jacques
Mark Twain
Marshak, Megan
Martes
Martín Lutero
Martín, María Elena
Marx, Karl
Marx, Groucho
Mashrek
Maurice
Maximiliano, P., ver Kolbe
McCarthy, Joseph
Meca
Media, ver Edad
Mediterranean Magazine
Meg, ver Steinheil
Meleto
Menandro
Mercurio
Meseguer, ver también García Meseguer
Mesopotamia

Metamorfosis
Migne
Mikes Georges
Milán
Minerva
Minervas
Ministerio de Defensa
Ministerio de Trabajo y Seguridad
Social
Molière
Momsen
Mondadori
Monsieur
Montaigne
Montechiaro
Moralia
Moreno, Plaza
Moscú
Mozart
Mrinalini, ver Devi, Mrinalini
Munárriz, Jesús
Muniquia
Museo de Jazz

N
Naciones Unidas
Nagasaki
Nasser
Natal
Nelson
Nepote, Cornelio
Nerón
Ngô Dinh Diêm
Nicarco

Nicolás I, san
Nicomedes
Ninfas
Nishapur
Nixon
Nobel
Norte América
Nueva Orleáns
Nueva York
Nyckeln till paradiset

O

Oakland
Ocampo, Victoria
Occidente
Olimpo
Oliver, Joe (King)
Olivier, Laurence
Olvido
Olympia
Omar Jayam
Omar Makram1
Omeyas
Ópera de Australia
Ópera de Sidney
Orbis Dictus
Oriente Medio
Orihuela del Tremedal
Oro, Luis
Orquesta Filarmónica
Ortega
Ortiz Crouselles, José María
Ortiz, Javier
Orwell

Oseas
Ottilie
Ovidio

P

Pablo, apóstol
Pablo VI
Pablo, san
Padarox, Silvestre
Países Bajos
Paleolítico
Palestina
Panchen
Panteón
Paolo, Francesco
Paraíso
Paraja, Pía
París
Parker, Dorothy
Parkinson
Pascua
Patrología Latina de Migne
Paulina, ver Pompeya
Pauling, Linus
Pavese, Cesare
Peduceo, Sexto
Peloponeso, Guerra del
Penates
Península Arábiga
Pérez Jiménez, Aurelio
Pérez Vega, Ana
Perón, Eva
Perón, Juan Domingo
Persia

Perú
Pessoa, Fernando
Petronio, Cayo
Petrópolis
Pickwick, ver Club
Pico de mirlo
Picón, Vicente
Piedad, parroquia de la
Pierina
Pío XII
Pisón
Pizarro, Manuel
Platón
Plautio Laterano
Plutarco
Pompe funèbre
Pompeya Paulina
Popea
Poquelin, Jean Baptiste
Portugal
Posidón
Poupette
Praga
Príapo
Primavera, calle
Primor, Ed. Del
Proclo
Propercio
Protógenes
Público
Pudens
Pujol
Pulitzer
Puravi

Q

Queens

Queipo de Llano

Queripo

Quevedo

Quijano, Alonso

Quijote, El

Quintana, Manuel

R

Rabia (al-Adawiyya al-Qaysiyya)

Radio Belgrano

Ram Mohun Roy

Ramadán

Ramírez de Verger, A.

Ramírez, Ángeles

Ravel, Maurice

Real Madrid

Real Sociedad Filarmónica

Reinaldo de Châtillon

Renacimiento

República francesa

Resistencia

Revolución francesa

Ricardo Corazón de León

Richard the Lyonheart

Risorgimento

Rizzoli

Robert

Rockefeller, Nelson

Rodrigo Manrique, don

Rodríguez Adrados, F.

Rojas Marcos, Alejandro

Roma
Romero
Rompuy, Herman van
Rosander, Eva Evers
Rosellón
Royal Opera
RU (Reino Unido)
Rubayat
Rusia
Russell, Bertrand

S
Sabina, Elia
Sacramento
Sacro Romano Imperio Germánico
Sagrado Corazón
Saída
Saigón
Saint-Ange
Saladino
Salah ad Din
Salina
Samarcanda
Sampedro, Ramón
San Francisco
San Martín, Miguel Ángel
San Sebastián
Sánchez Ferlosio, R., ver Ferlosio, Rafael Sánchez
Sánchez Hernández, Juan Pablo
Sánchez Naranjo, Consuelo
Sanchís Sinisterra, José
Santander
Santísimo
Santoni, Mimi

Santos Inocentes
Satchmo
Satguru
Saturnio
Scherchen, Hermann
Schiller
Schnabel, Julián
Schopenhauer
Scott, Ridley
Selecciones del Reader´s Digest
Selma
Semana Santa
Senado
Séneca el Viejo
Séneca, Lucio Anneo
Senén, Javier
Señor (Dios)
Serranio
Servila
Sevilla
Shakespeare, William
Sibai, Nawal
Siglo de Oro
Sila
Sila, Lucio Cornelio
Silvano, Gavio
Simone, ver Beauvoir, Simone
Siria
Sísifo
Sivaya Subramuniyaswami
Sócrates
Sófocles
Solyenitsin
Sosio, Cayo

Spinoza
Sri Lanka
Stalin
Steinheil, Marguerite
Stuck, Hans
Subura
Suetonio
Suiza
Synodus horrenda

T

Tabellae defixionum
Tácito
Tagore, Debrendranath
Tagore, Rabindranath
Tancredi
Tarantino Q.
Tarragona
Tártaro
Tartufo
Temístocles
Tena, Gonzalo
Tenerife
Teodosio
Teofrasto
Terencio
Teresa de Jesús, santa
Teruel
Tesalonicenses
Tesmoforias
Thakur
Thant, U.
The Economist
The Guardian

The New York Times
The Times
Thich Quang Duc
Tíber
Tíbet
Tigelino
Tikrit
Tito Floro Hermes
Tito Pomponio, ver Ático,
Tito Pomponio
Toldos, Los
Tom, Tío
Tomás de Aquino, santo
Tomasi, Giuseppe, ver Lampedusa,
Giuseppe Tomasi di
Toreuma
Torrelavega
Torroja, Instituto Eduardo
Tosi, Renzo
Trafalgar
Trebelia
Trepto
Trifón
Trípoli
Tuba
Tucídides
Túnez
Turia
Turín

U

Unamuno
Unión Soviética
Urbanila

Urbano
URSS
Uttar Pradesh

V

Varanassi, ver también Benarés
Varazze, Giacomo da
Vaticano
Venus
Vera Cruz
Vía Sacra
Victoria, ver Ocampo
Vida de Sila
Vidas Paralelas
Viena
Vietcong
Vietnam
Villar, Francisco
Virgen María
Virgilio
Visconti, Lucchino
Visva Bharati
Vitoria
Voltaire
Voragine, Jacopus de

W

Waldorf Astoria
Warmington, E.H.
Weimar
Wikipedia
Wittenberg
Wittgenstein, Ludwig
Woolf, Virginia

X

Xan (López Facal

Y

Yama

Yamuna

Yanas

Yangon

Yeats, W.B.

Yukawa, Hideki

Yusuf ibn Ayyub

Yzaguirre, Pilar

Z

Zaragoza

Zelnikov, Fernand

Zenobia, ver Camprubí

Zeus 39,

Zósimo

Zulaika, Jaime

Zúñiga, José Luis

Zurich

Zutik

Zweig, Stefan